
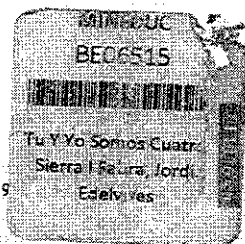


colección alandar 

Mabel vive con su madre. Cristian vive con su padre. Ahora los une un inesperado lazo común: sus padres se han conocido y están enamorados. Sin embargo, se esfuerzan en ocultar su relación. ¿Qué sucederá si deciden irse a vivir juntos? ¿Tendrá que adaptarse Mabel al dormitorio pequeño de la casa de Cristian? ¿El chico verá cómo desaparecen las fotos de su madre?

En esta irónica enreucijada de caminos, dos adolescentes descubren el amor de la madurez y aprenden que las emociones no admiten mentiras.



EDELVIVES

EDELVIVES

colección alandar 

Tú y yo somos cuatro

Jordi Sierra i Fabra

Tú y yo somos cuatro

Jordi Sierra i Fabra

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMIU

EDELVIVES

Dirección editorial:
Departamento de ediciones GELV

Dirección de arte:
Departamento de imagen y diseño GELV

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Edición:
Área de publicaciones de literatura infantil y juvenil

Coordinación de producción y maquetación:
I+D de separtes editoriales GELV

Fotografía de cubierta:
Thinkstock

PRIMERA PARTE

LA NOTICIA

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra
© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2012

Impresión:
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

ISBN: 978-84-263-8268-9
Deposito legal: Z 231-2012

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El 0,7% de la venta de este libro se destina al proyecto «Mejora del acceso a la Educación Secundaria de calidad en Ashalaja», que cofinancia la ONGD SED (Solidaridad, Educación, Desarrollo) como apoyo a procesos de desarrollo local en Ghana.

FICHA PARA BIBLIOTECAS

SIERRA I FABRA, Jordi (1947-)
Tú y yo somos cuatro / Jordi Sierra i Fabra. – 1ª ed. – Zaragoza :
Edelvives, 2012
252 p. : 22 cm. – (Alandar : 129)
ISBN 978-84-263-8268-9
1. Adolescencia. 2. Relaciones de pareja. 3. Amor. 4. Padres.
I. Título. II. Serie.
087.5:821.134.2-3*19*

UNO

Por entre el fragor de la música, situada a tal nivel decibélico que hasta Beethoven habría podido escuchar perfectamente sus sinfonías allí, Segis acercó sus labios al oído de Cristian y se lo dijo:

—¡Te mira otra vez!

Cristian se sintió irritado.

—¡Anda ya!

—¡Tío, que sí!

—¡A mí en la vida me ha mirado una chica!

—¡Pues esta no te quita el ojo de encima, fíjate!

—¡Sí, hombre!

—¡Mírala tú!

—¡Va, pasa, no te enrolles!

—¡Jo, pues si estuviera tan pendiente de mí...!

¡Está buenísima!

—¡A ti todas te parecen buenas!

—¡Es que lo está, solo tienes que volver la cabeza!

¡Es la del vestido rojo! ¡Tiene un cuerpo...!

No quiso seguir con aquella estúpida conversación.

—¡Voy a bailar!

—¡De acuerdo, yo vigilo!

—¡Vale!

Dejaron de hablarse a gritos y Cristian abandonó la zona del bar para sumergirse en la densidad de la pista de baile, donde los cuerpos, apretados al máximo, pugnaban no solo por moverse con libertad siguiendo el ritmo de la música, sino por ganar su propio espacio para hacerlo. No pudo avanzar mucho, así que se quedó en la periferia, de espaldas al resto de la discoteca. Cerró los ojos para concentrarse y trató de dejarse llevar por la fuerza aplastante del tema.

Bailó unos treinta segundos.

Volvió a abrir los ojos.

No se concentraba.

Delante tenía a dos chicas, morenas las dos, discretas las dos, una alta y delgada, palillo, la otra baja y amenazando kilos extra en lontananza, vestidas con comodidad no exenta de buen gusto, brazos en alto, concentración, sus cabellos largos ondeando como banderas al viento.

La palillo se fijó en él.

Se dio la vuelta y le dio la espalda.

Su sino.

No había hecho nada, no le gustaba, pero ella, al verle, le daba la espalda.

¿Y Segis insistía en que una chica guapa y con cuerpazo no le quitaba el ojo de encima?

Desde luego...

Se movió lateralmente, para que la chica palillo no creyera que insistía, y esta vez fingió cerrar los ojos.

Dejó apenas unas rendijas y la buscó.

Vestido rojo...

Casi tuvo un sobresalto al localizarla, porque ella sí que estaba pendiente de él.

Fue una visión fugaz.

Disimuló.

Bailó otro poco, con el corazón latiéndole a mil, y consiguió meterse dentro de la masa humana que se movía con éxtasis y despreocupación en la pista. Lo hizo despacio pero con firmeza. Con los bajos y la batería al máximo, allí no se podía hablar ni a gritos. Tampoco era necesario.

Pasó de cuanto le rodeaba y buscó una posición cómoda. No quería volver la cabeza. No quería que ella se diera cuenta de que acababa de sonar la alarma en su cerebro. No quería espantarla o...

¿O qué?

Si le miraba fijamente era porque le confundía con alguien.

Allí estaba, apoyada en una de las columnas, cruzada de brazos, con el rostro en apariencia hermético, serio, ceño fruncido, labios rectos. Pese a la penumbra que envolvía aquella zona y las luces que centelleaban en la pista, pudo verla relativamente bien. Desde luego era guapa, mucho. No un bellezón, ni una de esas con

aires de supermodelo. Una chica normal y corriente pero con todo lo necesario y muy bien puesto. Para Segis todas estaban buenas o buenísimas. Era muy positivo. La mirona tenía el cabello largo y despararrado por encima de los hombros; su corto vestido rojo dejaba ver unas piernas largas y un talle perfectamente moldeado, con un pecho pequeño y precioso. Le pareció que, por encima de su seriedad y fijeza, los ojos eran profundos, la boca un sueño, el óvalo de la cara perfecto...

Cristian chasqueó la lengua.

Esta vez sí cerró los ojos con determinación y consiguió bailar al menos diez minutos absorto en sus movimientos, siguiendo la música, olvidándose de lo imposible.

Cuando abandonó la zona de baile, la chica del vestido rojo ya no estaba. Normal.

Buscó a Segis sin encontrarle. Caminó hasta el bar y se subió a la base de una columna para atisbar mejor el panorama. Nada. Su amigo había desaparecido. La discoteca era grande, más que grande, así que podía estar en cualquier parte. Pasó de él y buscó un hueco en la barra para pedir un refresco.

Dos minutos después, la camarera seguía sin hacerle caso.

Siempre lo mismo.

A veces temía ser invisible para los demás.

La camarera sí era una supermodelo, alta, moldeada, cabello corto, maquillaje perfecto, pantaloncitos minis y una blusita ceñida que se lo marcaba todo. Un sueño.

La de tíos que se acodaban en la barra solo para verla o le pedían bebida esperando que se fijara en ellos.

Cristian se distrajo por un momento observándola sin rubor.

Y entonces escuchó la voz a su lado.

—¿Puedo hablar contigo?

Era ella.

Su misma estatura, de forma que le miraba directamente; el vestido rojo cubriéndola como un guante, y de cerca, sí, mucho más guapa, ojos negros, labios carnosos, nariz recta, piel de seda.

Un pequeño sueño inalcanzable.

—¿Cómo...? —vaciló, completamente bloqueado.

DOS

Ella se lo repitió sin inmutarse, aunque elevó un poco la voz.

—¡Que si puedo hablar contigo!

Su aliento le acarició la mejilla.

Era una combinación de su amada heroína galáctica, Natalie Portman, con su rubia de ensueño, Scarlett Johansson, más un toque de perversa ingenuidad a lo Kristen Stewart.

Se trataba de una broma, claro.

Cristian miró a derecha e izquierda.

Nadie.

Además, Segis y él estaban allí por primera vez.

Expresó lo que sentía en voz alta.

—¿Es una broma?

—No, ¿por qué?

—No sé...

—Por favor. —La chica parecía sentirse incómoda—. Es importante.

Una palabra sin duda definitiva: importante. ¿Para quién?

—Vale —se resignó, invadido por una natural curiosidad.

—Salgamos.

Ella tomó la iniciativa y él la siguió.

De espaldas sí era una suma de magias. El cabello largo y sedoso, los hombros rectos, la cintura breve, las caderas formando dos curvas modélicas, las piernas preciosas y el trasero...

Quedó hipnotizado.

Atravesaron la marea de cuerpos alejándose de las zonas más concurridas, la pista y el bar, y enfilaron hacia la salida de la discoteca.

Los servicios quedaban allí, a la derecha, y del de hombres salió Segis. A unos cinco metros de distancia, el cruce de miradas entre los dos amigos fue inevitable, porque ahora ella era algo así como un rayo rojo surcando el espacio en la zona oscura.

Segis sonrió.

Cristian se puso rojo.

Le hizo un gesto.

«No entiendo nada».

Su amigo le guiñó un ojo y puso cara de perversidad. Con la mano hizo otro claro signo que expresaba aprobación:

«OK».

Cristian pasó de él. Por suerte, la chica iba a lo suyo. No se detuvo hasta llegar al control de la discoteca. Allí les pusieron a los dos un sello invisible en el dorso de la mano. Una vez en el exterior los azotó una bocanada de aire cálido pero limpio. Uno y otro respiraron a pleno pulmón.

—Ven —dijo ella.

Un trecho más. Los alrededores de la discoteca eran un hervidero de coches, motos y cuerpos que iban y venían. Hormigas danzando en torno a la boca del hormiguero. Por suerte estaba en una zona apartada, sin casas cerca, para que el jaleo no provocara las habituales confrontaciones entre vecinos y jóvenes. Abriendo el amplio aparcamiento surgía una pequeña plaza semicircular con bancos y una fuente seca. No había espacio en los bancos, pero sí en el contorno de la fuente.

La chica se sentó y esperó a que Cristian hiciera lo mismo. Una vez quietos, ella pareció perder toda la energía, el fuelle que la había guiado e impulsado un par de minutos antes, desde la aparición a su lado en la barra de la discoteca. Bajó los ojos al suelo, soltó una bocanada de aire, hizo chasquear la uña de su dedo medio con el pulgar y se mordió el labio inferior.

Cristian se dio cuenta de que llegaba a hacerse daño, pero no dijo nada.

Esperó.

—Me llamo Mabel. —Rompió el silencio igual que si se lanzara a tumba abierta por una pendiente.

—Yo, Cristian....

—Ya lo sé.

Volvió a cerrar la boca.

—Supongo que debo de parecerte una loca —concedió tras la siguiente pausa.

—No —mintió él.

—Te he seguido toda la tarde y no sabía si... —resopló incómoda proyectando los labios hacia afuera—. Bueno, da igual. Supongo que esto es inevitable.

—¿Qué es inevitable?

—¿Has oído hablar de María Luisa Ponte? —Por fin volvió a mirarle a los ojos, ladeando ahora el cuerpo hacia él.

—No.

—Todo el mundo la llama Malu.

—No, ni idea.

—Es mi madre.

—Ah.

—Tu padre se llama Santiago.

Eso despertó de nuevo su alarma.

—Sí.

La distancia que los separaba era breve. Apenas medio metro.

Bajo la tarde que declinaba rápidamente, la luz de las escasas farolas todavía sanas proyectaba más sombras que reflejos a su alrededor. La penumbra del anochecer alimentaba paces y guerras, según cada cual. Cristian se imaginó que su cara era la misma de siempre, una mezcla de pardillo integral con adolescente inseguro y retraído, ahora, encima, potenciada por la sorpresa de lo que estaba sucediendo. De pronto

la tal Mabel parecía una diosa. No lo era, lo sabía, pero para él...

Aquel rostro puro cubierto de ceniza, aquellos ojos grandes, luminosos, extrañamente hundidos en la melancolía, tristes y tensos...

—Tu padre está saliendo con mi madre, o viceversa; da igual. El caso es que parece que van en serio.

TRES

La primera sorpresa, que una chica le observara y luego quisiera hablar con él, había sido fuerte.

La segunda resultaba...

Cristian parpadeó.

Abrió la boca, pero no logró coordinar mente y voz, así que imaginó que, encima, su cara debía de ser todo un poema. Superar el influjo de la celestial aparición ya era difícil; concentrarse en lo que acababa de decirle, demasiado para sus fuerzas.

—¿Has entendido lo que te he dicho? —se agitó Mabel.

—Sí, sí. —La sangre volvió a circular por su cuerpo, liberando la presión de la mente.

—Tu padre y mi madre están liados. —Se lo dijo más despacio, por si acaso, prácticamente deletreando cada sílaba.

¿Qué podía decir ante algo así?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Fue categórica.

—¿Te lo ha contado ella?

—No.

—Entonces...

—¿Qué importa cómo lo sepa? Lo sé y ya está. Jo, tío, es... —Hizo un gesto de impotencia—. ¿Tú sabías algo?

—No.

—¿Que tu padre...?

—No, no.

—¿Ni has notado nada?

—Nada. Lo de siempre.

—Esto es reciente. La cosa debió de empezar hace pocas semanas.

—Te digo que es la primera noticia.

Hizo memoria buscando algo, un resquicio, pistas, datos, lo que fuera que corroborara aquella noticia.

Notición, más bien.

—¿No llega más tarde a casa? ¿No te parece distraído, embobado? ¿No suspira sin más, ni llama por el móvil a escondidas o se va a alguna parte cuando suena?

Caramba, eso era cierto.

Todo.

Llegaba más tarde, estaba como ido, ponía películas románticas y cuando sonaba el móvil daba unos saltos tremendos antes de ver quién llamaba.

Por último... sí, a veces salía a la terraza a hablar.

Por la cara que puso, Mabel lo comprendió al momento.

—¿Lo ves? —suspiró.

—Pero no prueba...

—¿Pasaba antes alguna noche fuera de casa por «trabajo»?

—No.

—¿Y ahora?

—Es que lo tiene.

—¿El qué?

—Pues trabajo; no para.

—Ya, y mi madre lo mismo. Anda, tío, va.

Guardaron unos segundos de silencio. El mismo anochecer, el mismo ambiente, la discoteca al otro lado, el mismo cielo sobre sus cabezas, y sin embargo...

La vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. Insospechado.

—Ya te digo que van en serio —asintió Mabel—. Ni es un cuelgue, ni un rollo, ni una «historia». —Remarcó esa palabra—. Mi madre no es de esas, ni de las que sale tantas veces seguidas con un hombre si no está enamorada. Y lo de pasar una noche fuera de casa, o sea, haciéndolo...

Cristian imaginó a su padre «haciéndolo».

Le invadió un sudor frío.

Mabel también acababa de estremecerse.

—¿Tu madre ha tenido otras... relaciones? —preguntó.

—¡No!

—Tampoco te enfades.

—¡No es enfado! —Rozó un leve estallido emocional—. Ha hecho lo que todas, supongo, salir alguna vez a cenar, al cine, qué sé yo. Pero esto... Esto no, tío. Es muy fuerte.

—Acojonante.

—Sí.

—Ya.

Otro silencio después del último diálogo para besugos. Cristian se había doblado sobre sí mismo. Mabel, en cambio, se mantenía erguida. La falda supercorta le llegaba a la mitad de los muslos, pero más cerca de la parte superior que de la inferior. La piel le brillaba. Se pasó una mano por el pelo en un gesto maquinal, pero también de coquetería. Cristian se fijó por primera vez en sus sandalias, apenas dos tiras plateadas. Tenía los pies preciosos.

—Mi padre es viudo —dijo de pronto.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No.

—No lo entiendo.

—Creía que estaba separado. Casado, no, porque mi madre no está tan loca como para eso.

—¿Si no sabías que él era viudo, cómo...?

—Será porque eres un chico y pasas, o no te fijas en detalles o... qué sé yo. Estas cosas se huelen, están ahí, no hace falta ser demasiado listo para imaginarlas.

—Hizo una pausa para calmar su énfasis—. Mi madre está divorciada. Lo pasó muy mal cuando él la dejó por su secretaria. Tocó fondo. Ha estado cinco años hecha

una mierda; te lo digo yo, que he aguantado todo el marrón. Y de repente... sonrío, canta, está el rollo ese de las salidas, me controla menos porque dice que ya se nota que soy mayor y quiere darme confianza... ¿Mayor? ¡Por Dios, si para ella siempre seré una niña! ¡Anda que no se le ve el plumero! Yo paso con mi padre un fin de semana de cada dos. Y ella aprovecha para salir sin darme explicaciones; aunque si solo fueran esas escapadas...

—¿Y lo descubriste?

—Sí.

—¿Cómo?

—La primera vez la llamé una noche. Móvil desconectado. Ella nunca había desconectado el móvil si yo estaba fuera de casa, aunque estuviera en la de mi padre y su guarra. Por supuesto que no sospeché nada. Pero a la segunda... Ah, amigo, eso me escamó. Con el divorcio, mi madre vivió pendiente de mí, y el móvil formó parte de su seguimiento. Si llegaba tarde del instituto, si salía con amigas, si iba a una discoteca. Yo tenía que estar lo-ca-li-za-ble. Y ella con el móvil en la mano. ¿Qué pasa que de repente lo desconecta una noche y otra...? —A medida que hablaba se iba calentando más, su cuerpo exudaba excitación—. Una noche me dijo que estaba cenando con una amiga; era mentira: no había ruido de fondo. Fue el primer indicio claro. ¿Por qué me daba explicaciones? ¿Conoces esa frase que dice, más o menos: «Explicación no pedida, excusa dada»? Me sonó tan a rollo patatero...

—¿Y te comiste el tarro?

—¿Tú qué habrías hecho?

—No sé —reconoció.

—A los tíos nunca se os ocurre nada.

—Vale, gracias.

—No es por atacar —quiso justificarse con cansancio—. Perdona si te parezco... Es que... —Apretó los puños en busca de las palabras adecuadas—. Intuí que había alguien, pero no que se tratara de algo serio o romántico.

—Has dicho antes que tu madre nunca saldría por salir, que no es de esas.

Lo fulminó con la mirada.

—Perdona, es que... —Se encogió de hombros.

—La mujer de mi padre está embarazada, ¿sabes?

—Otro suspiro cargado de tensión—. Cuando mamá lo supo, se vino otra vez abajo. Fue tremendo. Por asociación, cuando vi que le cambiaba el humor y empezaban sus escapadas, creí que era una forma de liberarse, de no acabar hundida. De acuerdo, mi padre culminaba su nueva vida y ella decidía que ya era hora de recuperar la suya. Si fuera eso, perfecto. Es humana, ¿no? Por eso pensé que le daba por desmadrarse y punto, para no llorar o... Luego me di cuenta de todos los detalles y comprendí que me equivocaba, porque ella no es así. ¿Vas pillándolo?

—Sí, no soy tonto.

—Eh, eh. —Le tocó por primera vez.

La mano sobre las suyas.

Una presión cálida, amigable.

A Cristian se le erizaron los pelos del cogote.

—Mi madre siempre quiso otro hijo. —Recuperó un habla apacible y serena—. Cuando yo tenía cinco años quedó embarazada. Era un chico. Lamentablemente, se le murió en el vientre. Tuvieron que sacárselo muerto, ¿te imaginas? Lo llevó dentro dos o tres días, ya sin vida. —Movié la cabeza de lado a lado con pesar—. Eso la impactó mucho. Cuando mi padre me dijo que la gua... —Esta vez rectificó a tiempo, para no parecer demasiado agresiva—. Cuando me dijo que ella esperaba un niño y que yo iba a tener un hermanito... Empleó esa misma expresión infantil, ¿te das cuenta?: «hermanito». —Su gesto fue de desprecio—. Hice lo que pude para que mamá no se enterara, pero... Un bombo es un bombo. Alguien la vio y se lo dijo.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—¿Por qué?

—¿Qué le digo? «Mamá, sé que sales con un maromo, ¿qué tal? ¿Eres feliz? ¿Vais en serio?».

—Entonces no tienes pruebas...

—¡Claro que las tengo! —Recuperó la agresividad—. ¿Crees que estaría aquí, contigo, largándote todo este rollo, si no fueran más que sospechas o teorías? ¡La seguí una noche!

—Joder... —Cristian se quedó sin aliento.

—Se reunió con un hombre. Tu padre. Y desde luego...

—¿Qué?

—No sé si contártelo.

—¿Qué te pasa ahora?

—No te conozco, no sé si eres sensible, si pasas, si tienes problemas, si estas cosas te afectan... Acabo de aparecer en tu vida, tío.

—Va, ¿qué viste?

—¿Estás bien?

—¡Sí!

—Vale... Ya sabes, caricias, abrazos, miradas de-
retidas, besos tórridos, toqueteos... ¡Jo, como dos
críos! ¡Y eso en plena calle! Imagínate a solas.

—¿Cuánto los seguiste? —Venció el hueco de su
estómago.

—Fueron a cenar, y al salir, por poco no les da
tiempo a llegar a donde iban, porque se lo montaron
en un parque que no veas. Yo estaba alucinada. Me ve
mi madre haciendo lo mismo y me encierra en un
convento de monjas con un cinturón de castidad. En
cambio, ella y tu padre...

—¿Y a dónde iban?

—A una casa, en la avenida de Tarradellas, cerca de...

Cristian cerró los ojos.

Ella se dio cuenta y se frenó en seco, sin acabar la
frase.

—¿Qué? —preguntó.

—Es la casa de mi abuela —dijo él—. Murió hace
nueve meses; aún no la hemos vendido, ni alquilado,
ni...

CUATRO

Ya eran más que cómplices.

Se daban perfecta cuenta.

—Todo encaja, ¿ves?

—Sí.

—No pueden quedar en tu casa, porque estás tú,
y mamá no se arriesgaría a ir a la nuestra ni los fines
de semana que paso con mi padre, por miedo a que yo
vaya a buscar algo y los pille. El último fin de semana
mi padre quiso cambiarlo y mamá se puso como una
furia. Que no, que ni hablar, que había hecho planes.
¡Planes! Antes ni siquiera hubiera chistado. Tanto le
habría dado uno que otro. Todos eran iguales. Ahora...
—Pasó a un estado catártico, con las pupilas bailando
en el centro de sus ojos y la mirada perdida en alguna
parte—. Todo es tan... fuerte.

—El viernes mi padre tuvo una cena de negocios, y ayer sábado me dijo que había quedado con un amigo que quería hablarle de un proyecto, para que lo asesorara.

—Mi madre el viernes me dijo que cenaba con una amiga, sin darme más explicaciones; anoche, que se iba al cine con una vieja compañera de estudios con la que se había reencontrado después de tantos años.

Cada vez que sumaban y dos más dos daba cuatro, se quedaban aplastados por el peso de aquella realidad. Aunque, de momento, Cristian todavía se preguntaba qué estaba haciendo ella allí, contándose todo.

Le daba miedo saberlo.

—¿Cómo diste conmigo? —Fue su especie de cauteloso *dribling*.

—Una noche mamá llegó a casa y yo, por casualidad, la vi bajar del coche.

—¿Un Mégane rojo?

—Sí —continuó ella—. Parecía una princesa feliz descendiendo de su carroza. No lo hizo delante del portal, sino en la esquina, justo al otro lado de donde yo suelo aparcar la moto. Tengo un escúter. Tuve una especie de inspiración, y cuando tu padre se marchó, le seguí. Le vi aparcar y luego meterse en vuestra casa. A esa hora no había conserje, así que volví al día siguiente y le pregunté por el dueño del Mégane. De esta forma supe su nombre y luego me dio por seguirle otro par de veces.

—Para saber si, pese a todo, estaba casado —dijo Cristian.

—Sí —reconoció Mabel—. ¿Qué quieres? A estas alturas ya estaba hecha un lío y dudaba de todo. Necesitaba saber de qué iba la película y enterarme de si los dos actores principales eran únicamente tu padre y mi madre. Una vez confirmado...

—Aparecí yo.

—El martes pasado, sí.

—Papá y yo fuimos a ver unos ordenadores.

Mabel asintió con un gesto rápido de arriba abajo, casi con vergüenza.

—Y hoy te he seguido para hablarte. —Concluyó sus explicaciones.

O casi.

No era lo mismo «contar» que «hablar».

Cristian la miró sin comprender.

—¿Hablarle de qué?

De nuevo aquellos ojos encendidos, iluminados; la sorpresa en su rostro, la vehemencia en el gesto, la belleza trastocada en furia.

—Tío, ¿es que no lo ves?

—No.

—¡Lo que hagan no solo les afectará a ellos, nos afectará a nosotros dos!

Quedó conmocionado.

Estupefacto.

—¡Yo creía que mi madre era de las que no repetiría! —dijo Mabel con vehemencia—. ¡Y se ha enamorado! ¡No es solo su vida, es la mía, y la tuya, la de todos! ¿No entiendes que si se casan, o se van a vivir juntos, tú y yo también vamos a tener que hacerlo?

CINCO

Cristian tragó saliva.

Le costó.

—¿No corres demasiado?

La angustia de Mabel era real, formaba una segunda piel. El universo acababa de reducirse a un punto muy concreto. No había otro.

—No, te lo aseguro. —Fue categórica.

—La gente no se casa así como así.

—Y yo te digo que pasados los cuarenta les entra una prisa... Como si el mundo fuera a acabarse en dos días. Oye, ¿tengo que repetírtelo? Yo no había visto reír a mi madre en años. Cara seria, avinagrada siempre, sufriendo por dentro... Ahora no solo es otra mujer, sino que está feliz, ES FELIZ, así, con mayúsculas. —Fue resueltamente gráfica y abrió las dos manos para

proyectar los ecos de sus palabras más allá de la voz—.
¿Cómo es tu padre?

—¿Qué quieres decir?

—¿Es un ligón de separadas sin energía vital?

—¿Mi padre? No.

—¿Qué le sucedió a tu madre?

—¿Qué quieres decir?

—Perdona, lo siento. ¿De qué murió?

—Un cáncer.

—Vaya, lo lamento. —Se estremeció—. ¿Lo pasó muy mal?

—Sí, mucho.

—¿De esas cosas... largas?

—Muy largas.

Mabel hizo una mueca, pero no por ello se calló.

—Tu padre se quedó hecho polvo, ¿no?

—Mi padre y yo. Los dos.

—¿Cuándo fue?

—También hace cinco años.

—¿Lo ves? —Mabel puso las manos con las palmas hacia arriba y los dedos engarfiados—. Dos mitades que se complementan; en todo, hasta en lo malo. —Las unió formando un nudo—. Tenemos dos islas a la deriva... Cuando creen tenerlo todo perdido, se han resignado y la vida les parece una mierda, ¡zas!, la última oportunidad.

—Tampoco es un viejo. —Le defendió Cristian.

—Ni mi madre. Es muy guapa. Tiene cuarenta y dos, pero nadie se los hace.

—Mi padre tiene cuarenta y cuatro.

—Ya te digo. Es que ni hechos a la medida.

—Entonces...

—Mi madre es una tía legal.

—Mi padre también.

—Perfecto.

—Vale.

Cayeron una vez más en el pozo de su silencio compartido, sin fuerzas, sin argumentos, anímicamente apoyados el uno en el otro, pero tan solitarios como si estuviesen en dos extremos del Sahara.

Cargaron baterías.

Acompasaron la respiración y el batir de sus corazones.

Ya era de noche y pronto llegaría la hora de volver a casa.

No solo por ellos, sino porque la discoteca cerraría.

De hecho, los primeros adolescentes, los más jóvenes, los que tenían una hora temprana para el reintegro al hogar, iniciaban ya la retirada. Para unos era el ocaso. Para otros, el fin de una jornada potente. La senda de los elefantes era común. Los solitarios caminaban en silencio. Los grupos de chicas y chicos bromeaban con desparpajo comentando las incidencias de la noche. Las parejas quemaban sus últimas energías comiéndose a besos.

Para ellos sí se terminaba el mundo, de golpe.

—Estoy hecha un lío, ¿sabes? —reconoció Mabel—. Esto me ha pillado...

—No quieres tener un nuevo padre, ¿se trata de eso?

—No. —Arrugó toda la cara nada más decirlo y rectificó—. Bueno, no lo sé. ¿Te imaginas un extraño que irrumpe de pronto en tu vida sin que puedas hacer nada porque no se trata de ti, sino de lo que le importa a la única persona del mundo que quieres? Bastante palo fue saber que tendría un hermanastro. ¡Un hermanastro al que le llevaré la tira de años, que será un desconocido para mí! Pero esto es peor. —Le miró con los ojos brillantes. Tenía los labios húmedos—. ¿Y tú, qué? ¿Quieres tener otra madre?

—No sería lo mismo.

—¡Ya lo sé! Mi padre fue un cerdo que se fue con su secretaria, pero era mi padre. No pude odiarle de un día para otro, porque se fue así, de un día para otro. Se lo dijo a mi madre, se despidió de mí, hizo la maleta y se fue. Tu caso es distinto.

—Un poco.

—No; es muy distinto. Además, los hombres no aguantan estar solos.

—Mi padre lo llevaba bien.

—A lo mejor se hacía el fuerte por ti.

Nunca lo había pensado.

Mabel estaba poniendo el dedo en todas las llagas.

Le dirigió una mirada incómoda.

—Esto nos afecta a los dos, ya te lo he dicho —le recordó, suavizando el tono—. Y como nos afecta a los dos, estoy aquí. Por eso quería que habláramos.

—¿Buscas ponerles trabas? —se alarmó él.

—No, hombre, no.

—No lo dices muy segura.

—Si mi madre es feliz...

—Pero te duele.

—Sí.

El silencio fue breve pero intenso. La afirmación de Mabel lo tiñó de un leve rescoldo de amargura e impotencia.

—¿A ti no? —Ella misma rompía el silencio.

—Todavía no lo he asimilado. —Fue sincero.

—Te pareceré egoísta.

—No.

—Sí, seguro.

—¿Quieres que te tranquilice, es eso?

La chica se encogió de hombros, más y más perdida en su océano de dudas.

—Es normal que estés asustada —repuso Cristian.

—Mira, solo te pido que estemos en contacto, ¿te parece?

No se le ocurría nada mejor en ese momento.

—Vale —convino.

Mabel sacó el móvil del bolsito que colgaba de su hombro. Cristian ni siquiera se había dado cuenta de su existencia. Lo sostuvo en la mano al tiempo que decía:

—Dame tu número.

Se lo dio y ella lo guardó en la memoria. Cristian hizo lo mismo. Sacó el móvil de su bolsillo y lo conectó. Tras oír la musiquita de turno abrió la memoria y tecleó las nueve cifras que le facilitó su compañera.

Su nueva e inesperada compañera.

—Cualquier cosa... —aventuró Mabel.

—Nos llamamos —concluyó él la frase.

—No importa la hora, ¿eh?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—Si se enrollan en serio...

—Es que ya se han enrollado en serio, tío.

—Me refiero a que si, como dices, van rápido y acabamos todos...

—Tendremos que soportarnos.

Cristian captó la intensidad de su dramatismo.

—Ni que fuéramos a la guerra.

—Me parece que aún no ves esto en perspectiva.

—La voz de Mabel se nubló hasta oscurecerse por completo.

—¿Qué tengo que ver?

—Vivir juntos significa que uno de los dos perderá sus raíces, su casa, su habitación, su barrio, su mundo, todo. Me temo que voy a ser yo.

SEIS

Se estaba habituando a sus frases lapidarias, cargadas de malos presagios, rebosantes de malos augurios, pero esta, con mucho, se llevaba la palma.

O al menos así se lo pareció a él.

—¿No lo magnificas un poco?

—¿Tú crees? —El tono fue irónico, femeninamente provocador. Lo acompañó con un entrecerrar de ojos fulminante—. Tu padre es viudo. ¿El piso es suyo?

—Sí.

—Mi madre está divorciada, el piso es suyo y de mi padre. Vivimos en él. Si ella se casa o se apalanca con otro, habrá que venderlo, la mitad del dinero para mí padre y la otra mitad para ella. Es la legalidad o lo que pactaron, no lo sé. Por lo tanto, yo pierdo el hogar en el que nací y crecí, el único que he conocido, y me

voy a un sitio extraño, nuevo, que no solo he de compartir con un señor sino con su hijo de mi misma edad. Genial, ¿no te parece? Y tú tampoco te libras, hermano —se burló con retintín—. Te va a tocar ceder la mitad de tus espacios, baño incluido, y ver cada día a una señora que resulta que es la nueva dueña de la casa y a su querida hija que, te caiga bien o mal, estará allí, lo quieras o no, con sus rollos, su música, su tal y su cual.

Era abrumador.

Se lo exponía como si fuera un campo de minas.

—Joder...

—¡Exacto: joder! Eso mismo pienso yo.

—¿Y si mi padre también vende nuestro piso, porque en él están todos los recuerdos de su pasado, para iniciar una nueva vida?

—Entonces los dos tendremos que adaptarnos y pelearnos por la mejor habitación. —Le enseñó los dientes en una falsa sonrisa de complacencia—. Pero si es difícil vender un piso, imagínate dos. Como les dé la urgencia, lo lógico es lo que acabo de decirte. Mamá y yo nos trasladamos. ¿Cómo es tu casa?

Cuando se ponía en plan ametralladora... Trataba de pensar en una cosa y ella ya le metía en otra andanada.

—Pues... no sé, una casa, como todas.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—La de matrimonio y tres más, pero en una mi padre tiene un despacho. Es su rincón.

—Quedan dos, una la tuya. ¿Cómo es la otra?

—Es la de los trastos.

—Genial. La mía. ¿Es grande?

—Regular.

—¿Como la tuya?

—No.

—¿Lo ves? —Su mueca triunfal tuvo poco de feliz—. ¡El cuarto de los trastos, pequeño y mal ventilado, seguramente, con una ventana que da a un patio de luces lleno de ruidos! ¿Sabes la de cosas que tengo yo? Libros, ropa, música, el ordenador, mi colección de llaveros, pines... ¡Mi habitación es enorme, y aún tengo cosas en otra! ¡En tu casa, si encima nos quedamos sin cuarto de los trastos...! ¿Qué?

La cabeza de Cristian ya le daba vueltas.

—Es que...

—¿Vas a cedermela tuya?

—No —logró reaccionar.

—Ya. ¿Hay baños?

—Dos.

—O sea, el de «ellos» y el «nuestro», como ya te he dicho. A compartir. Y no hay nada menos compartible entre un chico y una chica que el cuarto de baño, te lo aseguro.

—Oye, espera, espera... —Cristian se llevó una mano a la cara y se frotó los ojos, porque sin comerlo ni beberlo estaba participando de un paisaje apocalíptico tan abrumador como desconcertante—. ¿No te estás pasando un poco? Entiendo que estés nerviosa, pero vas muy rápido.

—Yo no voy rápido. Ellos van rápido. —Fue terminante—. Tú aguarda y verás.

—Pero es que das por sentadas cosas que...

—Yo ya tengo a mi madre calada. Te toca a ti calar a tu padre. No tienes más que ver y oír, o hacer alguna pregunta. Ya me dirás. Esto es muy serio, tío. —Volvió a venirse abajo—. Toda nuestra vida está a punto de cambiar.

—¿Seguro que no quieres torpedear esto?

—¡No!

—Pues lo parece.

—No se trata de torpedear o no torpedear. ¡Es su vida! Es que... no sé. —Se desesperó—. ¿A ti te gustaría aguarles la fiesta?

—No.

—¿No te importa ver a otra en la casa de tu madre?

Nunca lo había pensado. Un padre viudo, y joven, y nunca lo había pensado hasta ahora. El piso seguía lleno de fotografías de los dos juntos o por separado. Como cualquier otra casa en la que ninguno de sus miembros hubiese muerto.

Fotos detenidas en el tiempo.

—Yo ni siquiera puedo imaginarme a mi madre haciendo... —dijo Mabel ante el silencio de Cristian—. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí.

—Es natural pero... también asqueroso.

—Yo me imagino que la gente lo hace hasta que se muere o se les van las ganas.

—Nadie —recalcó la palabra— imagina a su madre o a su padre «haciéndolo». No se piensa en esas cosas.

—Yo oía a mis padres a veces —confesó él.

Nunca le había contado eso a nadie, ni a Segis, y ahora lo compartía con una desconocida.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Se puso un poco rojo.

—¿Gemidos y tal?

—Sí.

Mabel arrugó la cara.

—Yo me habría muerto de vergüenza —reconoció—. Aunque me parece que ya no lo hacían desde mucho antes de la separación. No te digo nada si encima tuviera hermanos más pequeños.

Era como una sinusoides; subía y bajaba constantemente. Cuando estaba arriba, la dominaban los nervios, se le salía la energía por todas partes. Cuando estaba abajo, sometida al peso de sus emociones, apenas si forzaba la voz. Entre subida y bajada existía una amenazadora tierra de nadie.

En este momento bajaba, bajaba, bajaba.

—Siento que lo estés pasando tan mal —intentó consolarla.

Mabel casi se echó a llorar. Sorbió con fuerza y tragó con dificultad.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Es que no sabía qué hacer, y esto nos afecta a los dos por igual.

—Supongo que sí.

—¿Cómo te lo has tomado tú?

—Ni idea. He de asimilarlo.

—Pero eres del tipo tranquilo, ¿no?

—Supongo que sí.

—Yo soy un nervio.

—Ya veo.

—Me como el tarro por todo. Y además soy de las que intenta que todo encaje.

—Según tus normas.

—¿Y qué? —Le fulminó con otra mirada cargada de furia—. Hay detalles que pueden amargarte la vida. ¿Fumas?

—No.

—Menos mal. Yo tampoco. ¿Ves lo que quiero decirte?

—Sigo pensando que das por sentado cosas que quién sabe si acabarán pasando, aunque esté de acuerdo con eso de que más vale prevenir que curar.

—Yo te he avisado. Tú mismo. Sondea a tu padre. Parecía todo dicho.

Así que se quedaron sin saber qué más hacer o de qué más hablar, como no le dieran vueltas de nuevo a lo mismo, y los dos estaban cansados.

Cristian vio a Segis buscándole en la puerta de la discoteca.

Le localizó y levantó la mano.

—¡Cristian!

SIETE

No quería que su amigo se acercase. Lo que menos deseaba era una presentación engorrosa. Bastante le cosería a preguntas en cinco minutos. Alzó su brazo y le hizo una seña clara para que le esperase.

—¡Ya voy! —le gritó desde la distancia.

Segis disimuló lo que pudo, pero ya sin quitarles la vista de encima.

Cristian se enfrentó a Mabel.

—Supongo que es hora de...

—Sí.

—¿Tú...?

—Ya te he dicho que tengo un escúter.

Se la imaginó yendo en la moto con aquel vestido tan liviano y corto. Luego pensó que, además del casco atado con una cadena a la rueda, debía de llevar una chaqueta en algún compartimiento del escúter.

Imágenes.

Sensaciones.

—¿Me llamarás cuando sepas algo? —preguntó ella.

—Vale.

—Yo te llamaré si me entero de lo que sea.

—Bien.

Mabel fue la primera en saltar de la fuente y ponerse en pie. Se estiró el vestido hacia abajo, con lo cual el escote descendió en la misma proporción. Luego agitó la cabeza. Cuando levantó la vista se lo encontró parado delante. Misma estatura. Ojos rectos. Estaban serios, mirándose tan fijamente que más parecía que se estuvieran estudiando el uno al otro.

Por primera vez, ella esbozó un tímido intento de sonrisa.

—Desde luego...

—¿Qué?

—Tú de «hermano»...

—¿Qué pasa?

—Pues eso.

—Yo podría decir lo mismo, ¿no?

—Por supuesto.

—Tendríamos que ser amigos —aventuró él.

—Imagínate.

A veces querría estrangularla.

—Habrás cosas peores, digo.

—Bueno, no pareces tonto, ni carca.

—Gracias, muy amable.

—No te lo tomes a mal.

—¿Cómo quieres que me lo tome? ¿No soy tonto, ni carca? Fantástico. ¿Y tú qué?

—Yo soy una tía cojonuda —le soltó sin ambages. Otra larga mirada.

Hasta que ella se rio.

Una sonrisa dulce, encantadora y rendida, que le marcó un hoyuelo en cada mejilla.

—Perdona el asalto y el marrón —reconoció de nuevo.

—No pasa nada. Si es como dices...

—La cosa se las trae.

De pronto no supieron si darse la mano o... Cristian vaciló. Mabel vaciló. Primero fue ella la que inició el acercamiento de su rostro y tropezó con el intento de mano extendida de él. Luego al revés. Cristian apartó la mano, fue a corresponderle el beso en la mejilla y chocó con la de Mabel.

Volvieron a la posición inicial y esta vez ya no hubo dudas.

Se besaron en las mejillas.

Cristian aspiró su aroma.

Un breve segundo.

—Vale, adiós —se despidió ella primero.

—Adiós.

La vio caminar con la cabeza baja hasta perderse por la zona donde estaban aparcadas las motos.

Tardó bastante en reaccionar.

Cuando lo hizo, Segis ya estaba a su lado, con los ojos abiertos de par en par y una expresión de asombro en el rostro.

OCHO

Segis no se cortó un pelo a la hora de expresar lo que sentía.

—Coño, tío.

—¿Qué? —Cristian le miró con irritación mientras echaba a andar.

—Vas rápido.

—No es lo que parece.

—Ya.

—Venga, Segis, no me des la vara tú ahora.

—¿Yo? —Su amigo no pudo dar crédito a lo que oía—. ¡Que está de muerte, tío! —Recuperó su expectante asombro—. ¿Cómo ha sido?

—Quería contarme algo.

—Ah —se cruzó de brazos sin dejar de seguir el vivo paso de su compañero.

Era su mejor amigo. El único. Sus padres conocían al suyo. La muerte de su madre había significado una conmoción para todos. Compartían juegos desde niños y ahora compartían el mundo que se les abría despacio a cada paso. Un mundo, de momento, lleno de frutas prohibidas.

Las chicas que les quitaban el sueño, de entrada. Se armó de valor y se lo soltó.

—Mi padre y su madre están saliendo juntos.

No tuvo que darle más explicaciones. Segis alzó las cejas y se envolvió con una expresión de pasmo.

—¿Tu padre...?

—Sí, mi padre.

—Hostias... —Fue explícito.

—Como les digas algo a los tuyos...

—Tranquilo, hombre.

—Según ella, van en serio.

—¿No sospechabas nada?

—No.

—Ni habías notado...

—Puede que sí, que papá haya estado más alegre últimamente, pero eso no significa nada. Siempre hay momentos en los que estás mejor, por el fútbol, por el trabajo... Asociarlo a una relación íntima... Para Mabel es distinto.

—¿Se llama Mabel?

—Sí.

—¿Y qué quería, que los puteéis o algo así?

—No, solo contármelo.

—¿Por qué?

Una buena pregunta, con múltiples respuestas.

—Aún estoy alucinado.

—Del todo —asintió Segis.

—No quiere impedirlo si su madre es feliz, pero quería saber si mi padre es legal. Está asustada.

—Lo imagino.

—Dice que si se casan o se enrollan en plan de vivir juntos y todo eso, tendrían que venirse a vivir a mi casa.

Segis se quedó blanco.

Lo que él vio, o imaginó, o soñó en su mente, no tenía nada que ver con lo que en ese instante pasaba por la de Cristian.

—¿Tendrías a ese bombón todo el día allí, yendo y viniendo, comiendo y cenando contigo, con su ropa interior colgada de...? ¿La verías, como quien dice, en bragas?

—Ya salió el retorcido.

—¡Tío, tío, tío!

—¡Que no está tan buena, vale ya!

—Está buena.

—¡A ti todas te lo parecen!

—Porque no me como una rosca.

Llegaron a la parada del autobús, pero se apartaron del resto de jóvenes de a pie que aguardaban la aparición de los vehículos en los que regresarían a sus casas. Cristian intentó razonar con él, impedir que un árbol le tapara el resto del bosque.

—Segis, lo de menos es si está buena o no. Si esta chica tiene razón, y parece saber de lo que habla porque

es intuitiva aunque un poco desmadrada, va a cambiar la vida de cuatro personas, ¿entiendes? No es solo la de mi padre y su madre. Es una situación que nos afecta a todos.

—¿En serio piensas que tu padre se haya podido volver a enamorar?

—Es joven y han pasado cinco años. Cabe la posibilidad.

—¿Ella también es viuda?

—Divorciada.

—¡Buf!

—Mira, quizá sea un ligue, un primer intento, un desahogo, ya me entiendes.

—No veo a tu padre ligando ni desahogándose.

—Yo tampoco —reconoció.

—Claro que la gente cambia. Yo no tengo ni idea de qué hace o piensa mi padre en realidad, porque hablar... hablamos poco, como no sea para darme la vara. ¿Ella qué dice? —Recondujo la conversación al punto esencial.

—Que su madre tampoco es de esas. Quedó muy marcada con el divorcio. Jamás la imaginó volviendo a las andadas. Y, sinceramente, tampoco imagino yo a mi padre haciendo el tonto a sus años, y con una divorciada, nada menos. Si fuera una jovencita... Los dos están de vuelta de muchas cosas. Él es un tío demasiado serio.

—¿Sabes si...?

—Sí.

—¿En serio?

—Mabel los siguió. Van a casa de mi abuela a montárselo.

—¡Fiu! —silbó con admiración—. ¡Vaya con el señor Santiago!

—Segis...

—No, en serio, lo digo porque si él la ha llevado allí es porque seguro que están encoñados.

—De encoñados, o un cuelgue, a enamorarse y compartir la vida hay mucha diferencia. Mabel dice que su madre es otra. A papá voy a tener que vigilarle estos días.

—¿Vas a espiar a tu padre?

—He quedado con ella en que lo haría.

—O sea que vas a volver a verla.

—Sí.

—Ostras, tío, si acaba siendo tu... hermana.

A Cristian se le hundieron los hombros. Su estatura debió de empequeñecerse al menos dos o tres centímetros. Su ánimo, en cambio, ya no pasaba del suelo.

—Oye, paso. Todo esto me ha dejado agotado.

—¿Quieres que...? —intentó ofrecerse Segis.

—Tú —hizo hincapié en la primera palabra— no haces nada. Cierra la boca y ni te muevas.

—Vaaale —se resignó su amigo.

—Eres un metepatas, no lo olvides.

—Por una vez que...

—¿Una vez? —Casi soltó una carcajada—. No la cagues, por favor, que esto es serio. Vamos a ver qué sucede.

Llegaba un autobús.

El suyo.

NUEVE

A una distancia relativamente cercana para observarle bien, pero no lo bastante como para que él la descubriera, Mabel vigilaba atentamente a Cristian.

Sus gestos.

Y, sobre todo, sus expresiones.

Parecía serio, preocupado, controlado. Nada de risas, nada de tomárselo a broma, nada de hacerse el duro o el chulillo con su amigo. Contención.

Porque, desde luego, podía estar segura de que se lo estaba contando.

Por lo menos no se había equivocado.

Era un buen chaval.

Un poco pardillo e inseguro, como la mayoría a los dieciséis años, pero buen chaval.

Estaban en el mismo barco y se necesitaban.

De todas formas, que le viera hablar y contárselo a su amigo con seriedad, tampoco significaba gran cosa. El impacto del momento tal vez le tuviera conmocionado. Lo importante era ver qué hacía a continuación. Si era un torpe, y le preguntaba directamente a su padre, o si se lo contaba todo, el lío estaría servido. Porque al padre de Cristian le faltaría poco para decírselo a su madre, y su madre sabría que ella la había seguido y todo lo demás.

Esperaba no haber cometido una estupidez.

A veces... bueno, muchas veces, mejor dicho, casi siempre, se precipitaba, víctima de su irrefrenable energía y sus ganas de solucionar los problemas antes de que se presentaran. Tanto nervio, tanta pasión, tanta fuerza...

El amigo de Cristian daba la impresión de actuar como el abogado del diablo: le incordiaba, le hacía preguntas. Una o dos veces había saltado agitando las manos.

Los amigos siempre eran así.

Leona hacía lo mismo con ella.

—Mierda... —suspiró.

Llevaba puestos el casco y la chaqueta con protectores en los codos, la espalda y los hombros. Tenía la moto apagada y se ocultaba bajo las sombras de una marquesina. Llegaría tarde, demasiado tarde, pero quería estar segura, o al menos sentirse más tranquila.

Si el hijo del novio de su madre hubiera sido un imbécil...

Se estremeció.

Lo prefería así, tímido, inseguro. Los idiotas creídos y fatuos ya abundaban demasiado. Los tíos volvían a ser machistas. Una pasada.

¿La traicionaba su instinto?

Tantas veces la había cagado... Incluso enamorándose de quien no debía.

¿Por eso salía con Andrés? ¿Porque le iban los impresentables con los que pelearse?

Cerró los ojos y suspiró. Demasiados nervios, demasiadas ideas en la cabeza, demasiadas emociones mal medidas.

La suerte estaba echada.

Llegó un autobús. Cristian se despidió de su amigo y lo tomó.

Una vez perdido en la distancia, Mabel se puso en movimiento, arrancó la moto y se alejó de allí.

SEGUNDA PARTE

LAS REACCIONES

DIEZ

En el autobús, Cristian iba completamente inmerso en sus pensamientos, ajeno a todo, incluso al número de paradas que iba dejando atrás.

Tenía a Mabel en la cabeza.

Su voz.

Todo lo que acababa de contarle.

¿Y si era una broma?

Qué estupidez, ¿quién iba a gastársela?

Mabel había sido sincera. Explosivamente sincera. Todos los matices se aglutinaban en su rostro, en su cuerpo, en sus palabras.

Tal vez fuera un poco desmadrada, por lo del piso, las habitaciones y el futuro apocalíptico que intuía; pero el cuadro que le acababa de escenificar tenía sentido, era bastante realista.

No creía capaz a su padre de un ligue sin más. Y por lo que decía ella, a su madre tampoco. Dos islas. Dos mitades rotas que se encontraban cinco años después de sus respectivas tragedias. La vida no era eterna.

Se imaginó a su padre casado de nuevo.

Había un montón de gente con su segunda oportunidad. En el instituto conocía al menos a un par de chicos y a una chica. Nunca les había preguntado, ni ellos habían contado nada a favor o en contra. La mayoría de las personas vivía y dejaba vivir.

Mabel, en cambio, nadaba entre dos aguas.

No quería meterse, pero aquello la afectaba.

Previsora, calculadora, imaginativa...

—Menuda fiera —suspiró.

Volvió a la idea de su padre casado.

Por un lado, por él, a sus cuarenta y cuatro años, bien. Volvería a vivir. Nunca olvidaría a su madre, de eso estaba seguro, pero indudablemente sería un renacer. Según Mabel, ya lo estaba siendo. Pero por su lado, ¿qué? Madrastra y hermanastra de golpe, de una sola tacada. Todo ello, contando con que no llegase un hijo de la nueva pareja.

Le entró un sudor frío.

Eso sí sería mucho cambio.

Y Segis tenía razón. No al cien por cien, pero sí algo. Mabel no era lo que se dice una chica explosiva, de las de perder la cabeza, pero guapa... Guapa, sí, y mucho. Guapa y con carácter. Suficiente para alguien como él. Ojos, labios, pelo, cuerpo...

Incluso se parecía un poco a Eva.

Arrugó la cara al meterse su amor imposible de por medio.

Eva era una quimera; Mabel, un sueño demasiado hermoso para ser verdad.

La voz de Segis seguía rebotando por su cabeza como un eco fastidioso:

«¿Tendrías a ese bombón todo el día allí, yendo y viniendo, comiendo y cenando contigo, con su ropa interior colgada de...? ¿La verías, como quien dice, en bragas?».

Más sudor frío.

La bola crecía en su mente, con todos los ingredientes juntos, engordando, dando paso a nuevas ramificaciones a cual más llamativa, curiosa o intensa. Todo lo dicho por Mabel actuaba a modo de ametralladora, disparaba balas de plata, salpicaba sus neuronas hasta saturarlas.

Cuando se dio cuenta de que el autobús estaba en su parada e iba a cerrar las puertas para reemprender la marcha, reaccionó pegando un grito y moviéndose a codazos por el interior.

—¡Eh, eh, espere que bajo! ¡Eh!

Menos guapo, le dijeron de todo.

ONCE

Antes de introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta, llevó todo el aire que pudo a sus pulmones y dibujó una sonrisa de oreja a oreja en su rostro.

Nada más cruzar el umbral del piso, gritó:

—¡Hola, mamá, ya estoy aquí!

—¡Hola!

Fue a la sala para darle un beso. Desde que sabía lo de su relación con aquel hombre la veía de otra forma. Estaba igual de atractiva, pero el amor, o lo que fuera aquello, le confería una dimensión especial, más viva. Era como si llevase un halo visible sobre la cabeza. Ojos despiertos, el grito de la felicidad abriéndose camino por la moderación de su carácter, la sensación de paz y equilibrio que desprendía...

Malu leía un libro. Uno muy grueso. Levantó la cabeza y lo dejó abierto sobre su regazo. La única luz

de la estancia era la de la lamparita, que vertía su chorro cenital por encima de las páginas.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo lo has pasado?

—Bien.

Se besaron en la mejilla. Mabel se fijó en el título de la novela. Una historia de amor.

De las de mojar pan.

—¿Qué lees? —fingió indiferencia.

—Un culebrón.

—¿Y desde cuándo lees culebrones?

—Algunos están bien. No todo es basura televisiva.

Este me lo recomendó Bárbara. —Cambió el tono de la conversación para decir—: ¿Te preparo algo de cena?

—No tengo mucha hambre.

—Mabel...

—En serio, es que he picoteado unas patatitas y me han quitado el apetito.

—Mira que si encima de que llegas tarde no cenas...

—Bueno, hazme un poco de pan con tomate y me pones algo de queso o jamón, ¿vale?

—Bien. —Su madre se puso en pie.

—Pero solo un poco —insistió—. Y un poco es un poco, que te conozco.

—¡Cállate, pesada! ¿A dónde vas?

—He de estudiar unas cosas para mañana.

—Vaya. —Elevó las manos al cielo con buen humor—. La palabra «estudiar» entra en casa.

—No empieces, va. —Le dio la espalda para dirigirse a su habitación.

—Huye, huye.

Desde luego, estaba de buen humor, nadie podía negarlo.

Eso la hizo detenerse.

—¿Has salido? —preguntó como de pasada.

—No.

—¿No?

—Pues no, ¿por qué? —La mujer se detuvo en la puerta de la cocina, intrigada por el tono.

—Por nada, pero como últimamente parece estar más relacionada...

—¿Yo? —Su asombro no tuvo nada de sincero.

—Eh, que no digo nada, que ya era hora.

—¿Hora de qué?

—De que salieras de casa. Hay un mundo ahí afuera, ¿sabes?

—Lo que me faltaba.

Mabel intentó arriar velas.

—Olvídalo —dijo mordiéndose la lengua.

Se metió en su habitación repitiéndose lo de siempre: que era demasiado impulsivo-agresiva. Lo malo es que no se la quitó de encima. Ya no. Malu la siguió, impidiéndole cerrar la puerta para quedarse sola. Se apoyó en el quicio mientras ella abortaba el gesto de ponerse cómoda.

Ya no solía desnudarse o vestirse delante de su madre.

—Oye, si crees que no cumplo con mis funciones maternas, me lo dices —le soltó con un inequívoco aire de culpa.

Mabel empezó a horrorizarse.

—Que nooo...

¿Por qué abría siempre la boca?

—En serio.

—¡Mamá, ha sido un comentario inocente! ¿No te metes siempre tú con lo de que no paro en casa?

Era como si no la escuchara.

—Si quieres que vayamos a alguna parte... —dijo con la mayor de las emociones.

A Mabel casi se le doblaron las piernas. Su madre se sentía culpable. Era eso. Culpable de ser feliz. E intentaba compensar esa culpa volcándose con ella.

Lo que le faltaba.

—¡Mamá, que no! —intentó no gritar.

—Mira que eres rara. —Movi6 la cabeza de lado a lado.

—¿Me dejas que me cambie?

—Sí, hija, sí.

Se apartó de la puerta, pero no la cerró. Lo hizo Mabel cuando sacó la cabeza y la vio entrar en la cocina. Seguía temblando, así que se sentó en la cama y buscó un poco de serenidad por entre sus maltrechos nervios.

Luego golpeó la almohada.

Con el puño cerrado, una, dos, tres veces.

No gritó por fuera, pero por dentro...

DOCE

Cristian cerró la puerta de su casa con más estrépito del habitual, más que nada para avisar de su llegada y, para que si su padre hablaba por teléfono, le diera tiempo a despedirse y cortar la conversación.

Nada más hacerlo se dio cuenta de su gilipollez.

—¿Papá?

—Sí.

Caminó hasta el despachito. De pasada miró las puertas del pasillo, la de su cuarto, la del trastero, la de la habitación de matrimonio, los dos baños...

Nunca se había detenido a pensar si eran grandes o pequeños.

Santiago escribía en el ordenador. Levantó los ojos por encima de la pantalla al verle aparecer por la puerta.

—Hola, hijo.

—Hola.

—¿Has cenado?

—No.

—Yo tampoco, se me ha ido el santo al cielo con esto.

—Me preparo un bocata.

—¿Quieres que pidamos una pizza?

—Vale.

—Tú mismo, llama. Menos de piña, lo que sea me va bien. ¿Vemos el partido en la tele?

—Pero si ya ha empezado hace la tira.

Su padre miró el reloj. Le cambió la expresión.

—Qué barbaridad —comentó—. Bueno, al menos la segunda parte.

—Yo paso.

—Era por estar juntos, hombre.

Cristian se sintió culpable.

—Mientras comemos la pizza —concedió.

—Vale, acabo esto en un minuto.

—¿Qué es?

—Nada, una tontería.

Por detrás de él había un espejo. Cristian no pudo evitar deslizar una mirada en su dirección. Lo que escribía su padre se reflejaba parcialmente y parecía ser una lista de frases o...

Se dio cuenta de que era un poema.

Y se puso rojo como un tomate.

—Voy a... llamar a...

Salió del despachito. Su madre le había dicho una vez que su padre, de jóvenes, le escribía hermosos y

sentidos poemas de amor. Una práctica que debió de acabar con el paso de los años o la rutina, aunque no estaba seguro de que no se los hubiera seguido escribiendo después. En todo caso, nunca los había visto. Seguían entre las cosas personales de ellos.

Volvía a las andadas.

Se metió en la cocina, cogió el listado de pizzas del servicio a domicilio y escogió una grande con casi todo menos piña. Llamó y la encargó. Antes de pasar por la sala entró en su habitación y preparó las cosas para el día siguiente. Por más que intentaba serenarse, no podía. La cabeza seguía dándole vueltas. Luego fue a la sala y encendió el televisor. Seleccionó el canal 1 y vio que la segunda parte del partido iba a comenzar. No era su equipo, ni el máximo rival, así que le daba igual quién ganara. Todo lo que no fueran el Barça y el Madrid...

—¡Papá, empieza la segunda parte!

—¿Cómo van?

—¡Cero a cero!

—¡Voy!

Poemas aparte, todo lo dicho por Mabel adquiría de pronto una dimensión irreal y parecía confirmarse. Eran los detalles, sobre todo eso. Antes no le habría prestado la menor atención a que quisiera ver el partido o zamparse una pizza en plan colegas. Ahora sí. Detalles, detalles, detalles.

Su padre apareció frotándose las manos, más contento que unas pascuas.

—¡Bien, allá vamos!

Se dejó caer sobre su butaca favorita prestando atención al juego. Cristian se la prestó a él, disimuladamente.

Alguien chutó al palo en ese instante.

—¡Huy! —gritó—. ¡Tú has visto eso? ¡Al menos hay treinta metros!

Se sentó en la otra butaca y trató de concentrarse en el juego.

Imposible.

Tenía a Mabel en la cabeza.

Cada una de sus palabras.

Eso y ella.

La pizza llegó a los quince minutos, señal de que no había mucho trabajo y el partido no era de gran trascendencia. Cristian se ocupó de abrir la puerta, recogerla y pagar. El billettero de su padre estaba en la repisa de la entrada, junto con las llaves. Nada más irse el repartidor volvió a cogerlo.

No había ninguna foto.

Pensó en el móvil.

Pero el teléfono lo llevaba siempre encima.

Fue a la cocina para cortar la pizza.

—¡Gol! —aplaudió el hombre desde la sala—. ¡Ven a verlo, Cristian! ¡Ha sido muy bueno!

Le complació. Metió la cabeza por la puerta y vio la repetición. Un centro desde la izquierda y el delantero la había cogido con una tijereta. Por la escuadra.

—Eso lo llega a marcar Messi y da la vuelta al mundo —comentó su padre—. Venga, trae la pizza que me ha entrado un hambre...

Regresó a la cocina, hizo ocho partes y lo metió todo en una bandeja junto con dos refrescos. Cuando se sentó, colocó la bandeja entre los dos, en una mesita que servía siempre para dejar la bebida, no para ser un cementerio de fotos. Las fotos estaban en la repisa, la librería, las paredes y otros sitios.

No quiso mirar a su madre.

No pudo.

Cenaron, vieron el gol del empate —un churro— y el segundo de los locales. Apenas si faltaban diez minutos para la conclusión del encuentro y la cosa se puso realmente aburrida. Unos defendían la ventaja y los otros, impotentes y sin ideas, se estrellaban contra un muro. Cristian estaba a punto de levantarse.

—¿Haces algo el próximo fin de semana?

Miró a su padre. Seguía con los ojos fijos en la pantalla, pero acababa de formularle la clásica pregunta trampa que todo hijo espera alguna vez.

El próximo fin de semana.

No sabía ni lo que haría mañana.

—¿Algo? —Buscó todo el tacto posible—. ¿Como qué?

—No sé, si tienes planes...

—¿Por qué?

—Yo es que tengo una convención.

Le pilló.

Miraba el partido, pero sus manos estaban crispadas, o casi. Y al decirle aquello sus ojos habían titilado por un instante. Cierta rictus paralizaba sus facciones.

No quería ser malo pero...

—¿Otra?

—Bueno, sí, es la época. —Santiago hizo un gesto ambiguo—. De todas formas, no quisiera...

—Tranquilo, que yo me apaño.

—Si quieres ir a casa de los abuelos...

—No, hombre, no.

—Parece mentira que ya nunca quieras. —Superado el breve punto de tensión emocional, recuperaba sus galones de padre—. Antes te encantaba ir a dormir a su casa.

—Papá, los abuelos son geniales. —Quiso dejarlo claro—. Lo que pasa es que...

—Tienen muchos años, sí.

—Demasiados.

Y como eran los padres de su madre, y su casa era una especie de santuario, a veces estar allí se le hacía duro.

Una hija única muerta a los treinta y siete años.

—Cualquier día también pasarás de mí. —Le lanzó un suave golpe con el puño cerrado que apenas si impactó en su hombro.

—No te pongas trágico.

—Es lo normal. No vas a quedarte aquí para cuidar de tu anciano padre. Y además, en cuanto vayas a la universidad, el que desaparecerá en dos días serás tú.

¿Qué le decía?

Mejor nada. Boca cerrada.

Siguió sentado en la butaca, incapaz de moverse.

El partido entró en la recta final. Minutos de descuido.

Ni siquiera se dio cuenta de la jugada del gol del empate del equipo visitante. Reaccionó dando un salto cuando su padre lo gritó como si fuera el de Iniesta en la final del Mundial.

—¡Gol!

A Cristian le estaba sentando rematadamente mal la pizza.

TRECE

Leona era la única que conocía la historia, sus tribulaciones, sus comidas de coco, y la única que la aguantaba ahora y siempre, la única capaz de escuchar, y escuchar, y escuchar. Compartían secretos y esperanzas, futuro y emociones. El orden era lo de menos. Para la mayoría eran inseparables. Incluso habían nacido con una semana de diferencia. Primero Mabel, luego ella. Eso la convertía en «la mayor».

No se habían reunido antes de llegar al instituto, porque Mabel lo había hecho a la carrera y muy justo tras una noche de medio insomnio, y a la hora del patio a Leona la retuvo la de matemáticas para darle uno de sus sermones habituales. Se los daba a todas. «Tú-vales-pero-no-pones-interés-y-es-una-pena-porque-si-quisieras-sacarías-nota». A la salida se reunieron

en la puerta exterior, y antes de que alguien las llamara o se les pegara se apartaron lo justo.

—¿Le viste?

—Sí, y se lo dije todo.

—Qué fuerte. ¿Cómo reaccionó?

—Imagínate.

—¿Su padre qué, está casado?

—No, por ahí no hay problema; ya te dije que mi madre no saldría con un tío casado a no ser que él la estuviera engañando. Es viudo. Su mujer murió de cáncer.

—¡Vaya palo!

—Sí, debe de ser distinto. Un divorcio es un divorcio, deja mal rollo, heridas abiertas. Pero quedarte huérfano cuando eres un crío...

—O sea que le diste un buen susto.

—Se quedó así... —Puso cara de pasmo—. No sé, con una carita...

—Es que le soltaste un buen pollo.

—Supongo que poco a poco...

—¿Y su padre, qué?

—Él dice que es legal, que es un buen tío, que ni ligues ni nada desde que murió ella, y de eso hace cinco años. Claro que no había notado nada de todo esto, así que, a lo peor, si antes hubo algo, él ni se enteró. Se llama Cristian.

—Ah, mira.

—¿Mira qué?

—Nada, que me gusta. ¿Lo pone con hache en medio?

—No sé, no sé lo pregunté. No nos pusimos a delectar nuestros nombres.

—Vale, vale, no te mosquees.

—Es que sales con cada cosa...

—¿Y de aspecto?

Le extrañaba que no lo hubiese preguntado antes. Para Leona eso era lo principal, lo más importante. El mundo se dividía en dos bloques: los chicos que «podían» gustarle y los que «seguro» no le gustaban. Luego ya, en la primera categoría, existían subdivisiones: la «voy a por él», la «ojalá fuera a por mí», la...

¿Qué podía decirle del aspecto de Cristian?

—No estoy muy segura —confesó.

Para Leona, eso no era una respuesta.

—Tía...

—¡No sé! ¡Me pareció un poco pardillo!

—Mujer, va una desconocida y le suelta eso... ¿Qué querías? Seguro que lo dejaste noqueado.

—Le pillé por sorpresa, desde luego.

—¡Ya te digo! Y con eso de que se le murió la madre... No es lo mismo. Tu padre está vivo, y a lo mejor, o a lo peor, te cae otro. Pero él podría tener una madrastra.

—No seas peliculera, va. No dio saltos de alegría, pero tampoco se enfadó.

—Deja que lo asimile. ¿Es guapo?

A vueltas con el aspecto.

—Leona...

—¡Es una pregunta!

—¡Y yo qué sé si es guapo! ¡No lo miré así!

—¡Pero no hablaste con él a ciegas, digo yo! ¿Es un careto, alto, bajo, rubio, pelirrojo, delgado, gordo, monín, directamente feo, pasable, un cuatro, un siete, un nueve...?

—No-me-fi-jé.

—¡Anda ya, que no me chupo el dedo! ¡Si fuera un careto sería lo primero que me habrías soltado! ¡Tu miedo es tener que vivir con él!, ¿no? Pues el aspecto es esencial.

—Menuda amiga.

—¡No te enrolles! ¿Lo es o no lo es?

—¡Ya te he dicho que tiene pinta de pardillo, pero tampoco está mal, es... pasable, un tío normal y corriente!

—Ponle nota.

—¡Un siete!

—Pues tampoco está mal —consideró—. Teniendo en cuenta las circunstancias y que a nuestra edad los tíos son unos pavos... ¿Qué es lo que más te gustó de él?

Mabel se apoyó en la pared. No podía más. Y solo habían caminado unos cien metros, hasta la esquina de la amplia manzana dominada por el instituto.

—Me rindo —bajó la cabeza.

—Como si no te conociera.

—Esto es distinto.

—Depende.

No estaba de humor para seguir con el interrogatorio de Leona. Iba a pedirle que se callara y la dejara en paz.

No pudo.

—Mira, ahí está Andrés, ¿le esperabas?

Movió la cabeza en dirección a la otra acera. Los novios, prenovios, candidatos o figuras que iban detrás de algunas de las chicas más precoces no se colocaban frente a la puerta del instituto, a la vista de cualquiera. Primero, para no crear aglomeraciones. Segundo, porque las que no tenían pareja los convertían en el objeto de burlas y miradas afiladas, como si aquello fuera un concurso de belleza, y tercero, porque las maestras y profesores también tenían algo que ver. A unos les daba por protestar y a otros por asociar «novios» con bajo rendimiento escolar.

Era mejor no arriesgarse.

Claro que Andrés no era su novio.

Ni oficial ni extraoficial.

—No, no le esperaba —dijo Mabel.

—¿Qué tal?

Se encogió de hombros.

—¡Huuuy...! —Su amiga puso cara de sospecha.

Fue la guinda.

—No me des más la vara, ¿vale? —Se apartó de la pared para cruzar la calle y reunirse con Andrés.

CATORCE

Andrés era un poco más alto que ella, cosa de diez centímetros. Iba a un gimnasio, así que estaba ligeramente cuadrado, pero sin pasarse. No se le marcaban músculos exagerados ni abdominales en plan tableta de chocolate. Llevaba el pelo más corto de lo que le gustaba a ella y, según Leona, era un ocho y medio, o sea un notable altísimo que no llegaba a sobresaliente. Tenía unos bonitos ojos marrones, la nariz poderosa y unos labios bien trazados. Acababa de cumplir los dieciocho y eso sí resultaba fuerte.

Cuando llegó frente a él, la envolvió con una sonrisa de orgullo no exenta de chulería.

—Hola, pichurri.

Mabel le clavó una mirada mortal.

—No me seas hortera, por Dios.

—Solo era una broma. —Congeló la sonrisa—.
¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Mal día?

Se encogió de hombros. Volvió la cabeza solo para ver cómo Leona se alejaba en dirección contraria. Algunas chicas del instituto caminaban cerca y les dirigían miradas de soslayo o directas, para poder comentar luego. Los chicos, en cambio, pasaban, salvo uno o dos que se empequeñecían ante la estatura y la edad de su acompañante. Casi siempre eran los que aún no habían hecho el cambio y seguían chiquitajos, raquíuticos, con la cara hecha un campo de minas y las ganas de montárselo como fuera con una chica.

Echaron a andar.

—Creí que te alegrarías de verme.

¿Se alegraba?

Mientras lo meditaba, con los ojos fijos en el suelo, Andrés siguió con sus dudas.

—Te alegras, ¿no?

—Sí —alargó la vocal un par de segundos.

—No lo dices muy convencida.

—Va, no seas plasta.

—Hortera, plasta... Estás muy cariñosa y apasionada hoy. Anda, dame un beso.

—¿Aquí? —se horrorizó—. No.

—¿Qué pasa aquí?

—Que seguimos cerca del instituto, y aún quedan mironas y mirones. Solo faltaría que un profe me viera besándote.

—No será un morreo.

—¡Vale ya!, ¿no?

—Coño, si lo sé no vengo. Creía que te molaría.

—Y me mola —dejó salir con mucho retintín—. Pero luego los marrones me los como yo.

—¿Qué pasa, que te la tienen jurada?

—No es eso, se trata de tener cuidado y no pasarse, nada más.

—¿Vamos un ratito al parque?

Mabel se preguntó si pensaba en algo más.

—No puedo. He de ir a casa.

—Diez minutos.

—No puedo —insistió con una contenida determinación.

—Pues, chica, venía como una moto, con unas ganas de ti...

—¿Ah, sí? Vaya, no las tenías el otro día.

—¿El otro día? —Se puso en guardia por el tono.

—Primero te enrollaste con esa pedorra de Cati; luego te pasaste una hora jugando con Roque. —Le miró fijamente y cinceló una sonrisa fría en su rostro—. Sí, ese día.

—Venga, tía, ¿qué dices? Lo de Cati fue un pique, iba de listilla y la puse en su sitio. Una discusión como otra cualquiera. ¿A eso llamas «enrollarse»?

—Y lo de Roque, un desafío, ya me lo dijiste. Pero yo, mientras, sola y aburrida del copón.

—Le gané —proclamó con orgullo.

—Andrés, a veces creo que no estamos en la misma onda. —Le salió todo el cansancio acumulado.

—¡Claro que lo estamos pichu... cariño!

—He de ir a casa. —Se detuvo—. Mi madre no está muy fina.

—¿Qué le pasa?

—Le está saliendo acné juvenil.

—¿Que qué?

—Nada. Cosas mías.

—Desde luego, quien te entienda...

—Mientras me entienda yo...

Andrés la retuvo cogiéndola por un brazo.

—Es que estás muy guapa hoy.

Mabel se enfrentó a sus ojos cargados de deseo. Penetró en ellos e intentó llegar a la mente de Andrés. No lo consiguió. Era igual que tratar de ver a través de la niebla: no sabía qué había al otro lado.

Tal vez el vacío.

Y eso que él era claro, transparente.

¿Por qué le gustaba? ¿Solo era lo físico, un cuelgue, pasar el rato? ¿Le necesitaba para no sentirse sola? Probablemente esa era la dura respuesta, sobre todo desde que su padre las había dejado. A partir de los trece, los catorce, los quince, empezó a necesitar caricias, besos, que alguien estuviera pendiente de ella. Tener novio era rozar un cierto equilibrio personal, aunque entonces aparecían otras arenas movedizas en derredor. La pregunta era si Andrés llenaba ese vacío. Un tío guaperas, loco, divertido... que de pronto se iba al otro extremo y dejaba de ser divertido para convertirse en un plasta y un egoísta, un chico que solo quería lo que todos.

Algo que no estaba dispuesta a darle.
Bueno, Andrés era el mismo. La que había cambiado era ella.

Sus percepciones, gustos, realidades...

Su madre llamaba a eso «madurar rápido».

—He de irme, en serio. —Se soltó de la mano de Andrés—. Pero gracias por venir.

—Qué mal, ¿no?

—Te llamo.

—¿Nos vemos luego?

—Te llamo.

Ni siquiera le dio un beso en la mejilla. No allí, tan cerca del instituto. Caminó dos o tres pasos maldiciendo su escúter, que por la mañana no le había dado la real gana de arrancar. Sabía que Andrés la observaba; sentía sus ojos fijos en la espalda. De pronto, la distancia hasta su casa le pareció enorme, muy dura para hacerla en bus.

Levantó una mano y el taxi se detuvo a un metro de ella.

QUINCE

Subir en el ascensor con Eva era uno de sus anhelos supremos, aunque se pusiera rojo, tartamudeara, no supiera de qué hablar o qué decirle y acabase hecho un guiñapo con la moral por los suelos. Pero al menos la veía, la tenía cerca, aspiraba su aroma, se llenaba de ella.

El máximo de su fantasía era que el ascensor se detuviera entre dos pisos y pasaran horas allí antes de que los rescataran, mientras ella, nerviosa y claustrofóbica, se refugiaba entre sus brazos protectores.

—Hola, Cristian.

—Hola, Eva.

La dejó pasar primero, no solo por educación, sino porque él bajaba antes.

Un piso antes.

—¿Qué tal?

—Bien.

Llevaba el cabello recogido en una coleta, la blusa ceñida, los pantalones holgados. Eva tenía un año y pico más que él; ya había cumplido los dieciocho. Eso la hacía muy mujer, en todos los sentidos. Sus ojos eran de un gris transparente; su boca, un sueño. En el ascensor, tan cerca, porque la cabina era diminuta, no sabía nunca a dónde mirar.

—El mes que viene es tu cumpleaños, ¿no?

—Sí.

—Diecisiete —suspiró ella.

—Ya ves.

El ascensor era antediluviano. Subía y bajaba a cámara lenta.

Ideal para preguntarle...

—¿Te gustaría ir conmigo al cine?

La pregunta solo sonó en su mente.

La de Eva fue real.

—¿Qué tal tu padre?

—Bien.

Fin.

El ascensor se detuvo en la penúltima planta. Hora de bajar. Eva seguía hasta el ático.

—Adiós, Eva.

—Chao.

—Me gusta esa blusa.

Por lo menos ya estaba en el rellano, a salvo.

Su osadía mereció un premio.

La preciosa sonrisa de su vecina, su amor secreto e imposible.

—¡Gracias!

La perdió de vista y entró en su piso. Fue directo a su habitación. Por la ventana divisaba el cuarto de Eva. No tardó en ver su silueta dibujada tras el cristal.

Se estaría desnudando, poniéndose cómoda.

Demasiado.

Se resignó a su suerte y fue a la cocina a prepararse la comida. Lo hizo todo de forma maquinal. Sacar la carne del congelador, descongelarla en el microondas, coger una bandejita con lasaña preparada, esperar a que la carne estuviera descongelada poniendo mientras tanto la mesa de la cocina, cubiertos, un vaso, la botella de agua, sacar la carne del microondas, meter la lasaña con el reloj programado tres minutos, poner una sartén en el fuego para freír la carne, sacar la lasaña ya lista, darle una vuelta a la carne y retirarla antes de que estuviera muy hecha, sentarse y comer.

El móvil sonó quince minutos después, cuando estaba con el postre, un buen pedazo de chocolate negro, fuerte y amargo; su favorito.

Miró el número en la pantallita y...

¿Mabel?

—¿Sí?

—Hola, soy yo. Mabel.

—Ah, hola, dime.

—¿Qué tal anoche?

—Pues... —No supo qué decirle hasta que recordó algo—. Mi padre se va de convención el próximo fin de semana, de viernes a domingo.

—Encaja —suspiró ella.

—¿Qué es lo que encaja?

—A mí me toca con mi padre. Ya veremos qué excusa me da para ausentarse dos noches, porque algo tendrá que decirme.

—O sea que van a verse.

—Fijo. En casa de tu abuela.

—¿Tú crees que estarán todo el fin de semana?

—¿Sin salir? Claro. No van a arriesgarse a que los veamos por casualidad. O cualquier amigo o amiga metepatas. No saldrán del piso.

Cristian volvió a sentirse abrumado.

Todo un fin de semana...

—Habrán de comer, ¿no?

—Puede que lleven provisiones, o puede que llamen y les traigan la comida y la cena. Hoy le preguntaré a mi madre algo de pasada, a ver qué me dice.

—Me gustaría...

Se calló de pronto, porque su idea se le antojó una estupidez.

—Te gustaría, ¿qué? —lo alentó a seguir Mabel.

—No, nada. —Trató de arriar velas.

Demasiado tarde.

—¿Quieres verlos? ¿Es eso?

—Supongo que sí. —Se mordió el labio inferior.

—Pero ¿por verlos juntos, la imagen que dan... o porque aún no me crees?

—Por verlos juntos, por hacerme una idea.

—Entonces quedamos el viernes.

Le pilló de improviso.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Ya te dije que nos afecta a los dos. Yo paso el fin de semana con mi padre, pero tengo manga ancha; me deja salir, llegar tarde el viernes y el sábado por la noche... Desde la separación está como una seda conmigo, y más con lo del nuevo embarazo. Teme que me dé un ataque de celos, que me sienta postergada o yo qué sé. Ya no tengo un padre, tengo un «colega», en plan cómplice y eso.

—Entonces, bien.

—Te llamaré en cuanto hable con ella. —Hizo una pausa breve—. Y oye... de verdad, siento haber estado tan borde ayer.

—No estuviste borde.

—Llámallo brusca, o como quieras. Sé que estuve fatal.

—Tampoco había muchas formas de decirlo.

—Es que estoy muy nerviosa.

—Lo sé.

—Tú, en cambio...

—Me cuesta exteriorizar las cosas.

—Eres de los que lo lleva todo dentro, ¿eh?

—Más o menos.

—Bueno, tranquilo. —Su voz sonó convincente al otro lado de la línea—. Lo importante es que estemos juntos y lo hablemos, ¿no?

—Sí, sí.

—Hemos de estar preparados para lo que sea.

—Desde luego.

—Te llamo.

—Vale.

Cortó la comunicación y se quedó con el teléfono en la mano, quieto, silencioso, con toda la casa envolviendo su parálisis.

Eva arriba.

Mabel irrumpiendo como un vendaval en su vida.

Un minuto después estaba en el despachito, buscando los recibos del teléfono para ver qué encontraba en ellos y medir, por el grado de llamadas hechas, los horarios y la duración, cuánta locura escondía la relación de su padre con la madre de Mabel.

DIECISÉIS

Leona solía decírselo a veces.

—Cuando te pones en plan perra...

Era por lo taimada, lo cerebral, lo mucho que podía fraguar un plan hasta ponerlo en marcha o lo bien que se le daba maquinar con paciencia hasta conseguir un objetivo.

Si encima llevaba la delantera...

Miró a su madre y de pronto tuvo la idea.

Solo para ponerla a prueba.

—Este fin de semana quizá me vaya mejor no ir a casa de papá y quedarme aquí a estudiar.

Malu levantó la cabeza de inmediato. El periódico, como por arte de magia, se le dobló y la mitad superior cayó sobre la inferior, perdida su fuerza o su capacidad para mantenerse enhiesto.

Se quedó sin habla.

Mabel sostuvo su mirada de desconcierto.

—Ah —logró exhalar a duras penas.

—¿Tú qué pensabas a hacer? —preguntó como de pasada.

—Pues...

—¿Tienes planes?

—Sí, quería... —Se le notó que ponía a trabajar las neuronas precipitadamente—. Bueno, salir con Bárbara, no sé... Habíamos hablado de quedarme a dormir en su casa y montarnos un maratón de *El ala oeste de la Casa Blanca*.

Era la serie favorita de su madre, se la había visto la tira de veces y le seguía fascinando.

Mabel se sintió asquerosa, pero mantuvo el tono distendido y despreocupado.

—No pasa nada, ya le diré a papá que me deje un poco tranquila y no me agobie con salidas y cosas así.

—¿No saldrás?

—Eso sí. Un poco de marcha...

—Pues tampoco es que me guste mucho que salgas «de marcha», como dices, estando con él.

—¿Por qué? —El comentario le extrañó.

—Porque antes era antes y ahora es ahora, y te lo consiente todo cada vez más, para estar a buenas contigo.

—¿Papá? No es verdad.

—Ya, vale.

—No me lo consiente todo —insistió con un poco de recelo por haberse metido ella solita en aquel

pequeño lío—. Anda que no hemos tenido peloterías ni nada por los horarios.

—Tú ya me entiendes.

—Voy a cumplir los diecisiete, mamá.

—Dentro de dos meses.

—Pero soy más adulta de lo que marca mi edad, todo el mundo lo dice.

—¡Huy, sí, sobre todo adulta!

—Hay locas de quince más desmadradas, que llegan a casa a las diez de la mañana después de toda una noche de juerga. Te pondrían los pelos de punta.

—No, porque a mí tú eso no me lo harías.

No se lo había hecho, desde luego.

Sargento de hierro.

—Soy juiciosa —le recordó.

—Por lo menos no sales sola, ¿verdad?

—Con Leona.

—Menuda garantía.

—Leona es genial.

—Y está como una cabra.

—Oye, oye, hablando de la edad. Tú te enrollaste con papá a los dieciséis, y no me digas que eran otros tiempos.

—Ese fue mi error. El primero y el último. Esos amores adolescentes...

—¿Qué pasa, que hay que abrir el corazón después de los veintiuno?

Malu la miró con acritud.

—Estás muy peleona hoy.

—Mamá, que solo estamos hablando.

—Pues no sé. —Se agitó un poco en la butaca—. ¿Quieres que le diga a Bárbara que lo dejemos para otro día?

—¡No!

—Si sucede algo...

—¿Qué quieres que suceda?

—No, nada, pero ya sabes que siempre tengo el móvil encendido.

Mabel hizo un esfuerzo por contenerse.

—¿Siempre?

—Sí, claro.

Prefirió callarse. Optó por decir:

—Te llamo a las tres de la madrugada y te doy un susto de muerte.

—Si me necesitas, a la hora que sea, Mabel.

—Vale.

—Y mejor a mí que a tu padre, recuérdalo.

—Vaaale.

Ahora sí la hizo agitarse en la butaca. Dejó el periódico a un lado y se puso seria.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Llevas unos días...

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Unos días ¿cómo?

—Enfadada con el mundo en general y conmigo en particular.

—No es verdad. —Se sintió acorralada.

—¿Adolescencia, exámenes, novios...?

—¡Mamá, no seas simple!

—Oh.

—¡Los tíos lo reducen todo a si tienes el período y los padres a eso, adolescencia, estudios o chicos! ¡Qué agobio!

—¿Qué «tío» te ha dicho a ti que hayas estado rara por la regla?

—¡Mamá, hablo en general!

Solía suceder. Empezaban una charla hablando de algo y acababan en el otro extremo. Hablaban de carne y terminaban con pescado. Y a gritos. El camino siempre se torcía.

Y esta vez se lo había buscado ella.

No quiso forzar más las cosas, ni pasarse, ni hacer de mala diciéndole que se quedaba en casa el fin de semana.

No era así de perversa.

¿O sí?

La verdad es que seguía hecha un lío, partida por la mitad, con la mente, el alma y el corazón divididos. Unas veces santa y otras diablo. Unas veces resignada y otras combativa. Unas veces feliz y otras asustada.

—¿Cómo le va el embarazo a Beatriz? —preguntó Malu de pronto.

DIECISIETE

Las llaves del piso de la abuela estaban sobre la repisa de la entrada. Seguían allí desde el día de su muerte. Eso no significaba nada, porque su padre tenía copias. Las suyas. Las que solía utilizar para llevarle cosas o ir a verla cuando aún vivía. O por si tenía que entrar por una emergencia, como había sucedido.

Un día entero sin coger el teléfono y se la encontró muerta en la butaca, delante de la tele.

Tozuda. No quiso irse a vivir con ellos, siempre independiente.

Cristian sostuvo las llaves en la mano, luego se las metió en el bolsillo y salió de su casa.

Tomó el autobús. Le había pedido a su padre una moto mil veces, pero él se hacía el difícil. Que si «demasiados accidentes», que si a partir de los dieciocho

«ya veríamos», que si luego con el carné «ya cogería el coche»...

Mabel iba arriba y abajo con su escúter.

Bajó tres paradas después. La distancia no era excesiva y el bus le dejaba en la esquina de la calle. Lo que más quería era pasar inadvertido, por eso iba a aquella hora, cuando la portera estaba comiendo y no atendía la escalera. Solo faltaría que le dijera a su padre que él había estado allí.

¿Y si pensaba que también tenía una novia y aprovechaba el piso para...?

Más sudores fríos. Llevaba dos días pareciendo una sauna.

Abrió la puerta de la calle y se coló dentro en plan conspirador. Cruzó el vestíbulo a la carrera, con la cabeza baja, y renunció a tomar el ascensor por si las moscas. Subiendo a pie siempre podía avanzar o retroceder rápido en caso de que algún vecino surgiera de improviso en su rellano. El ascensor era una trampa.

Llegó al tercer piso con la llave a punto y la introdujo en la cerradura sin hacer ruido, por si las moscas, aunque la vecina, la señora Amalia, también rondaba los ochenta y estaba más sorda que una tapia. Una vez a salvo cerró la puerta despacio.

Allí estaba. Solo quería hacer una inspección rápida.

No había vuelto a pisar la casa desde la muerte de su abuela, así que, de buenas a primeras, lo que le golpeó fue el silencio y la soledad. Era como si ella fuera a salir de un momento a otro para abrazarlo y besarlo, como solía hacer.

De niño había sido muy feliz en aquel piso.

Corriendo por el pasillo, escondiéndose en las habitaciones, husmeándolo todo, como hacen los nietos al crecer y descubrir el mundo secreto de sus mayores.

Tan feliz como en la casa de sus abuelos maternos, convertida desde hacía cinco años en un santuario en su memoria.

¿Existían las maldiciones familiares?

Primero fue a la habitación de matrimonio. En los últimos años la abuela había dormido en otra más pequeña y más cálida. La muerte del abuelo la sumió en una depresión y la cama de toda su vida le traía demasiados recuerdos.

Cristian abrió la puerta. La cama estaba hecha, pero con las sábanas revueltas.

Alguien había salido a escape la última vez.

No quiso tocar nada, ni oler las almohadas. Bastante mal se sentía, como un intruso acechando en las sombras. Abrió el armario, algunos cajones y poco más. Ninguna ropa de mujer a la vista. Fue al lavadero y encontró ropa tendida. Ropa lavada recientemente, sobre todo sábanas, toallas... La cocina también mostraba rastros de una ocupación reciente, con cacharros en el fregadero y otros ya secos en la rejilla.

La última prueba, quizá la más definitiva, la encontró en la nevera.

Conectada y con la clavija de la potencia casi al máximo, con agua, limonadas, naranjadas, colas, cerveza, un par de botellas de cava, algunas latas, huevos, envases de plástico con ensaladas preparadas y un par

de tappers con queso y jamón. En la parte baja, la del congelador, además de pan vio un par de pizzas y ultracongelados varios.

Por si le quedaban dudas...

De casa de la abuela a nido de amor.

Nunca había imaginado que él, si un día tenía novia, pudiera utilizarla.

Ni se le había ocurrido.

Se dispuso a marcharse, y al caminar por el pasillo volvió a detenerse en la puerta de la habitación principal. Contempló la cama con un cruce de sensaciones. Era como si las paredes hubieran absorbido los gritos y gemidos de su padre.

¿Cómo sería ella?

¿Malu? Sí, Malu.

Se sintió mal, avergonzado, y reemprendió el camino, furioso consigo mismo. Tuvo que serenarse antes de salir para no arruinar el secreto de su expedición. Primero, el rellano. A continuación, la escalera. Finalmente, el vestíbulo. Alcanzó la calle sintiéndose a salvo y esta vez pasó de tomar el autobús.

Necesitaba caminar.

Diez minutos después llegaba a La Palma, el bar donde solía reunirse con Segis. Su amigo estaba esperándole en la calle, apoyado en una de las farolas. Que no estuviera en una mesa o en la barra significaba que no tenía dinero para nada. Al verle puso en marcha su esqueleto.

A Segis le bastó con verle la expresión.

—Menudo careto.

—Vengo del piso de mi abuela.

—¿Y?

—Se lo montan allí, sí.

—Coño con tu padre, sí que es listo.

No supo qué decir a eso. Desde luego era verdad; pero no le gustaron el tono ni la intención.

—Lo que está claro es que no llevaría a una cualquiera a casa de sus padres, ni lo haría en la cama de ellos. Eso significa algo.

—Que están enrollados.

—Mucho.

—A lo peor ha perdido la cabeza. Cinco años solo son muchos años, tío.

—¿Tú ves a mi padre desequilibrado?

—No.

—Pues ya está.

—No, si animado sí parece. Mi madre me dijo ayer que le vio y que estaba muy contento y feliz, que se le notaba que ya lo estaba superando y que después de cinco años por fin parecía renacer.

—¿Tu madre te dijo eso, así, sin más?

—Sí.

—Segis...

—¿Qué?

—¿No habrás metido la pata?

—¡Que no, tío! Están tan preocupados por él como siempre. Es lógico. Y mi madre ya sabes que tiene ese sexto sentido. ¡Si hasta hablaban hace poco de presentarle a alguien!

—¿En serio?

—¡Sí!

—¿Y a quién...?

—No sé. —Frunció el ceño—. A una amiga de mamá, soltera, como de treinta, más o menos.

—Desde luego...

—Papá comentó algo. —Segis hizo memoria—. Dijo que en casos como el de tu padre, lo peor es la culpa, como si por enamorarte de nuevo traicionaras la memoria del ser que has perdido. Eso y el sentimiento de vergüenza con los hijos; en este caso, tú.

—No me lo habías contado.

—No pensé que fuera importante. Solo lo comentaron de pasada. Luego papá le dijo a mamá que no se liara ni hiciera de casamentera y eso fue todo. Si se hubiera montado el plan ya te lo habría dicho, hombre. Oye, ¿me invitas?

—No.

—Rácano.

—Solo llevo cinco euros, ¿qué quieres? —Dio un paso para apartarse de él.

—¿A dónde vas?

—A casa.

—¿Volverás a ver a la piba?

—Mabel. Se llama Mabel.

—¿Sí o no?

—Sí, el viernes.

—¿Y por qué el viernes?

Era su mejor amigo, el único, pero no quiso decirle que iban a espiar a sus padres. Seguía sonándole espantoso.

—Mejor conocernos un poco, por si acaso.

—Pero ¿vais a salir... salir?

Le miró en plan taladro.

—¡Coño, los viernes se sale, tú! ¡Los demás días se queda, pero los viernes se sale! —se justificó Segis haciendo un gesto evidente con las manos.

—¿Le pregunto si tiene una amiga y salimos los cuatro juntos?

—¡Pues no estaría mal, mira!

—Eres la leche.

Le dio la espalda y echó a andar hacia su casa.

La voz de Segis le alcanzó a los pocos metros.

—¡No te enamores de ella, macho!

Cristian levantó el puño de la mano derecha y proyectó hacia arriba su dedo corazón sin dejar de andar ni volverse.

DIECIOCHO

Mabel se movió una vez más como un perro enjaulado, inquieta, con los nervios a flor de piel. De hecho se pasaba ya el día igual, en el instituto, en la calle o en casa, subiendo y bajando, con su ánimo en un ascensor perpetuo; llegaba a puntas de feliz y radiante excitación, en las que todo tenía sentido y la vida seguía su curso, inalterable, pero también a simas de tremenda frustración y rabia, en las que su mundo se venía abajo. En medio, el desierto.

No sabía qué sentía, por qué estaba así ni qué clase de guerra iba y venía por su mente.

Sospechas, muchas; certezas, ninguna.

Cada vez que creía verlo claro, entender o entenderse, a los cinco minutos todo se le desmoronaba como un castillo de naipes.

Tocaba reconstruirlo, buscar nuevos argumentos...
Al final se rindió, impotente cogió su móvil y buscó en la memoria el número de Cristian.

Su nuevo amigo contestó antes del tercer tono.

—¿Mabel?

—Hola, sí. Perdona que te llame a esta hora...

—No, no, está bien. Solo estudiaba.

—¿Puedes?

—Lo intento.

—A mí me resulta imposible. No consigo concentrarme.

—¿Sigues nerviosa?

—¿A ti que te parece? No paro quieta. Y lo peor es que me siento fatal por estar así y sentir lo que siento. Simplemente no me lo saco de la cabeza, le doy vueltas y más vueltas. Me comporto como una cría que teme que su mundo se le venga abajo, eso es. Y sé que no tengo derecho a...

—Claro que tienes derecho. Es tu madre —la interrumpió.

—¿Tú estás bien?

—Sí.

—Tienes suerte.

—Bueno, estoy bien relativamente. No me da por comerme el tarro tanto como a ti. Solo me siento... raro. Tampoco es una situación que pueda controlar.

—Somos espectadores de privilegio.

—Sí, aunque pase lo que pase, dejaremos de ser espectadores para vivirlo.

—¡Ay, calla!

—¿Para qué me has telefoneado? ¿Quieres hablar un poco y desahogarte?

—No. —Se concentró en el motivo de su llamada—. Quería confirmarte que van a pasar el fin de semana juntos, como dijiste. Mi madre me lo confirmó.

—¿Cómo que te lo confirmó?

—Me dijo que como a mí me tocaba en casa de mi padre, ella se iría a la de su amiga Bárbara a pasar el fin de semana y darse un chute de tele para no estar sola.

—¿Antes se quedaba sola?

—Siempre, sin chistar.

—Entonces...

—Tú decides. ¿Quieres echarles un vistazo, sí o no?

—No sé.

—Si sabes, Cristian. Yo lo hice y te entiendo.

—Vale —suspiró.

—Si vas a pasarlo mal o...

—Que no, vale, en serio.

—¿Dónde quedamos?

—Podemos seguirle a él o seguirla a ella, pero te diré algo: conozco a mi padre y es de la vieja escuela. Me apuesto lo que quieras a que en lugar de quedar en algún sitio, pasa a recoger a tu madre con el coche. Sobre todo si lleva alguna bolsa con ropa para los tres días. No subirá: la llamará desde abajo; pero irá seguro. Eso reduce nuestro riesgo porque a partir de ahí podremos seguirlos a los dos juntos.

—¿Y por qué no quedamos directamente en casa de tu abuela?

—Porque igual antes van a cenar o al cine, o qué se yo, y entonces podemos tirarnos horas esperándolos. Lo único que quiero es...

—Verlos.

—Sí.

—De acuerdo: en mi casa. ¿A qué hora?

—Mi padre no acaba de trabajar antes de las siete o siete y media, por viernes que sea y ganas de salir zumbando que tenga. Aunque vaya muy rápido, dependiendo de si pasa o no por casa, no llegará antes de las ocho.

—Entonces a las ocho menos cuarto, por si acaso. Yo iré primero a casa de mi padre y le diré que tengo plan más temprano. En la esquina de bajada hay una panadería.

—Dame la dirección.

Mabel se la dijo. Al otro lado del hilo telefónico, se imaginó a Cristian anotándola y guardándosela en el bolsillo, aunque seguro que ya la había impreso en su mente.

—Ten el móvil encendido.

—Tranquilo.

—¿Cómo los seguiremos?

—En mi escúter. Tengo un casco extra.

—Bien.

Todo estaba dicho. Como dos conspiradores.

—Chao —se despidió Mabel.

—Chao —hizo lo propio Cristian.

Cortó la comunicación y se guardó el móvil. La suerte estaba echada. No tuvo tiempo ni de dar un paso

porque el teléfono empezó a zumbar al recibir una llamada.

Volvió a sacarlo y miró la pantallita.

Andrés.

Se quedó quieta, como si él pudiera verla a través del aparato. Tras el quinto tono, el móvil murió y volvió el silencio.

No había mensaje en el buzón de voz, solo una llamada perdida.

Aguardó unos segundos.

Y apareció el SMS.

«¿Qué te pasa? ¿Dónde estás? Dime algo».

No estaba para nada: ni para gaitas, ni para novios, ni para escapadas, ni para tonterías, ni para perder el tiempo, ni para discusiones, y menos sexuales.

Cerró los ojos.

El suspiro le salió del alma, de lo más profundo de su ser.

Un suspiro que envolvía dos únicas palabras:

—¡Ay, mamá!

TERCERA PARTE

CONTACTO

DIECINUEVE

La vio aparecer por la esquina opuesta, casi pegada a la pared, no fuera a encontrarse con su madre cuando se suponía que estaba en casa de su padre o con Leona para disfrutar de la noche. Parecía una conspiradora. Incluso vestía con más comodidad, nada de un vestido como el del domingo, cuando la conoció. Llevaba zapatillas deportivas, vaqueros, una camiseta blanca y la chaqueta para ir en moto colgada del brazo. Imaginó que había dejado los cascos atados a la rueda de su velocípedo con una cadena.

Velocípedo. Le gustaba esa palabra.

—Hola.

—Hola.

Repitieron la escena de la despedida del domingo, sin saber si darse la mano o un beso en la mejilla.

No medió palabra alguna, y de común acuerdo, tras el primer momento de vacilación, hicieron lo más normal: darse dos besos. Eso les quitó las últimas preven- ciones.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Y la moto?

—Más arriba. La calle es de una sola dirección y por fuerza han de tirar por aquí. En cuanto veamos si tu padre llega en coche, nos vamos a por ella, y cuando pasen por delante...

—Perfecto.

—¿Cómo estás?

—Nervioso. ¿Y tú?

—Alterada.

Se miraron un poco más detenidamente, sin ocul- tarlo, como si estuvieran obligados a aprenderse el uno al otro.

A Cristian, ella le pareció aún más atractiva que con el vestidito y su aire sexy. La camiseta blanca y los vaqueros le daban un toque de inequívoca seguridad. Tenía carisma. Los ojos eran firmes, el sesgo de los labios indicaba determinación. Por algún recoveco debía de flotar un halo de ternura y paz, anidar en su lado más femenino y brotar de su sensualidad, pero no se le notaba. No en aquel momento. Lo tenía y lo guardaba. O quizá lo ocultase. Lo evidente también era lo más simple: si su cara era de ángel, debía de ser un ángel, aunque cuando se enfadaba o se ponía sería pareciese más un diablo.

A Mabel, él se le antojó diferente, como si en tan solo cinco días hubiera crecido un poco, en todos los sentidos. Vestía con comodidad, no daba la impresión de haberse puesto guapo para estar con ella. Era natu- ral, sin artificios, completamente alejado de los este- reotipos clásicos que ella conocía muy bien. Estereoti- pos como Andrés, y antes Miguel, Beni o Ricky. Dios... ¿Tantos? Ni que estuviera loca o fuera una chica prom- iscua, que no lo era.

Miguel duró poco, fue el primero. Lo de Beni iba ya más en serio. Con Ricky se lo pasó muy bien, pero cuando él quiso algo que ella no quería ni podía darle todavía, se acabó. Ahora Andrés iba por el mismo ca- mino. No era una mojegata, pero tampoco quería ha- cerlo por hacerlo. Leona la había fastidiado y ese era uno de los peores recuerdos de su amiga. El amor tenía que ver con eso. Y el amor costaba, no era un regalo.

Todo eso sucedió en tres o cuatro segundos.

Flashes.

Hasta que dejaron de mirarse.

—¿Qué tal estos días? —volvió a romper ella el silencio.

—Bien, normales.

—¿Algo...?

—No, mi padre ha estado bien. Alegre y feliz, por supuesto.

—Mi madre también. Ayer ni discutí con mi padre cuando hablaron por teléfono. Toda una novedad. Mira cómo sería que antes de irme ahora él me ha pregun- tado por ella, si estaba bien y tal.

—Si siguen así... —Temí hacer la pregunta, pero ya había empezado la frase—. ¿Cuándo crees que nos lo dirán?

—Ni idea.

—Porque lo harán, ¿no?

—Si van en serio, sí.

—Van en serio. Esos dos sí. Por lo que me contaste de tu madre y lo que yo sé de mi padre... En serio del todo.

—Pues lo van a pasar mal.

—¿Tú crees?

—¿Dos cuarentones con hijos adolescentes? Fijo.

—¿Y si nos hacen la típica encerrona, un «encuentro casual» de esos que se les nota a un kilómetro, y nos presentan?

—Pues tú y yo calladitos y a poner cara de póquer. Como si nunca nos hubiéramos visto —dijo Mabel—. De todas formas, pienso que nos hablarán antes, para prepararnos. Ya sabes, frases de esas sueltas, de prueba. «He conocido a alguien», «¿Qué pensarías si yo volviera a...?», «¿No te gustaría que...?», «A veces estoy muy solo, o sola»... Esta última es ideal para que tú o yo respondamos: «Deberías rehacer tu vida» o «Has de buscarte a alguien, no vas a pasarte el resto de la vida sin nadie».

—¿Cómo sabes tanto? —rio abiertamente Cristian.

A ella le gustó su sonrisa.

Aquel dichoso aire de inocencia...

—Yo no sé nada, pero tengo imaginación. Y leo mucho.

—Yo también.

—¿Novelas?

—Sí.

—Bueno, algo es algo —repuso Mabel—, aunque seguro que te va la ciencia ficción.

—Sí.

—Yo no la soporto. Prefiero saber de este mundo. Lo que vendrá...

Hablaban y vigilaban el portal de la casa de Mabel. Eso y la calle, sobre todo Cristian, por si veía aparecer el coche de su padre. Los minutos empezaban a transcurrir con celeridad. El tiempo se acortaba. Dieron las ocho y el reloj siguió moviéndose. Apenas si intercambiaron algunas palabras más, la mayoría triviales.

—Tenemos que estar pendientes. No vayamos a despistarnos —dijo ella justo un segundo antes de que sonara su móvil.

Lo extrajo del bolsillo y miró la pantallita. Andrés. Volvió a guardarlo.

—¿No contestas? —preguntó Cristian.

—No.

Temí que él le preguntara «¿por qué?», pero no lo hizo y se lo agradeció.

Los siguientes dos o tres minutos fueron silenciosos, como si la llamada les hubiera cortado el rollo.

El móvil de Mabel volvió a sonar.

Estuvo a punto de no cogerlo, pero por si acaso era su madre o su padre lo sacó de nuevo del bolsillo.

Leona.

Esta vez sí contestó.

—Hola, ¿qué pasa?

—¿Estás...?

—Sí.

—¿Siguiéndolos?

—No, todavía no. Hacemos guardia en mi calle.

—Andrés te está buscando.

Mabel miró a Cristian. Su compañero seguía la vigilancia. Intentó no hablar de más.

—Ya lo sé. ¿Te ha llamado?

—Sí, y como una moto.

—Es un plasta, por Dios.

—Pero ¿por qué no le dices...?

—Leona.

—Vale, vale, pero no te entiendo.

Mabel volvió a mirar a Cristian. Lo tenía de perfil. Estaba en las antípodas de Andrés, y de Miguel, y de Beni y de Ricky... Siempre había salido con guaperas agresivos, desde los catorce años, desde que sintió que se ahogaba y necesitaba algo que ninguno de ellos le había sabido dar.

Tal vez comprensión.

Ternura.

Sintió un nudo en la garganta.

Entonces a él le cambió la expresión y anunció:

—¡Ahí está mi padre!

—Tengo que dejarte, Leona. —Se alegró de cortar la comunicación.

El coche se detuvo frente al portal de la casa de Mabel y, tras llamarla por el móvil, Santiago aguardó a que Malu bajara y se reuniera con él.

No perdieron ni un segundo. Abandonaron su puesto y se encaminaron a la moto. Nada más llegar, Mabel abrió la cadena y cogieron los dos cascos. Se los embutieron en la cabeza y ella, además, se puso su chaqueta con protecciones. El coche de Santiago se divisaba desde allí con claridad, en doble fila. Por si acaso, y teniendo en cuenta que ya la estaba dejando colgada demasiadas veces, Mabel arrancó su escúter.

La moto petardeó, como demostrándole que estaba en perfectas condiciones.

Ya no hablaron, primero por la incomodidad de los cascos y segundo porque permanecieron expectantes. La distancia era demasiado grande para ver el interior del coche.

Malu tardó tres minutos en aparecer.

Llevaba una pequeña bolsa en la mano.
Una bolsa con lo necesario para un fin de semana.
Sobre todo un fin de semana encerrada en una casa.
Mabel se subió al escúter. Cristian también lo hizo.
Inicialmente no supo por dónde agarrarla. Pensó en los hombros. La cintura se le antojaba demasiado atrevido. Nunca había ido de paquete con una chica.

—¡Cógete! —le gritó ella.

Le puso las manos en la cintura, una a cada lado.
Mabel se dio cuenta de sus dudas, así que le tomó ambas manos con las suyas y se las llevó hacia adelante, haciendo que la rodeara por completo. Tenía un talle tan breve que eso era fácil.

Cristian sintió cómo se le aceleraba el corazón.

Tenía el cuerpo de ella pegado al suyo.

Sentía su vientre, su carne, su delicadeza...

Tuvo que olvidarse de todo cuando la escena cobró vida. El coche arrancó, despacio, y cuando pasó por delante de ellos la moto bajó de la acera y empezó la persecución, o mejor llamarlo seguimiento. Cristian acabó agarrando firmemente a su amiga. Aunque Santiago y Malu eran una pareja feliz, ajena a todo lo que no fuera ellos mismos, Mabel mantuvo una prudente distancia, por si su madre volvía la cabeza y la reconocía a ella o al escúter.

No tardaron en comprender que no iban a casa de la abuela, ni tampoco al centro o hacia el mar. El coche enfiló una calle ascendente, en dirección a la montaña.

Cristian miró la silueta iluminada del Tibidabo.
Empezó a darse cuenta de a dónde se dirigían.

A su padre le gustaba aquel restaurante.

Acabaron en la calle Balmes y luego en la avenida del tranvía azul, que concluía justo al pie del funicular, cerrado a esa hora. Los restaurantes y bares de copas que poblaban la placita empezaban a verse animados, sobre todo los primeros, ya que los bares se llenaban más tarde. La ciudad flotaba igual que un manto de luces a sus pies, perezosa, brillante, retando a los sentidos como solía hacerlo todos los viernes por la noche, cuando de las sombras saltan quienes buscaban el quebranto de la rutina.

El coche rodeó el aparcamiento central sin encontrar ninguna plaza libre y descendió por la avenida apenas diez metros antes de detenerse a su derecha. El padre de Cristian hizo la maniobra y apagó el motor en el momento en que otros dos automóviles se le colocaban delante. Mabel paró la moto en la subida, lejos del alcance visual de la pareja, aunque ya anochecía y por allí la luz era escasa. Primero se quedaron quietos. Luego, al ver que ni su padre ni su madre descendían, aseguraron los cascos con la cadena atada a la rueda y se aproximaron casi a gatas, protegidos por los coches aparcados en la acera.

No tardaron en comprender por qué Santiago y Malu no bajaban. Se estaban besando. Mejor dicho, se estaban comiendo a besos.

Como si llevaran un siglo sin verse, o él fuera un marinero que volvía tras meses en alta mar, o...

Cristian sintió la punzada.

En el cerebro, en el corazón, en el estómago.

Aquel era su padre.

Su padre y una extraña devorándose al amparo de las sombras en un aparcamiento y antes de ir a cenar, como paso previo a un largo fin de semana juntos.

No se dio cuenta de que Mabel acababa de cogerle la mano hasta que ella se la presionó.

—Yo ya lo había visto —le comentó con la ternura que, finalmente, aparecía desde el fondo de su ser.

—¿Y... qué sentiste? —balbuceó él.

—Aún no lo sé. Cuesta digerirlo.

Los besos subían, el abrazo era brutal, la pasión desbordante. Ni dos adolescentes ni dos jóvenes eran tan brutalmente explícitos.

Cinco años con los sentimientos muertos, o ahogados. Y de pronto... Tan vivos.

Continuó quieto, observando aquella escena que penetraba lentamente en su ánimo.

Todavía no la había visto.

Ni siquiera sabía cómo era Malu.

La mano de Mabel le hizo una presión final a la suya. Luego la dejó. Su postura era un poco sospechosa, así que se movieron un poco.

—Van a cenar en La Venta —dijo Cristian.

—¿Cuál es?

—Allí, el último a la izquierda. —Se lo señaló—. Es uno de los favoritos de mi padre. Supongo que habrá reservado a las nueve. Por eso siguen en el coche, porque aún falta casi media hora. —Miró a su amiga—. ¿Qué hacemos?

—¿Quieres irte?

—No lo sé —tuvo que admitir—. Espiarlos...

—Tú querías ver de qué va esto, ¿no?

—Sí —aceptó.

—Y estar seguro de que luego se lo montan en el piso de tu abuela.

—Me siento fatal —se dejó caer sobre el bordillo.

—¿Nos vamos?

Cristian se mordió el labio inferior.

¿Qué más necesitaba?

—No —se oyó decir a sí mismo—. Vamos a terminar esto, ¿de acuerdo?

Mabel se sentó a su lado.

—De acuerdo.

VEINTIUNO

Sus padres tardaron quince minutos en salir del coche. Cuando finalmente lo hicieron, ella se puso bien la ropa y se arregló el vestido, mientras que él se pasaba una mano por el pelo.

Malu llevaba un traje chaqueta elegante, de color claro. Calzaba unos zapatos con tacones. Santiago llevaba una americana informal, sin corbata. Echaron a andar, cogidos de la mano, como cualquier pareja, con sus sonrisas por bandera.

Cristian pudo verla con claridad.

Se parecía un poco a Mabel, pero solo un poco. Alta, proporcionada, esbelta aunque con un ligero exceso de pecho y caderas, cabello largo, pero solo hasta rozarle los hombros, rostro abierto, franco, belleza sosegada...

—Dicen que se parece a Julia Roberts —musitó Mabel a su lado.

No supo qué decirle.

Ciertamente, los dos eran atractivos.

Aunque él jamás había visto a su padre bajo aquel prisma.

Pasaron a pocos metros de ellos —que permanecían debidamente ocultos detrás de los coches aparcados—, envueltos en sus pensamientos y su charla, ajenos a nada que no fuera su felicidad. Luego se alejaron camino del restaurante.

Cristian no se había equivocado.

Entraron en La Venta y, tras dar su nombre, un camarero los acompañó a una de las mesas exteriores, próximas a la pared. Un lugar discreto, nada casual.

El móvil de Mabel volvió a sonar.

Si lo hubiera hecho un par de minutos antes...

Comprobó la pantallita y no ocultó una mueca de fastidio.

Otra vez Andrés. No supo qué hacer.

Un zumbido, dos, tres...

—¿Por qué no lo desconectas? —preguntó Cristian al ver que no respondía la llamada.

—Por si telefonea mi madre.

—Pues sea quien sea tiene mucho interés en hablar contigo.

Cuatro zumbidos, cinco...

El buzón de voz iba a saltar.

Contestó, haciendo un gesto furioso y repentino, y se apartó de su lado para poder hablar con algo de

intimidad, aunque allá arriba, bajo el silencio de la noche, eso era bastante difícil.

Por lo menos bajó la voz al máximo.

—¿Qué quieres?

—Vale, vale. Encima. —Captó la ira de su tono—.

¿Dónde estás?

—Te dije que esta noche no podía.

—Me dijiste que me llamarías...

—No, eso lo dijiste tú.

—Bueno, da lo mismo. Jo, tía... Pensé...

—No pienses, Andrés.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada. Tengo cosas que hacer y no te incumben.

—Coño.

—Ya hablaremos.

—Pero ¿no pasarás ni un ratito? —insistió, contumaz—. Aquí está toda la peña, incluida Pilar.

Cerró los ojos y apretó las mandíbulas.

—¿Por qué me dices eso?

—Para que lo sepas.

—Pues si está Pilar, no me necesitas. Anda, va, que lo tienes fácil. Esa ni bragas lleva.

—Cualquiera diría que me estás provocando para que me acueste con ella.

—Piensa lo que te dé la gana. Lo que si has de tener presente es que vale más que aproveches tus oportunidades si es eso lo que buscas, porque yo no voy a hacerlo, ¿queda claro?

—Joder, Mabel, ni que solo buscara eso.

—Eso es exactamente lo que buscas.

Pasaron dos o tres segundos. Ella miró calle arriba, donde Cristian seguía quieto, con la mirada perdida en el restaurante y ajeno a su conversación, o al menos eso parecía.

—Creía que teníamos un buen rollo —dijo Andrés muy serio—. ¿Qué es lo que tienes? A ti te pasa algo.

Intentó concentrarse en lo que estaba hablando, olvidarse de que a menos de treinta metros su madre iba a cenar con el hombre que les estaba cambiando la vida. Buscó ser objetiva, pero también directa.

Quizá fuese el momento.

—No lo sé, Andrés —admitió—. No sé qué me está pasando, pero cuando uno está enamorado halla comprensión y refugio en la pareja, y tú en este instante no eres mi refugio ni siento tu comprensión.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¿No lo sabes?

—¡No!

—Entonces déjalo y no vuelvas a llamarme esta noche, por favor. Ya lo discutiremos mañana.

—Mabel, espera...

—Ya, por favor.

Cortó la comunicación y esperó medio minuto, por si a Andrés le daba por insistir.

No lo hizo.

Regresó junto a Cristian.

—¿Tu novio?

La pregunta le dolió. No supo precisar el motivo pero le dolió.

—No tengo novio. —Fue seca.

—Creía que...

—Creíste mal.

—No te enfades. Lo siento.

No quería ser grosera, ni mostrarse estúpida con él. Viajaban en el mismo barco. Quizá se necesitasen más de lo que hubiera llegado a imaginar.

—¿Por qué suponías que tenía novio?

—Eres guapa.

La sinceridad fue como una bofetada. La agitó por dentro y por fuera.

Primero no supo qué contestar.

—¿Solo por eso?

—No. —Él hizo un gesto ambiguo.

—¿Crees que soy de las que necesita tener un chico cerca?

—¿Por qué dices eso?

—Contesta.

—No, qué tontería. —Buscó sus propios argumentos—. Solo pienso que debes de tener a un montón zumbando a tu alrededor.

—Ya. Todos los tíos sois iguales. —Chasqueó la lengua.

—¿Qué he dicho? —Cristian se quedó blanco.

—¿Tú tienes novia?

—¿Yo? —Sonó como si fuera la pregunta más absurda del mundo—. No.

—¿A qué viene ese «yo» de sorpresa?

—A mí ninguna chica me ha mirado jamás.

—No digas tonterías.

—En serio.

—¿Lo has intentado?

Pensó en Eva.

—Conozco mis limitaciones —dijo.

—¡Ay, Dios! —Levantó las dos manos y los ojos al cielo, furiosa—. ¡Los tíos a veces sois tontos! Y digo a veces por generosidad. O vais de creídos o vais de víctimas de la maldad de las tías. Los creídos dan pena, pero al menos, tarde o temprano, se estrellan solos. Los que vais de víctimas, en cambio, lleváis todo el día el flagelo encima y os creéis... no sé, parte de una conspiración universal. Y esa es vuestra excusa. Vuestra coartada. —Puso cara de afectación y voz de chico asustado—: «Oh, todo me pasa a mí. Oh, soy tímido. Oh, si fuera guapo. Oh, nadie me hace caso. Oh, ellas siempre buscan a los resultones, y mejor si están cachas». —Cambió de nuevo su expresión—. ¿Y sabes qué te digo? Que no es cierto.

Se sintió culpable por mentir.

Miguel, Beni, Ricky, Andrés...

—Y mira, consuélate —quiso rematarlo al ver que él era incapaz de responderle—: también hay chicas que pican con lo de la inseguridad y los buscan tímidos por si acaso.

Cristian la contempló como si se hubiera vuelto loca. Ni siquiera estaba enfadado.

—¿Por qué estás en guerra con todo el mundo?

—Yo no estoy en guerra con todo el mundo —quiso dejarle claro.

—No sé por qué te metes conmigo. A fin de cuentas estamos juntos en esto.

—Tú has empezado.
—Solo te he preguntado si tenías novio. No entiendo que esa sea una pregunta capaz de abrir la caja de los truenos.

Mabel se cruzó de brazos y se le puso delante.

—A ti te gusta una chica, ¿verdad? —Lo atravesó con sus ojos.

Cristian volvió a quedarse blanco, aunque en esta ocasión sintió rápidamente una oleada de calor inundándole las mejillas.

—¿Verdad? —insistió Mabel.

Se rindió.

—Sí.

—¿Y?

—Es mayor que yo. Un año y pico.

—¿Y? —repitió Mabel.

—Nada. —No supo qué responderle.

—Eso es: nada. —Le apuntó con un dedo, inflexible—. Ni siquiera lo has intentado porque es más cómodo refugiarse en el dolor que afrontar...

Sonó su móvil.

Una vez más.

—¡Mierda! —estalló furiosa sacándolo del bolsillo antes de abrir los ojos y la boca para gritar—: ¡Es mi madre!

VEINTIDÓS

Los dos dirigieron sus ojos al restaurante. En el exterior reinaban las sombras, con las escasas luces iluminando muy poco el entorno. En el restaurante, en cambio, la claridad era diáfana. Veían perfectamente a sus padres, Malu de cara, Santiago de espaldas. Tenían una mano unida, con los dedos entrelazados sobre la mesa. La otra libre.

Con la libre, ella sostenía el móvil sin dejar de sonreír a su pareja.

—¿Qué hago? —susurró Mabel igual que si su madre pudiera oírla.

—¡Contesta! Se supone que...

Lo hizo al cuarto zumbido.

Lo más difícil fue poner voz de inocente.

—¿Sí?

—Hola, cariño, ¿qué tal?

—Bien.

—¿Qué haces?

En circunstancias normales, no daría la impresión de estar nerviosa ni se mostraría dócil. Su madre no era tonta. Sospecharía que hacía algo malo. Enfadarse resultaba más lógico.

—¿Me llamas a las nueve de la noche para ver qué hago?

—¿Qué pasa? Me apetecía oír tu voz.

—Pues si vas a pasarte el fin de semana llamándome, vamos listas.

—No seas cruel con tu madre. —En el restaurante, Malu le lanzó un beso a Santiago—. ¿Has salido o estás con tu padre?

Hasta la palabra «padre» la pronunció con música.

—He salido.

—¿Con Leona?

—Pues claro.

—Yo estoy con Bárbara, tomando una pizza y poniendo verde al personal.

—Salúdala de mi parte. —Hizo una mueca ostensible dirigida al restaurante.

Cristian vio que su padre también hacía algo con su mano libre.

No supo qué era hasta que sonó su móvil.

Los dos se miraron aterrados.

Ni siquiera tuvo que comprobarlo.

—¡Ahora es mi padre! —cuchicheó en plan conspirador.

Mabel le hizo una seña con la mano para que se alejara lo más posible. Cristian la obedeció. Se apartó al menos diez metros antes de responder la llamada.

El restaurante seguía a la vista. Y ellos.

—¿Sí, papá?

—Hola, fiero.

—Hola.

—¿Estás en casa?

—No.

—¿Con Segis?

—Sí.

—A ver qué hacéis, ¿eh? No quiero desmanes. Bastante tengo yo con lo de trabajar el fin de semana.

Era increíble. Le oía a él... pero también a Malu hablando con su hija.

Ni siquiera se apartaban.

—¿Dónde estás, papá?

—Oh, estamos cenando todos y claro, la gente aprovecha para hablar con sus familias.

Mabel también debía de estar escuchando su conversación como telón de fondo. Sus miradas se encontraron en la distancia. La chica se llevó la mano libre a la cara y se la golpeó con la palma abierta.

El símbolo universal de la cara dura.

—Así que vais a tener juerga —dijo Cristian.

—No, las ganas.

—En las convenciones se dice que hay mucho rollo.

—Eso es en las películas, hijo. Me acostaré temprano, que mañana tengo una ponencia y... bueno, ya sabes.

- Ya.
—Hala, solo quería oírte.
—Pues ya me has oído.
—Venga, pásalo bien.
—Sí.
—Ya sé que no bebes, pero...
—Papá...
—Buenas noches, hijo.

Cortó la comunicación. Mabel ya caminaba hacia él, recién terminada la suya. Los dos se encontraron frente a frente, sin saber qué hacer o decir.

Hasta que, de pronto, rompieron a reír.

A carcajada limpia.

—¡Se sienten culpables! —exhaló la chica.

—O tan felices que... —Cristian no pudo ni acabar la frase.

—¡Míralos, por Dios!

En aquel momento Malu y Santiago, ya libres, ya cumplido su papel de padres responsables, se miraban a los ojos y jugueteaban con sus cuatro manos, colgados el uno del otro.

VEINTITRÉS

Ver a un montón de personas comiendo tras las cristaleras de La Venta o en los rincones de los demás restaurantes de la zona les abrió el apetito de una forma desmesurada.

Sus padres, encima, se lo tomaban con calma.

Llevaban una hora y media allí dentro y degustaban los postres.

Bajo la plácida noche, la concurrencia se había multiplicado y las parejas o grupos de chicos y chicas desfilaban por los bares de copas o ante el mirador abierto sobre Barcelona.

El tráfico era constante, a la búsqueda de un aparcamiento imposible.

Los grupos alborotaban, reían, no se cortaban un pelo a la hora de hablar o gritar.

Las parejas no. De tanto en tanto se detenían en mitad de la calle y se comían a besos, exactamente igual que sus padres en el coche.

Llevaban un rato sin hablar.

—Tengo hambre —confesó Mabel.

—Y yo.

—¿Tomamos algo luego?

—Vale.

—Ya no creo que tarden mucho, si están en los postres.

—Pensaba que tendrían más prisa en ir...

—Sí, yo también —calculó ella—. Pero si tienen todo el fin de semana...

—Pues en el coche...

Acabaron de hablar a medias, sin terminar las frases. Ninguno de los dos quería poner apellidos a los nombres evidentes.

—Es lógico, ¿no? Quiero decir que cinco años de abstinencia son muchos —manifestó Mabel.

Era tan directa. Quizá era lo que más le impresionaba de ella.

Santiago levantó una mano y pidió la cuenta.

—Ya era hora. —Cristian se levantó del bordillo.

—Dame la mano. Estoy anquilosada.

La ayudó a incorporarse tirando con fuerza. Mabel dio un par de saltos recuperando la corriente nerviosa y sanguínea en sus terminaciones.

—Vamos a la moto y así estamos a punto para cuando salgan —propuso él.

—¿Y si se les ocurre ir a bailar?

—¿Mi padre? No creo.

—Esos están en plan sorpresa, que te lo digo yo. Como a mi madre le salga la vena... tu padre baila.

De eso estaba seguro. Bastaba con ver a la hija.

Siguieron de pie, viéndolos hablar, reír, portarse como una pareja normal. No, normal no. Muchas no hablaban. Se sentaban y comían, eso era todo. Ellos, en cambio, sí hablaban porque... bueno, era como si llevaran años de retraso, como si quisieran conocerse cuanto antes y rápido. Ponerse al día de todo.

—¿Quieres seguir hasta el final? —le preguntó Mabel por segunda vez.

—Sí.

—¿Para estar seguro del todo?

—Ya lo estoy —fue sincero—. ¿Quieres irte?

—No.

—¿Todo esto no te hace sentir incómoda?

—La primera vez, cuando los seguí. Ahora ya no, o al menos no tanto. Me continúa pareciendo... asombroso. Cuanto más lo veo... Y lo has dicho antes: estamos juntos en esto, así que vamos a mantenernos firmes hasta el final.

Echaron a andar al ver que Santiago le entregaba el dinero al camarero. Dinero, no la tarjeta de crédito. Se suponía que estaba en una convención, no en un restaurante en la parte alta de la ciudad. Cuando llegaron a la moto, esperaron. Podrían verlos bien cuando bajaran, cuando subieran al coche y lo arrancaran. No era necesario ponerse ya los cascos.

—¿Puedo preguntarte algo, Cristian?

—Lo preguntará igual.

—Bobo. —No se detuvo—. ¿Cómo te sentiste al morir tu madre?

Había preguntas inesperadas; otras, inoportunas; otras, difíciles.

Meditó la respuesta.

—Fue... como si me arrancaran algo de mí mismo, algo interior, intangible. Me sentí vacío, aterrado, estafado, sin que nada tuviera demasiado sentido. Tardé mucho en reaccionar, como medio año o así. Estaba bloqueado.

—¿Te llevaron a un psicólogo?

—No.

—¿No recibiste ayuda?

—No.

—Pues es mucho valor. ¿Seguro que estás bien?

—Algunos viernes por la noche salgo a matar chicas, eso es todo.

—Va, en serio. Al separarse mis padres, yo tardé mucho en tragar toda la mierda que se me amontonó aquí. —Se tocó la cabeza con la mano—. Ni siquiera sé si la he vomitado del todo.

—Yo no sé lo que llevo dentro —reconoció él—. Tú hablas de mierda y yo de vacío. Sigo echándola de menos, pero a veces es... como si todo hubiera sido una película. Tengo que coger una foto para acordarme de su cara porque se me va. Ni siquiera puedo soñar.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sueño con mi madre, nunca.

—Eso es un acto de defensa de tu subconsciente.

—Pues es una cerdada.

Mabel se mordió el labio inferior. No hizo falta que Cristian formulara la pregunta.

—Yo odié a mi padre.

—Porque él os abandonó.

—No sé lo que pasó entre ellos, supongo que son cosas de matrimonios. Pero me lo tomé como algo personal: me dejaba a mí. Eso no se lo perdoné.

—¿Y ahora sí?

—Ahora trato de entender, y aunque me cuesta... bueno, sé que la vida no es perfecta y que cuando te toca, te toca. Veo a mi padre feliz con su nueva mujer, y más ahora que espera un hijo, pero a veces, cuando oigo llorar a mi madre... El odio está ahí, ¿sabes? Creo que el amor va y viene, pero el odio permanece. A veces duerme, se aletarga, parece que se ha ido, y basta algo, un momento, una palabra, un recuerdo, para que reaparezca. Lo que le hizo a mi madre sí que fue una cerdada. Y con su secretaria. ¿Hay algo más vulgar?

—Dejaron de quererse —dijo Cristian.

—Muchas parejas dejan de quererse pero siguen juntas por otras cosas: la amistad, lo que han construido a lo largo de los años...

—Eso no es amor.

—Ya, pero el compromiso también cuenta.

—¿Hubieras preferido que siguieran juntos muriéndose día tras día?

—Eso es un poco duro, ¿no?

—Mira a tu madre ahora. ¿La habías visto tan feliz últimamente?

—No.

—Dicen que los hijos somos egoístas.

—Es lo que nos toca. —Fue categórica.

Cristian esbozó una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —vaciló Mabel.

—Si esto sigue así —señaló el aliora lejano restaurante situado en el extremo más alejado de la plaza—, tú y yo vamos a tener muchas discusiones.

—Yo, más que discutir, peleo.

—Entonces ganarás siempre, porque yo, como buen pacifista, prefiero callar para evitar sangre.

—Ahí vienen —dijo Mabel poniéndose el casco para arrancar la moto antes de que ellos llegaran al coche.

VEINTICUATRO

El nuevo seguimiento fue rápido y mucho más directo. De entrada, Malu y Santiago no estuvieron diez minutos en el coche besándose; solo uno. De salida, se dirigieron por la vía más rápida a casa de la abuela de Cristian. Volvieron a besarse en dos de los escasos semáforos en rojo con los que se tropezaron, porque era como si el azar los bendijera y la mayoría se ponían en verde al acercarse. Al llegar al barrio ni siquiera tuvieron que buscar un aparcamiento. Santiago se encontró con tres huecos en la misma calle.

Mabel detuvo la moto en la esquina y apagó el motor.

Sus padres bajaron del coche. Cada uno tomó su bolsa para el fin de semana. Al llegar frente al portal él se detuvo y la abrazó largamente, en plena calle. Se dieron un beso más.

Largo, acaramelado, mientras se acariciaban con ternura.

Luego él abrió la puerta y desaparecieron.

Mabel y Cristian estaban paralizados.

Por sus cabezas pasó el resto de la película: subir en el ascensor, entrar en el piso dándose besos y más besos, empezar a desnudarse incluso antes de meterse en la habitación...

Mabel cerró los ojos.

Cristian cerró los ojos.

Conocía a su padre. Aquello no podía ser un rollo, ni un cuelgue, ni nada que se pareciera a cualquiera de esas dos palabras. Y además de conocerle a él, ahora conocía a Malu a través de Mabel. Se trataba de una mujer de verdad.

Aquello era amor.

La más bestial de las sensaciones.

—Vamos a tomar algo —reaccionó Mabel hablándole a través del casco.

—Se me ha ido el apetito. —Cristian se quitó el suyo porque sentía que se ahogaba.

—No seas tonto.

Miró el piso de la abuela. Ninguna luz en las ventanas que daban a la calle.

—Si piensas, es peor —dijo ella.

—No es por asco o... —No encontró palabras a la medida de sus sentimientos—. No sé.

—Ya te dije que alecta. Yo ya pasé por eso.

—No, si debe de ser muy romántico, velitas y todo eso. Mi padre es así. O por lo menos lo era.

—Romántico o no, son nuestros padres.

La gente no se moría hasta que dejaba de respirar. Respirar y sentir.

—¿Quieres que te deje en tu casa, para que te comas el tarro?

No quería quedarse solo, ni dejarla.

—No. —Fue terminante.

—Ponte el casco, va.

—¿A dónde...?

—Tú calla, que la moto es mía. Venga, cógete.

Se agarró a Mabel una vez más.

Era cálida.

La moto salió zumbando y rodó durante unos cinco o seis minutos. No había mucho tráfico. Hasta pasadas las doce o la una el personal no se desmadraba. Mabel condujo hasta la parte baja de Sarrià, cerca de la Diagonal, y paró en medio del enjambre de motos alineadas frente a los multicines de la zona. Once salas y, en la parte de arriba, varios restaurantes: un mexicano, una pizzería, una bocadillería... Esta vez noató los dos cascos a la rueda. Primero porque no había espacio, y segundo porque todos los motoristas cargaban el suyo. Cada cual se lo llevó de la mano.

La zona de los restaurantes estaba llena. La gente salía de la proyección de la noche y algunos se disponían a entrar en la última, la de madrugada.

—¿Te gustan las salchichas? —preguntó Mabel.

—Sí.

—Aquí las hacen buenas. Frankfurt, grobe, bratwurst, normales, picantes... lo que quieras.

—Bien.

Se acodaron en la barra y esperaron a que el camarero los atendiera. No quedaban mesas libres en el exterior, pero sí había huecos en los taburetes interiores. Cristian pidió una frankfurt, patatas fritas y agua. Mabel una bratwursti, patatas fritas y una cola. Ella fue a coger sitio, él esperó la comida. Intercambiaron un par de miradas y poco más. Un chico que iba acompañado por una rubia de formas sinuosas la contempló absorto y sin cortarse un pelo. Desde luego había algo en ella que...

Tenta magnetismo.

La comida y la bebida aterrizaron casi al instante. Cristian sacó su cartera. Iba a dar un billete de veinte euros cuando Mabel apareció a su lado.

—Eh —le advirtió.

El camarero se quedó mirando.

—Por separado —dijo ella. Y le entregó diez euros.

Una vez hechas las dos cuentas, el camarero les entregó el cambio. Cristian tomó la bandeja y la condujo hasta una mesa alta, cuyos dos taburetes había reservado su compañera. Al disponer la comida, cada cual tomó un bote de distinto color. Él bañó las patatas fritas con sal y la frankfurt con mostaza, y ella las patatas fritas con ketchup y dejó la bratwursti sin nada.

Ella bebía cola y él agua.

Nada en común.

No hablaron hasta deglutir el primer bocado.

—¿Ibas a pagar la cuenta de los dos?

—Sí.

Mabel le propinó un segundo mordisco a su bocadillo.

—Anticuado, vale —dijo Cristian.

—No, está bien —asintió Mabel—. No pasa nada. Gracias.

—De nada.

Continuaron comiendo los bocadillos y las patatas fritas sin hablar, deslizando miradas a su alrededor y a sí mismos, como cualquier otra de las muchas parejas que pululaban por los alrededores.

El chico de la rubia, mayor, diecinueve o veinte años, seguía lanzando sus ojos como garfios en dirección a Mabel.

Cristian fue el primero en terminar. Ella se tomó su tiempo.

Cuando ya no quedó nada, salvo el resto de la bebida, la chica se acodó en la mesa y hundió en él sus ojos cargados de sensaciones.

—¿Quién era el chico del otro día? El del domingo por la noche.

—Segis.

—¿Tu mejor amigo?

—Sí.

—Mi mejor amiga se llama Leona.

—¿La que te ha llamado antes?

—Sí.

—¿Sabe lo que pasa?

—Todo. La única.

—Segis también.

—¿Qué opina?

Cristian se encogió de hombros. Quería a Segis, pero para según qué cosas...

—Supongo que Leona está igual —dijo Mabel—. No es lo mismo verlo de lejos que si te pasa a ti. Por mucho que les expliques que, de pronto, todo se mueve bajo tus pies...

—No sabes dónde agarrarte, ¿verdad?

—No.

Se tomaron una pausa. Mabel jugueteó con los palitos de madera que acompañaban las patatas fritas. Los restos de ketchup parecían huellas de sangre en el pequeño recipiente de cartón. Era la primera vez que la veía serena, capaz de hablar sin dejarse llevar por los nervios o la desazón.

—Mira, Mabel —habló él—. Tal y como lo veo yo... si nos metemos, lo estropearemos.

—Lo sé.

—Es cosa suya.

—Y nuestra. —Se enfrentó a sus ojos.

—Pero más suya. Podemos hacerles mucho daño. Si creen que no estamos de acuerdo o que por culpa de eso lo pasaremos mal, lo van a dejar. Son padres. Por encima de todo, son padres. O somos comprensivos o somos egoístas, no hay término medio.

Mabel soltó una risita sardónica.

Primero, Cristian no supo captar el tono.

Luego sí.

—Desde luego... —La chica dejó salir una profunda bocanada de aire—. ¡Lo que hay que hacer por los padres!

VEINTICINCO

Cuando regresaron a la moto, sin ninguna prisa, como si buscaran sus pasos perdidos, seguía sin ser demasiado tarde. Por lo menos no para un viernes por la noche. El ambiente en los alrededores de los multicines rezumaba energía, movimiento, vitalidad. Las mesas de los restaurantes y bares, ocupadas; las aceras, rebosantes de motos que iban o venían; las escalinatas que descendían hacia los cines, llenas de grupos de chicos y chicas. Cargando sus respectivos cascos, Mabel y Cristian se detuvieron junto al escúter.

Hora de separarse. O no.

Fue Mabel la que tomó la iniciativa.

—Estamos cerca de tu casa.

No era una pregunta, más bien una aseveración.

—Sí.

Pensó que lo decía para llevarle en la moto.

Se equivocó.

La conocía hacía poco; era la segunda vez que se veían, pero ya empezaba a interpretar sus gestos y signos, sus silencios y suspiros, y sobre todo sus miradas.

Páginas abiertas de un libro oculto.

—¿Me dejas ver tu piso?

Cristian esperaba algo, aunque no aquello.

—¿En serio?

—Sí, ¿qué pasa? —Se mostró irritada.

—¿Sigues pensando que vas a tener que vivir en él?

—¿Y si solo es curiosidad, qué?

—Curiosidad.

Ella endureció el gesto.

—¡Bah, olvídale!

—No, no, espera. —La detuvo antes de que se colocara el casco—. Está bien, no pasa nada.

—¿Seguro?

—No tengo nada que hacer y tú tampoco.

—Así que solo es por eso.

—No seas tonta.

Lo envolvió con otra mirada críptica.

A veces se sentía desnudo ante ella.

—Vamos —tomó la iniciativa Mabel con su característica determinación.

Se pusieron los cascos y subieron a la moto. Cristian ya se sujetaba a ella con menos pudor, rodeándola con los brazos y entrelazando sus manos sobre su vientre. Mabel no corría mucho, quizá por precaución,

quizá porque con dos su transporte no estaba para muchas alegrías. El trayecto fue corto; apenas unos minutos después aparcó en la acera, frente a la casa y siguieron el ritual de quitarse los cascos y sujetar la rueda con una cadena.

En el momento en que cruzaban el vestíbulo vieron que el ascensor estaba bajando.

Cristian se inquietó un poco.

Todos los vecinos le conocían y ahí estaba él subiendo con una chica a su piso casi a la una de la madrugada.

Pero fue peor.

Mucho peor.

El ascensor llegó a su destino y por la puerta apareció Eva, dispuesta a irse de marcha.

Parecía una supermodelo.

—¡Hola, Cristian!

Nunca lo había saludado tan efusivamente.

—Hola.

Las dos chicas intercambiaron una mirada rápida, fugaz. Una mirada de reconocimiento; punto y aparte. Se analizaron, se interpretaron y se valoraron. Eva llevaba un vestido precioso, ceñido, sin mangas, corto, el cabello limpio y sedoso y un maquillaje esmerado, discreto. Dejaba un halo de perfume a su paso. No iba simplemente a tomar unas copas o pasarlo bien. Iba de fiesta. Pero de fiesta, fiesta, fiesta. Tal vez no lo habían visto; en la calle la esperaba un chico al volante de su coche.

—Adiós...

Pasó por su lado y caminó por el vestíbulo de la casa en dirección a la calle. Cristian hizo lo imposible para no mirarla embobado. Dejó que Mabel entrara la primera en el ascensor y luego lo hizo él. Cuando cerró las puertas, Eva salía al exterior. Una imagen poderosa, densa.

Creía que su compañera preguntaría algo.

Extrañamente, no lo hizo. Se tocaba el estómago.

—¿Estás bien?

—Me parece que le he puesto demasiado ketchup a las patatas fritas, y con tus manos haciendo de estufa en la moto...

—Lo siento.

—No pasa nada.

Llegaron al rellano y Cristian abrió la puerta de su piso.

—Estás en tu casa. Mira lo que quieras. —La invitó a cruzar el umbral mientras conectaba la luz.

Y Mabel lo hizo. Entró, dejó el casco y la chaqueta en una silla y...

Para Cristian fueron los cinco minutos más extraños de su vida, acompañando a una chica por su piso, abriendo puertas y luces, en silencio, dejando que ella lo absorbiera todo, lo asimilara todo.

Una chica que, tal vez, formase parte de ello en un futuro más o menos inmediato.

La miraba de reojo; apreciaba su seriedad, la forma en que se movía, la manera en que sus ojos acariciaban o no los detalles, las paredes, las camas, los adornos, los muebles.

Entró en todas las habitaciones. La de matrimonio, el despachito, el pequeño cuarto de los trastos, la cocina, los dos baños, la sala.

Ningún comentario.

Ya lo habían hablado el primer día.

Cristian dejó para el final su propia habitación.

En la sala, Mabel cogió una de las fotos de su madre. La miró un buen puñado de segundos.

—Era guapa —asintió.

Cristian tragó saliva.

—Sí.

—Tú te le pareces.

—Un poco, gracias.

—Bueno, no quería decir que tú...

—Ya, ya.

—La estoy liando —sonrió.

Dejó la fotografía y volvió a llevarse una mano al estómago quebrando su sonrisa. Estaba pálida, pero él no se atrevió a preguntarle por si se trataba de la situación, por el hecho de encontrarse allí, casi como una intrusa.

—¿Y tu habitación?

—¿Me dejas que la ordene un poco?

—No seas burro, ¿cómo te imaginas tú que está la mía?

—Ven.

La última puerta cerrada. La abrió y repitió el ritual: encender la luz y dejarla pasar. Por lo menos la cama estaba hecha. Su padre era puntilloso al respecto. El resto parecía haber sufrido el embate de un terremoto.

Libros, libretas, discos, juegos, el ordenador, la impresora, ropa en el suelo, en la mesa, en la silla, asomando por la puerta del armario...

Mabel tuvo una arcada repentina. Se puso una mano en la boca.

—Estás blanca, ¿te encuentras bien?

—Me parece que no. Esas patatas fritas...

—¿Estás mareada?

Su cara fue de súplica. No tuvo que decirle dónde estaban los baños porque acababa de verlos. Mabel salió a la carrera, abrió la puerta del pequeño, el suyo, y se abalanzó sobre el inodoro.

Cristian la oyó vomitar.

No supo si entrar o qué. Cuando vomitaba de niño, su madre le sujetaba la cabeza, poniéndole una mano en la frente para que hiciera fuerza.

—¿Te ayudo?

—¡No!

Otro vómito aún más fuerte, como si se rompiera por dentro.

—¿Hago algo?

—¡No!

—¿Quieres...?

—¡Cinco minutos... por favor...!

La dejó sola y se metió en su habitación, asustado.

No fueron cinco, fueron siete. Los contó. Después del último rugido llegó el silencio. Cuando Mabel regresó junto a él seguía pálida y descompuesta. Se había mojado la cara. Caminó hasta la cama sin tenerse casi en pie y, desfallecida, se sentó en ella.

—Será mejor que te tiendas un rato.

Le obedeció sin decir nada. Quedó boca arriba, acompasando la respiración, con los ojos cerrados.

—¿Te preparo una infusión?

Movió la cabeza de lado a lado.

Cristian cerró la boca de una vez y se sentó en la silla, frente a ella, observándola.

La primera chica que metía en su habitación, en su cama.

Aunque no lo esperaba así.

Siguió mirándola, despacio: cabello, frente, ojos, nariz, boca, mentón, pecho, cintura, muslos, pies...

Sintió deseos de acariciarla.

Diez minutos después comprendió que ella se había dormido.

VEINTISÉIS

La contempló un poco más, de cerca, hasta que optó por dejarla descansar. El móvil asomaba por uno de los bolsillos de sus vaqueros, así que se lo cogió por si acaso. Salió de la habitación y lo dejó junto a los cascos, en el recibidor, para que no se le olvidara. Luego se sentó en una de las butacas de la sala sin saber qué hacer.

No quería poner la tele, ni música, y no le apetecía leer. No con ella en su cama.

Sonrió cansinamente al recordar la escena del ascensor.

Eva.

Eva y Mabel.

Asombroso.

Eva, reluciente, guapa, increíble.

Ahora pensaría que tenía novia. ¿Para qué si no subía a una chica a su piso a medianoche?

—Vale, ¿y qué? —se dijo a sí mismo.

No pudo quedarse quieto mucho tiempo. Volvió a incorporarse y regresó a su habitación. Había dejado la luz encendida, por si acaso ella despertaba y se asustaba al no recordar que esta era su casa. Podía tropezar, darse un golpe, caerse...

La miró de nuevo.

Tenía que haberle quitado los zapatos.

Eva era la vecina imposible, el sueño, la chica del piso de arriba. Mabel en cambio era real, estaba allí. Una chica de carne y hueso. Imposible no darse cuenta de ello. Imposible cerrar los ojos. Imposible no verla y sentirla y...

Tuvo un acceso de ternura. Más que acariciarla, quiso darle un beso.

Se acercó y la miró aún más de cerca, a menos de dos palmos de su rostro. Dormía profundamente, con los labios entreabiertos, y se le veían los dos dientes superiores.

Ahora sí se parecía más a Kristen Stewart, con todo su halo de tierna delicadeza y aquella lánguida expresión con la que solía envolverse. Claro que era por estar dormida. Despierta y en pie de guerra, Mabel era una todoterreno.

Recorrió de nuevo su cuerpo con la mirada.

Rostro, cuerpo, manos...

Estaba hecho un lío y lo sabía.

Se sintió como un *voyeur*.

Lo único que hizo fue apartarle el pelo de la cara. Ella ni se movió. Luego se levantó y la dejó sola. Regresó a la sala, se sentó en la butaca y trató de relajarse. En lo primero que pensó fue en su padre. Si regresara a casa y se los encontrara... Pero no, su padre estaba lejos, en otro mundo, en una galaxia muy, muy lejana, con la adrenalina a tope.

Después de lo que había visto...

Toda aquella pasión...

Cerró los ojos.

Eva.

Mabel.

Eva.

Mabel.

No tenía sueño, y sin embargo...

Debió de adormilarse en algún momento.

Unos minutos, o más.

Aquel silencio...

Su mente empezó a navegar por el mundo de los sueños, las fantasías, las historias sin pies ni cabeza, las pequeñas emociones de los duermeveras inesperados. Bailaba. Sin música. Bailaba. Solo. Bailaba y volaba y era feliz, y de repente la discoteca se convertía en una isla desierta...

De pronto abrió los ojos sobresaltado.

Mabel estaba allí, mirándole.

VEINTISIETE

Casi saltó de la butaca.

El reloj marcaba las tres menos cuarto de la madrugada.

—Oh, lo siento... —Fue él el primero en hablar.

—Tranquilo —lo calmó ella.

—¿Cómo estás?

—Mejor.

—Te has dormido y no he querido...

—Gracias.

Mabel estaba sentada en una de las sillas. Volvía a mirar las fotografías familiares. Cristian de niño, su padre, su madre. Retazos de un mundo atrapado en el tiempo. Fue real, pero ya había pasado. El presente conformaba otra vida, nuevos mundos.

Los que quedaban, seguían.

Su compañera volvía a tener buen aspecto, color en las mejillas. Solo persistían unas pequeñas bolsas bajo los ojos, consecuencia de sus esfuerzos al vomitar y descomponérsele el cuerpo.

Cristian pensó que se iría de inmediato.

No fue así.

Cruzó las piernas por debajo y se quedó sentada en cuclillas sobre la silla, un poco en precario. Una estatua animada con un pedestal de cuatro patas.

La noche era muy plácida.

—¿Cristian, puedo hacerte una pregunta?

La esperaba.

—Sí.

—La chica de antes, la del ascensor...

—¿Qué? —confirmó sus sospechas.

—Te has puesto rojo.

Se le había notado, y ella, después de todo, no era tonta. Al contrario, era rápida.

—Porque me veía subir contigo —mintió—. Como se lo diga a su madre, mañana lo sabrá toda la escalera.

Tenía su lógica, pero Mabel seguía yendo un paso por delante.

—Es la que te gusta, ¿verdad?

—¿Por qué debería ser ella?

—Encaja en lo que hemos hablado antes: tiene un año o un año y pico más que tú, está buenísima, la ves a menudo, te has puesto rojo al encontrarte con ella...

—Vale, ¿quién no se ha enamorado de su vecina sexy?

—Yo.

—No tendrás ninguno.

—Siempre hay alguno, pero no, ya ves. ¿Por qué no le preguntas?

—¿Si quiere salir?

—Sí.

—Pero ¿tú la has visto?

—¿Y qué? —Se encogió de hombros—. Muchas chicas guapas están solas porque más de un tío no se atreve, creyendo que los tiene a patadas.

—Dirá que no.

—¿Y tú qué sabes?

—Dirá que no y luego me la encontraré en la escalera sin saber dónde meterme. —Se dio cuenta de que estaba hablando de lo más íntimo y privado y se agitó en la butaca—. Eh, no me digas que eres la clásica amiga que va arreglando las relaciones de los demás.

—Para nada.

—Es que luego resulta que esas amigas no saben ni arreglar las suyas.

Andrés pasó igual que un fantasma fugaz por su mente. No le hizo caso.

—¿Cuánto hace que te gusta?

—Desde los diez u once años.

—¡Jesús! ¿Y nunca jugasteis juntos?

—No. Tuvo un desarrollo rápido y yo seguía siendo un canijo enclenque. Los amores platónicos llegan a formar parte de los sueños de cada uno.

—Es verdad, y cuando dejan de ser platónicos...

—Abrió las dos manos—. Dicen que es malo conseguir lo que se desea.

—¿Te ha sucedido a ti?

—Más o menos.

No quiso preguntarle más. No quería seguir hablando de aquellos temas con ella.

—Es alucinante —dijo Cristian.

—¿A qué te refieres?

—A que es la segunda vez que nos vemos y parece como si fuéramos íntimos de toda la vida.

—Ya.

—Ni siquiera he hablado de estas cosas con Segis.

—Es bueno tener un amigo si eres chica y una amiga si eres chico. Hay cosas que no le contaría a Leona. Cosas muy mías, privadas, y en cambio sí lo haría con un chico. Sé lo que me diría Leona, pero no lo que me diría él.

¿De dónde había salido? Con toda su aplastante lógica, sus razonamientos, su determinación.

El amor de sus padres los estaba hermanando.

Cristian se levantó, incómodo.

El primer día, la nerviosa y asustada había sido ella. Ahora las tornas se cambiaban.

Aparecían otros ingredientes.

Lo cierto es que no había hablado con nadie como lo estaba haciendo con Mabel.

—Tengo sed, ¿quieres algo?

—Agua.

Cristian salió de la sala y fue a la cocina.

VEINTIOCHO

Regresó con dos vasos de agua. Le tendió a ella uno. Él casi apuró el suyo con dos largos sorbos. Mabel bebió un tercio.

—¿Y mi móvil?

—Te lo he dejado en la entrada, con tu chaqueta y los cascos.

—Un ángel.

—No seas tonta.

—¿Has disfrutado viéndome la cara de pava mientras dormía?

—¿Lo dices para que te diga que estabas guapa?

—¡No! Una vez me hicieron una foto dormida y la tenía.

—No te veo yo a ti como una chica insegura que necesite halagos.

—Vale, solo bromeaba. —Le dio otro sorbo a su vaso de agua.

Se miraron en silencio.

—Pero si soy insegura —asintió con la cabeza—. Y espero que esta confesión no sea utilizada en mi contra, señorita.

—Bienvenida al club —dijo él.

Mabel levantó su vaso.

Cristian acabó el suyo. A ella le quedó un sorbo final. Los silencios a veces resultan más explícitos que los diálogos. Reverberaban ecos y a su alrededor caía la lluvia de las emociones, igual que un manto unas veces inquietante y otras plácido.

Las tres.

Ya era bastante tarde. Sin embargo, los dos pasaron del reloj.

—¿Qué vas a estudiar?

La pregunta le pilló por sorpresa.

—Periodismo, aunque no sé... —vaciló.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Me gustaría viajar, ser reportero de campo, y eso es muy difícil.

—No te veo de corresponsal de guerra, con balas de verdad pasando por encima de tu cabeza y tú, cuerpo a tierra, dando el parte.

—¿Te das cuenta?

—Que no te vea no significa que no sea posible.

—Es que para ser periodista en una redacción, sin mover el culo y hablando de cosas que no me interesan... Y tampoco es que piense en ser corresponsal de

guerra. Hay enviados especiales en todo el mundo para cubrir informaciones.

—Mi tío Mariano tiene un par de revistas.

—¿Me enchufarías?

—¿Por qué no?

—¿Qué vas a estudiar tú?

—Veterinaria.

—¿En serio?

—Me gustan los animales, sí, ¿qué pasa?

—Nunca lo hubiera imaginado.

—La gente engaña. Y las apariencias más. ¿Que pensabas que podría estudiar?

—No sé, abogado, médico...

—¿Médico? Por Dios, qué angustia. Y lo de abogado... ¿Tan peleona me ves?

—Olvidalo.

—Sí, es demasiado tarde para discutir. —Mabel dirigió una mirada definitiva al reloj—. Creo que ya va siendo hora de que terminemos esta agradable velada llena de persecuciones, seguimientos, revelaciones y confidencias.

Bajó los pies al suelo, apuró el último sorbo de agua y dejó el vaso sobre la mesa. Luego se levantó.

Cristian hizo lo mismo.

—¿Vas a salir? —preguntó ella.

—No, no, ya me quedo, aunque... bueno, te acompaño...

—¿A casa de mi padre? No seas absurdo. Yo voy en moto. Tendrías que regresar en taxi. ¿Desde cuándo eres un caballero andante? Espero no encontrarme a

la mujer de mi padre despierta, porque es tarde y lleva un embarazo...

—Suenan raro.

—¿Lo de «la mujer de mi padre»? Sí, pero es lo que hay. Me cuesta llamarla Beatriz, como si tal cosa.

Caminaron por el pasillo. Al pasar frente a la puerta del cuarto de los trastos, Mabel la golpeó con los nudillos, sin apartar los ojos del sentido de su marcha. Un guiño. Una broma. Un sarcasmo.

Ya en el recibidor se guardó el móvil en el bolsillo y se puso la chaqueta para cargar los dos cascos con las manos.

Cristian abrió la puerta.

Esta vez no hubo vacilaciones.

Se besaron en las mejillas, más bien cerca de las comisuras de los labios.

Y algo más.

Mabel le abrazó. Con fuerza.

—Gracias —le susurró al oído.

—No seas tonta.

Parecía emocionada.

—El primer día debiste de pensar que estaba loca de remate.

—Fue un golpe. —Se encogió de hombros—. Ahora te entiendo bien, porque también me siento descolocado.

—Nos telefoneamos si...

—Claro.

Mabel cruzó el umbral. No llamó al ascensor e inició el descenso a pie. Cristian se quedó en el quicio

de la puerta viendo cómo desaparecía: primero su cuerpo, después el rumor de sus pasos.

Sentía la humedad del beso de su compañera en la comisura del labio.

Cuando cerró la puerta echó a correr por el piso rumbo a la ventana de la sala.

Apagó la luz antes de atisbar por entre las cortinas.

VEINTINUEVE

Mabel bajó la escalera despacio.

Tanto, que acabó por detenerse en el primer piso.

Apenas unos segundos, los suficientes.

Intentó ordenar sus ideas, pero no tenía ideas que ordenar, tan solo el caos que envolvía su mente, el ir y venir de pequeños destellos que poblaban su cabeza de luces fantasmales, inconcretas y difíciles de retener o capturar.

Reinició la marcha.

Llegó al vestíbulo, abrió la puerta de la calle y salió al exterior bajo la noche.

Tuvo el estremecimiento al llegar a la moto. Vaciló, pero acabó volviendo la cabeza para ver las ventanas del penúltimo piso.

Nada.

Oscuridad.

No apartó los ojos de allí durante un minuto.

El último suspiro.

Se puso el casco, cabalgó su escúter, le dio al encendido y bajó de la acera para situarse en la calzada.

Una vez en ella le dio todo el gas y salió zumbando. Probablemente se la iba a ganar por llegar tan de madrugada, aunque su padre fuera mucho más permisivo que su madre y nunca la esperase despierto.

TREINTA

En la oscuridad de la sala, Cristian la vio llegar a la moto mucho después de lo esperado, como si hubiera bajado la escalera a cámara lenta.

Mabel levantó la cabeza.

Le miró.

Fue instantáneo: se apartó de la ventana.

Cuando comprendió que ella no podía verle, se asomó por segunda vez, al amparo de las cortinas, que formaban una especie de barrera natural entre ambos.

Eso y la distancia. Eso y la noche.

Lentamente se pasó la lengua por la comisura del labio, allá donde persistía aquella gota de humedad dejada por el beso de su compañera.

El *impasse* murió al reaccionar ella, subir a la moto y alejarse calla arriba.

—Joder...

Segis tenía razón. Si los cuatro acababan formando una familia, compartir techo con ella sería como vivir con una bomba.

Era guapa, lista, rápida, y él se sentía demasiado vulnerable.

Todo aquel miedo...

¿Cuándo no asustaban los cambios bruscos e inesperados?

El suelo empezó a moverse bajo sus pies.

Un minuto después estaba en su habitación, tendido sobre la cama, aspirando el perfume que ella había dejado fijado allí, sabiendo que probablemente no iba a poder conciliar el sueño.

CUARTA PARTE

MOVIMIENTOS

TREINTA Y UNO

Hizo un primer intento y solo consiguió llegar hasta el rellano.

Con el segundo, subió un pequeño tramo de escalera.

Al tercero se dijo con firmeza que, o lo hacía, o nunca más podría volver a mirarse al espejo sin sentir rabia y pena.

—Vamos, vamos, ¡vamos!

Parecía un futbolista en el túnel de los vestuarios antes de salir al campo a jugar una final.

Era una final.

Salió al rellano, subió la escalera hasta el piso de arriba y llamó a la puerta.

Tuvo suerte.

Le abrió ella misma.

—Ah, hola Cristian —lo saludó con una sonrisa luminosa.

Eva llevaba una especie de chándal holgado, ropa de estar por casa. En modo alguno pareció insegura o preocupada por su aspecto. Quizá no tenía nada que ver con la imagen celestial de la noche pasada, pero su belleza inmaculada podía con todo, llevase lo que llevase.

Había ensayado hasta la voz.

Nada de nervios, nada de tartamudeos, nada de temblar.

—Tengo dos entradas para el cine, para mañana por la tarde. Había pensado que tal vez querías venir conmigo...

—¿Mañana por la tarde?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Pues... a las seis y media, creo.

—Oh, muy bien. Perfecto. —Le iluminó con su sonrisa tanto como con la noticia—. Es que mañana tenemos comida familiar y nunca acabamos antes de las cinco. Por eso te preguntaba la hora. Pero a partir de las seis, ningún problema.

—Entonces...

—Me llamas y bajo, ¿de acuerdo?

—Bien.

—Vale, hasta mañana.

—Vale.

—Y gracias.

Eva cerró la puerta y él inició el descenso.

Las piernas de gelatina, el corazón golpeando furioso en su pecho, la cabeza en blanco, la garganta seca, los ojos ciegos.

Un peldaño, dos, tres...

Poco a poco fue captando la realidad.

Todo había sido rápido... y sencillo.

Eva había dicho que sí.

¡Que sí!

—¡Ay, la leche! —gimió.

¡Que sí, sin más!

Entonces se dio cuenta de lo más importante y esencial: ni siquiera le había preguntado qué película iban a ver.

TREINTA Y DOS

Beatriz hacía la siesta. Otro mal día de embarazo. Mientras estudiaba, su padre veía la tele, aunque sostenía un libro entre las manos, sin decidirse por lo uno o por lo otro. La casa era minúscula, así que no había espacio ni intimidad para casi nada. La sala, la habitación de matrimonio, otra más pequeña, la cocina y el cuarto de baño, además de una terracita. Era todo lo que había podido pagar su padre después de la separación y el divorcio, aunque si su madre se casara de nuevo... estaba claro que venderían el piso y se lo repartirían. Claro como el agua.

Mabel utilizaba la habitación pequeña, suficiente aunque nada grata para estudiar o refugiarse en ella. En ese sentido echaba de menos su cuarto. Y el de los trastos en casa de Cristian no era mejor.

El problema llegaría cuando naciese el bicho.
O al cabo de un año o dos, cuando tuviese que dormir solo.

Bueno, entonces igual ya no tenía que pasar un fin de semana de cada dos, lo quisiera o no, con él.

Sería mayor.

Mayor.

Una palabra peligrosa y polivalente.

Su padre se decidió por el libro y apagó la tele. Mabel se lo agradeció.

Intentó concentrarse en lo que estudiaba, pero a los dos minutos levantó la cabeza y le miró. Tenía a su padre de perfil, con su característica nariz aguileña, que, afortunadamente, no había heredado, el pelo revuelto, las cejas espesas, la boca caída hacia los lados y la barbilla hundida por la postura pero también por la amenazante sotabarba que ya florecía en su cuello.

Nunca habían hablado de ello.

Y quizá fuera el momento.

Un sondeo.

—Papá.

—Mmm...

—Papá, ¿crees que mamá saldrá con alguien algún día?

Le arrancó de su abstracción.

De golpe.

—¿Mamá? —Lo pronunció igual que si no supiera de quién le hablaba, con un marcado tono de duda en la voz—. Pues... no sé, no me lo imagino.

—¿No?

—No.

—¿Nunca lo has pensado?

—Que no.

—Papá...

—Bueno, cariño... Es que... —Su expresión era de desconcierto—. Uno no piensa en esas cosas.

—No entiendo por qué no. Tú tienes una nueva vida, y no me digas que es distinto.

Lo dejó sin argumentos.

—Tu madre es muy suya —divagó de manera imprecisa.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tiene carácter y... En fin, que no la veo yo iniciando otra relación; aunque todo es posible.

—Está muy guapa.

—Es que siempre ha sido muy guapa.

—Sí quisiera...

—Ya te digo que no es más que una percepción.

—La gente cambia.

—Ojalá lo hiciese.

—¿En serio?

—Por supuesto. Ya han pasado cinco años, por Dios.

—Escrutó el rostro inocente de su hija y demostró que por algo era su padre—. ¿Es que sale con alguien?

—Yo no sé lo que hace. —Mantuvo el tipo.

—¿Pasa noches fuera, llega tarde...?

—No —mintió de nuevo.

—Mira, si lo hace, seguro que se lo calla, muerta de vergüenza por lo que puedas pensar.

—¿En serio?

—Mabel, tu madre es sufridora, y sufridora de las de comérselo todo en silencio, en plan estoico, antes que mostrarse débil. Así se siente víctima, que es un estado ideal y un modo muy fácil de tomarse las cosas y enfrentarse a la vida. El victimismo le permite a la gente abrazarse a sí misma y arrojarse en su dolor. Es un autoconsuelo muy simple.

—Y destructor, ¿no?

—Del todo, pero de forma inconsciente.

—Pues yo no la veo capaz de pasarse toda la vida así, qué quieres que te diga. Solo tiene cuarenta y dos años.

—Y yo te repito que ojalá tengas razón y cambie. No me la imagino con otra pareja, pero como acabo de decirte, si vuelve a vivir, será mejor para ella.

—¿Así que no te dolería?

—No, ¿por qué iba a dolerme? Quiero lo mejor para ella. El divorcio trajo muchos malos rollos, gritos, pero ahora las cosas han cambiado. El tiempo lo calma todo. Daría lo que fuera para que sea feliz. Los dos te hiciémos. Hay algo que ni un divorcio separa.

—¿Te alegrarías de que...?

—Sí, Mabel. Me alegraría.

Una voz los interrumpió. Primero apareció una barriga. Luego su propietaria. Beatriz estaba despeinada, tenía ojeras, había aumentado de peso y el pecho ya amenazaba con desbordársele. Sus treinta y cuatro años se veían seriamente amenazados por la conspiración de su maternidad.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó desperezándose de forma muy poco femenina.

TREINTA Y TRES

La película había sido sorprendentemente buena. Una sorpresa: una comedia con sentido. En medio de la desolación impuesta por Hollywood en el siglo XXI, con filmes que parecían exclusivamente hechos para des-cerebrados comepalomitas, tropezarse con algo que tenía pies y cabeza y, sobre todo, un guion coherente, conseguía que la mayoría de las personas, jóvenes o mayores, salieran de la sala con el cuerpo felizmente alegre.

Eva y Cristian eran de esos.

—Qué bien, ¿no?

—Sí, me ha gustado mucho.

—Mira que yo no la tenía en cartel, no sé por qué.

Vi el título y... ni siquiera leí el argumento. De no ser por ti, me la pierdo.

—¿Y si te hubiera dicho qué película era?

—¿Por qué lo dices?

—Ayer me extrañó que no me preguntaras qué íbamos a ver.

—Ah, ¿por eso? —Eva hizo un gesto de pesar—. Mira, me habría quedado en casa toda la tarde, así que fuiste una bendición. Cuando me lo propusiste vi el cielo abierto. —Le lanzó una mirada de cariño y agregó—: Gracias, en serio, fuiste un cielo.

—La verdad, no pensé que aceptarías. —Quiso ser sincero.

—¿Ah, no? —Ella abrió los ojos—. ¿Por qué?

—Una chica como tú, un domingo por la tarde...

—¿Qué dices? ¿Una chica como yo? —De los ojos dilatados pasó al pasmo—. Por Dios, Cristian, ni que fuera...

—Guapa.

—¡No seas tonto, va! —Le dio un codazo—. ¡Pero si nos conocemos de toda la vida!

—Nunca habíamos hablado mucho. En el ascensor y eso.

—Bueno, suele pasar. —Bajó los ojos al suelo y miró las puntas de sus zapatos a medida que andaba—. Vivir cerca no significa que la gente se conozca. Todas las casas tienen paredes, ventanas, puertas.

—Creía que tenías novio.

—Lo tuve. —Fue clara.

—Ah.

—¿Me viste con él alguna vez?

—No, no. Solo lo creía.

—Rompimos hace cuatro meses. —Se encogió de hombros—. Fue una larga historia, no vale la pena hablar de ella. Me equivoqué y ya está. Lo malo es que me dejó con pocas ganas de juergas. Cuando me viste el viernes fue porque mi amiga Alicia se empeñó en que fuéramos a tomar algo. Si no, me habría quedado en casa. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Bueno, yo sí pensaba que tenías novia. Te vi con aquella chica cuando bajaba...

—Es una amiga. Se sintió indispuesta y subió a descansar.

—Parecía simpática, y también preciosa. Me fijé. Yo soy buena en eso, ¿sabes? Sé calar a la gente. Hacíais una buena pareja.

Había conseguido parecer natural toda la tarde, en todo momento. Hablar bien, dar impresión de normalidad, no aparentar ir de listillo pero tampoco de tonto... Es decir: comportarse como cualquier chico saliendo con una amiga, por mucho que la amiga le gustase.

Pero se puso rojo.

Disimuló lo que pudo.

—No es más que una amiga —insistió—. Y no hace mucho que la conozco.

—Bueno, mejor no te lies tan pronto si no estás seguro. Te confieso que yo llevé muy mal lo mío y me quedé hecha una porquería. Una cosa es pasar el rato y otra muy distinta...

—¿Era el primero?

—Sí, no soy enamoradiza, ni de las que cree en el primer momento. Las personas han de conocerse y eso requiere tiempo.

—Pero es difícil darse cuenta de si esa persona es o no es.

—Claro. Por eso las relaciones humanas son tan complejas.

En todos aquellos años apenas si había intercambiado un puñado de palabras con ella cada vez que se cruzaban en el ascensor. Ahora la descubría de verdad. Ahora la conocía y la interpretaba. No iba de reina. No era la supermodelo de la escalera. Ser atractiva no la convertía en algo inaccesible. Eva era distinta a como la había imaginado. Simpática, cálida. Y parecida a él, en el fondo.

Una chica con la que hablar. Una amiga.

La palabra le golpeó de lleno.

Mabel y él ya habían hablado de eso, de amigos y amigas, y de que en ocasiones el mejor amigo de un chico no podía ayudar, pero la opinión de una amiga sí que podía ser útil.

Salía con Eva gracias a Mabel.

Y pensaba en Mabel.

Miró a su bella vecina. Vistiera como vistiera, tenía un halo sensual, un magnetismo poderoso. Los chicos con los que se cruzaban no le quitaban el ojo de encima. Luego le miraban a él y sus caras lo decían todo.

La edad, de pronto, no importaba.

—Podemos intercambiar información desde ahora, ¿te parece? —le propuso.

Eva se cogió de su brazo.

—A mí me iría muy bien —le aseguró—. Siempre me has caído bien, pareces un chico normal. Somos hijos únicos, no tenemos hermanos y, para según qué, los padres no cuentan, ¿verdad?

Faltaba una hora o más para la cena.

—¿Vamos a tomar algo? —dijo Cristian.

TREINTA Y CUATRO

¿Cuánto llevaba con él?

¿Diez minutos? ¿Quince?

Parecían dos horas.

—Andrés, ¿quieres parar? —Lo apartó para quitárselo de encima.

—Tengo ganas de ti. —Intentó besarla de nuevo.

—¿De dónde me sacas frasecitas como esa si tú no has leído un maldito libro en la vida? ¿De una canción cutre?

—Tú me las provocas.

Rehuyó sus labios y acabó empujándole. Con firmeza. Luego recuperó la posición en el asiento del coche y abrió la ventanilla para sacar la cabeza por ella.

—Coño, Mabel.

Se volvió con rapidez y le miró.

Un taladro ocular.
—¿Coño, qué?
—No te veo el pelo, no me das ninguna explicación y ahora te pones...
—¿Explicación?
—Si es que desapareces del mapa y yo...
—¿Y cómo me pongo?
—Pues, así.
—¿Así, cómo? Dilo.
—Borde.
—No te sigo el juego y, claro, soy borde. Si nos lo montáramos aquí, en el coche, primero de morreo fino y luego de sexo rápido, entonces sería una tía estupenda. ¿A que sí?
Andrés no supo qué contestar. No la seguía.
Frunció el ceño.
—¿Qué te pasa?
Se había dado cuenta desde muchos días atrás. Lo sabía. Y lo sabía incluso antes de que estallara todo el caso de su madre y su novio. Pero había necesitado aquella explosión interior para reaccionar.
Abrir los ojos.
Ahora lo veía todo claro.
Y ya no quiso perder ni un minuto de su tiempo.
—Andrés, vamos a dejarlo —le dijo.
—Sí, mejor te llevo a casa a ver si se te pasa la tontería y mañana estás bien —rezongó él, sin ocultar que se sentía muy molesto.
—Creo que no lo entiendes. —Mabel habló despacio—. Esto no funciona, es así de fácil. No funciona.

Vamos a dejarlo, pero para siempre, sin un mañana, ¿vale?

—¿Estás loca? —Se agitó con el semblante pálido.
—Mira, estuvo bien hasta que cruzamos el límite.
—¿El límite? ¿Qué límite? ¿Se puede saber de qué estás hablando, joder?
—El límite es el punto sin retorno. Se cruza cuando uno quiere algo que el otro no puede o no quiere darle.
—¿Y yo qué quiero?
—Acostarte conmigo.
—Vale, sí, no soy gay, ¿qué pasa? Cualquiera tío que saliera contigo un tiempo querría eso.
—¿Nada más? —Se sintió humillada.
—¡Todos los novios lo hacen!
—Depende. Además, una cosa es quererlo y desearlo incluso. Y otra ser un pulpo como tú, que no te conformas con un no e insistes, insistes, insistes...
—¡Estoy colgado por ti!
—Yo no lo estoy de ti. Creía que sí, pero... no. Es mejor dejarlo y no liarla.
—¿Y el amor, qué? ¡Yo estoy enamorado de ti!
—¿Enamorado? —No pudo creerlo.
—¡Sí!
—El amor implica respeto, y tú no me respetas.
—¡Joder, qué empanada! —Golpeó el volante del coche con ira.
—Si estás enamorado de mí, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?
—Porque pensaba que era evidente.

—¿Y decirlo cuesta mucho? «Te quiero, Mabel».

—No sé si cuesta o no, pero la gente no va por ahí diciendo «te quiero» a todas horas.

Era un marciano.

Un ET guapo pero insensible.

¿Cómo no lo había visto antes?

—Cuando se ama a alguien se le dice «te quiero» cada minuto.

—¿Desde cuándo te has vuelto tú así de romántica? Tú tampoco me lo has dicho a mí.

—Porque no te quiero. —Fue sincera—. Me gustabas, eras un poco gamberro, algo macarrilla, parecías divertido.

—¡Ay, la hostia! ¿Y ahora que soy?

—Eres muy gamberro, demasiado macarrilla y nada divertido. Lo siento.

—¡Pues, tú...!

—Si vas a insultarme, hazlo. Desahógate. Eso es bueno, no pasa nada. Rebótate y me voy.

—¡Cagüen...!

Más que golpear el volante, lo que hizo fue asesinarlo.

Mabel abrió la puerta del coche, se apeó y echó a andar.

Un pájaro extendiendo las alas.

TREINTA Y CINCO

Pasaban de las diez de la noche cuando su padre llegó a casa, a la carrera.

—¿Cristian? Lo siento, hijo. Se me ha complicado el día. Tenía que ser un lunes tranquilo y ya ves. ¡Y encima Paco se ha puesto enfermo! ¿Has cenado?

Lo dejó serenar.

A fin de cuentas las explicaciones sobraban y la última pregunta resultaba obsoleta, pues estaba sentado a la mesa de la cocina con los restos de la cena a su alrededor.

—¿Te preparo algo? —preguntó Cristian.

—He comido un bocadillo, tranquilo.

Desapareció para meterse en su cuarto y cambiarse. Mientras lo hacía, Cristian quitó la mesa y lavó los dos platos que acababa de utilizar. Se reunieron en la

sala, delante del televisor, aunque ninguno de los dos hizo ademán de encenderlo.

Su padre solía trabajar a veces en su despachito, y él prefería sentarse frente al ordenador para estudiar, escribir o ver alguna serie en la pantalla.

Era un buen momento.

Tomó aire y se lo soltó, para iniciar la conversación.

—Papá, dime una cosa. ¿Trabajas tanto porque así no piensas, o realmente...?

—Trabajo tanto porque tengo trabajo. —No le dejó terminar la pregunta—. Al comienzo tal vez fuera una forma de evasión, sí. Pero ahora...

—¿Por qué no sales con alguien?

Quizá fuese demasiado directo.

—¿Yo? —El hombre recibió el impacto.

—Sí, tú.

—No seas tonto.

—¿Qué pasa? Eres viudo y solamente tienes cuarenta y cuatro años. Otros con más de cincuenta o sesenta lo hacen.

—Será porque están solos. Yo te tengo a ti.

—Lo hablamos el otro día. No siempre estaré.

—Cristian, tu madre...

—Mamá está muerta.

Pensó que era demasiado contundente, pero quería forzarlo.

—¿Crees que no lo sé? —Hubo dolor en su voz—. Uno no dice «voy a conocer a otra». Esas cosas pasan o no pasan.

—A veces hay que forzarlas.

No iba a soltar prenda. Lo comprendió de pronto. Su padre seguía guardando el secreto en lo más profundo de su ser. Todo aquello, la aparición de Malu, el amor, todavía debía de tenerlo conmocionado.

Entonces Santiago dijo aquellas tres palabras.

Igual que si se desnudara.

—No quiero perderte.

—¡No vas a perderme!

—Si aparece otra mujer, sí.

—¿Así de fácil? ¿Tan egoísta me crees?

—Sería lo normal.

Cristian parpadeó. Se lo estaba poniendo fácil. No tenía más que decirle: «Hijo, estoy saliendo con alguien». Y en cambio se cerraba en banda.

Miedo.

Santiago se había hecho un cuadro mental y no sabía cómo salir de sus márgenes.

—O sea que si salieras con alguien, ¿sería únicamente para pasar el rato?

Los ojos de su padre titilaron.

Hubo una descarga emocional que controló a duras penas.

—No, si un día salgo con alguien será en serio, pero antes estarás tú, siempre.

—No te pediría que escogieras.

—No quiero hablar de eso, ¿vale? —Cogió el mando del televisor, lo dirigió a la pantalla y lo presionó.

—¿Por qué no quieres hablar de eso?

—Porque no.

—¿Mañana?

—Ni hoy ni mañana. No quiero y ya está.

—¡Pero es la primera vez que lo hacemos en cinco años y pienso que ya es hora! ¿Te sientes incómodo? Siempre me has dicho que hemos de hablar las cosas.

—Me refería a ti, a tus cosas.

—¿Las tuyas no importan? —insistió más y más preocupado.

En la pantalla un grupo de hombres disparaba contra otros. Resultaba difícil saber quiénes eran los buenos y quiénes los malos. El volumen estaba puesto al mínimo.

Un tipo recibió un balazo en el estómago.

—¿Papá?

—Cristian, no, ¿vale? Si importan, pero ahora estoy demasiado cansado para ponerme a discutir. He tenido un día duro y solo quiero relajarme.

El chico apretó las mandíbulas.

Lo veía en el coche, besando a Malu. Lo veía en el restaurante, jugueteando con su mano. Lo imaginaba en casa de la abuela.

Su padre tenía una guerra consigo mismo, lo vio claro.

Una guerra por su culpa.

—De acuerdo. —Se dispuso a salir de la sala para refugiarse en su habitación.

—Ven aquí —lo detuvo él.

Fue todo bastante rápido e inesperado. El abrazo sólido, consistente. La transmisión de emociones a través de la descarga de energía. El calor, que emanó de su cuerpo igual que un magma.

Santiago le pasó una mano por la cabeza.

«Vamos, papá, suéltalo —gritó la mente de Cristian—. Yo no puedo decirte que lo sé, que te he seguido con Mabel. Tienes que hacerlo tú».

—Anda, déjame ver la peli —suspiró el hombre cuando cesó el abrazo y retornó a la butaca para apalancarse en ella.

TREINTA Y SEIS

Metió la cabeza por la puerta de la habitación de su madre y se la encontró con los cajones del armario y la cómoda abiertos, probándose vestidos. Estaban desparramados sobre la cama y los había de todas las épocas. Bueno, al menos de todas las épocas por las que ella había pasado.

—¿Qué haces? —le preguntó Mabel.

—Nada, miro si alguno de estos aún me vale. —Se puso en pie con uno, frente al espejo, sujetándolo a la altura de los hombros, y al ver la diferencia de cintura entre el pasado del vestido y el presente de su cuerpo, hizo una mueca de desagrado y suspiró: ¡Válgame Dios...!

—Con unas puntadas igual te sirve —trató de ser optimista.

Malu cogió el siguiente. Repitió su examen. Esta vez el gesto fue de dudosa complacencia. Lo dejó encima de la cómoda, junto con otro que también debía de haber sido aprobado.

—Y lo que te encanta a ti guardar cosas —dijo Mabel.

—Todo sirve. Unos son recuerdos, otros me gustan...

—¿Qué tal el fin de semana? Ayer no hablamos.

—Bien, bien. Puedes imaginarte...

—Tendrías que divertirme más.

—Ya lo hago. Bárbara y yo...

—Me refiero a salir, ya sabes —la cortó.

—Ya salgo, hija.

—¿Con alguien del género opuesto, caramba!

El pequeño arrebató de genio obligó a su madre a mirarla a través del espejo. Captó perfectamente la inesperada intención de su hija.

—Ya me casé una vez.

Mabel no esperaba aquello.

—¡No me dirás que vas a quedarte así siempre!

—Ay, cariño, no sé. No tengo ni idea. Quizá cuando te vayas de casa...

—¿Es por mí? ¿Te quedas aquí tan pancha por mí? ¿Y si no me voy? ¡A mí no me metas en tu vida!

—Ya estás en mi vida. Eres mi hija —quiso con-temporizar.

—¡Es increíble!

—¿Se puede saber qué te pasa? —Malu dejó el vestido en el montón de los inservibles y se dio media

vuelta—. Eres capaz de ponerte como una moto en cinco segundos y por lo más absurdo.

—Esto no es absurdo.

—Bueno, basta ya.

Mabel se cruzó de brazos.

—¿Y ahora por qué te enfadas?

—Yo no estoy enfadada.

—Solo te he dicho...

—Que me busque un hombre, eso me has dicho, como si todo se redujera a lo mismo.

—No es bueno estar sola.

—No estoy sola. —Extendió las manos en busca de la calma que su hija le estaba robando—. Por Dios, ¿de qué estamos hablando? ¿A qué viene eso?

Por la cabeza de Mabel pasaron una docena de ideas contradictorias. Se lo acababa de poner fácil. Una alfombra roja para que ella le hablara de Santiago. En lugar de eso, se cerraba en banda y...

Algo no encajaba.

Y si le decía que lo había hablado con su padre sería peor.

—No viene a nada, pero es que me desconciertas.

—Entonces mejor lo dejamos. —Cogió otro vestido para probárselo.

—No sé por qué te pones tan a la defensiva —suspiró Mabel.

—¿A la defensiva, yo?

—Si salieras con alguien, ¿me lo dirías?

El cambio fue brutal. El color rojo encendido en el rostro, el fuego en los ojos, el temblor en el labio

inferior, el arrebato furioso del cuerpo sacudido por una descarga emocional.

—¡No salgo con nadie, y punto! —le gritó.

Mabel tragó saliva. Todos sus argumentos se fueron por el desagüe de su valor. No podía hacer o decir nada más. Bajó la cabeza y salió de la habitación dejándola sola.

Dio cinco pasos, se detuvo, cerró la puerta de su cuarto haciendo ruido y regresó.

A través de la puerta de la habitación de su madre escuchó su quedo gemido. Lloraba en silencio.

TREINTA Y SIETE

¿Y si eran imaginaciones tuyas?

No, no podía ser. Le había dicho con toda claridad a su padre que estaba de acuerdo en que fuera feliz. Le había insinuado...

La reacción, incluido el abrazo final, abría una gran sima llena de interrogantes.

Algo extraño estaba sucediendo.

Incontrolable.

Cogió el móvil, buscó el número de Mabel y lo contempló en la pantallita por espacio de unos segundos. Bastaba con apretar el pequeño rectángulo negro para que la llamada fuera efectiva. Tan sencillo. Dos mundos conectados en un abrir y cerrar de ojos.

Lo malo era que ella pensara otra cosa.

Cristian cerró los ojos.

—No seas idiota —se dijo.

Hizo la llamada.

Creyó que Mabel no iba a cogerlo cuando el zumbido llegó al quinto tono, pero de pronto se abrió la línea y su voz entró en tropel, igual que si llegara a la carrera.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Oh, perdona, acabo de llegar del instituto, he dejado las cosas en mi cuarto y no lo llevaba encima... ¿Qué hay?

—No estoy muy seguro, pero... —Le costó decirlo—. Me parece que está pasando algo.

Un enigmático silencio se expandió entre ellos antes de que Mabel volviera a hablar.

—Pienso lo mismo —dijo.

—¿Ah, sí?

—Anoche hablé con mi madre y la noté... Bueno, como que estaba hecha polvo. Primero me pareció feliz, probándose vestidos; pero acabó llorando encerrada en su cuarto.

—¿Qué le dijiste?

—Hablamos en general, de recuperar su vida, y acabó gritando que no salía con nadie.

—¿Tú qué crees?

—Dices que te parece que sucede algo. ¿Qué le pasa a tu padre?

—No es tan evidente como lo de tu madre, pero está triste. Yo también le sondeé, se lo puse fácil para que me dijera que tenía una relación. Y no hubo forma.

Que si primero estaba yo, que si... Tuve un mal presentimiento.

—Es como si se hubieran peleado.

—¿Cómo se van a pelear si han pasado un fin de semana de esos que en las novelas baratas llaman «tórridos»?

—Aparte de lo que hicieran, un fin de semana juntos da para hablar, y mucho.

—¿Crees que se plantearon la idea de casarse o...?

—Es posible —dijo Mabel.

—Entonces lo que sucede es que estamos en medio —manifestó Cristian—. Tiene sentido. Tienen miedo de hacernos daño. Tratan de protegernos.

—Esto me da muy mal rollo.

—¿Ya no tienes miedo de que se casen o vivan juntos y tengas que instalarte en el cuarto de los trastos? —intentó bromear él.

—Después de verlos como los vimos... No, ya no. Dejaron que sus últimas palabras los envolvieran. Volvieron a sentirse unidos.

—Tenemos que averiguar qué les ha pasado, para estar seguros —dijo Cristian.

—¿Nos vemos?

—Sí.

—¿Esta tarde, a las siete?

—¿Dónde?

—En el Bocatta's de L'Illa.

—De acuerdo.

—Gracias por llamarme.

—No seas tonta.

TREINTA Y OCHO

Al colgar sostuvo el móvil con la mano derecha y se miró en el espejo de su habitación.

La imagen que vio reflejada era la de una chica relativamente atractiva, con carácter, mirada firme y atrapada en un momento único y decisivo de su vida.

Lo que decidiera su madre en aquellos días les afectaría quizá para siempre. A las dos.

Recordó las palabras de Cristian: «¿Ya no te asusta que se casen o vivan juntos y tengas que instalarte en el cuarto de los trastos?».

Todo aquello, ir a verle a él, contárselo, seguirlos, lo había desatado su miedo.

Y ahora era lo menos importante.

«Su» miedo no contaba más que la felicidad de su madre.

También ella estaba cambiando. Le había dado la patada a Andrés.

Logró sonreírle a su otro yo reflejado en el espejo.

Entonces recordó algo y marcó el número de teléfono de Leona.

—¡Eh, trasto, ya era hora! ¡No sabía si llamarte!
—la atropelló la voz de su amiga.

—He estado liada.

—Ya, ya. Venga, suéltalo.

¿Por dónde empezaba?

—He roto con Andrés.

—¿Sí? —La imaginó agarrada al móvil como si fuera un salvavidas—. ¡Tía! ¿En serio?

—No funcionaba.

—Tampoco le has dado muchas oportunidades.

—¿Tú de qué lado estás?

—Del tuyo, del tuyo.

—Pues vale.

—Pero ni siquiera lo habéis hecho.

—Tú qué sabes.

—Me lo habrías dicho. Y ya sabes, yo pienso que sin probarlo...

—Leona, probarlo se hace con un mínimo de seguridad, no a lo bestia y para ver qué pasa, o por creer que todo el mundo lo hace menos tú. Mira lo que te sucedió a ti.

—La cagué, pero eso no significa...

—Si vas a darme el sermón, cuelgo.

—Te estás volviendo romántica. Lo de tu madre te está afectando.

—¿Y qué, si es así?

—No me digas que no es casual que rompas ahora que estás con todo este marrón. Y encima, con tu «hermanito».

—Vete a la mierda.

—Tía, que susceptible estás. ¿Vas a volver a verle?

—Esta tarde, para hablar de lo nuestro.

—¿Os reunís en persona?

—Sí, claro.

—¿No podéis hablarlo por teléfono?

—Oye, que no es una cita. Tenemos problemas. Algo les ha sucedido a nuestros padres.

—¿Qué me dices?

—Mi madre anoche se echó a llorar a solas en su cuarto y el padre de Cristian echó balones fuera cuando él trató de sonsacarle. Nos da mala espina.

—¿O sea que queréis que sigan juntos? —alucino Leona.

—Queremos que sean felices por sí mismos, sin meternos en sus líos.

—¡Huy! —Su voz tuvo un tono de desaliento.

—Creo que nos están usando como excusa. Tal vez tengan miedo, o puede que el miedo sea por nosotros. Pero desde luego ha pasado algo y tenemos que averiguar qué es.

—Te acabarás enrollando con él.

—¡Leona!

—Te dije que era mono, y parece complementario contigo —argumentó sin hacerle caso—. ¿A que tenéis buen rollo?

—O sea que si nuestros padres se lían definitivamente y vivimos juntos... doble pareja. ¡Y me llamas romántica a mí!

—Lo peor sería que ellos rompieran y vosotros siguierais.

—¡No seas peliculera!

—Tía, estás histérica. ¿No se puede bromear o qué?

—Tú no bromeas: las sueltas.

—Yo solo te digo que tu Cristian es muy mono.

—¡No es «mi» Cristian!

—Hala, bestia, qué gritos. ¿Quieres que te acompañe esta tarde?

—No.

—Para ayudar, en serio.

—Esto es cosa nuestra, gracias.

—¿Me llamarás?

—Si es para oírte decir paridas, no.

—Lo dicho: de un susceptible que te cagas.

—Calla, incordio. Chao.

—Señor, a veces pienso en lo tranquila que estoy ahora sin novio, mira tú.

Hubiera querido ahogarla.

Pero era su amiga.

La única.

TREINTA Y NUEVE

Se lo dijo nada más encontrarse con él:

—No tengo mucho rato. He quedado con Mabel a las siete.

Segis acusó el impacto de la noticia como un payaso. Se llevó una mano al pecho, a la altura del corazón, y la otra al rostro, con el dorso apoyado en la frente. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, sabía que llegaría el día en que me dejarías por una chica. Todos los amigos acaban igual: separados por culpa de ellas.

No le hizo gracia.

—No seas burro, tío.

Segis recuperó la compostura.

—Cuenta, cuenta.

—No es una cita. Tenemos problemas.

—Los problemas entre un chico y una chica suelen ser...

—¡Segis, va! —rezongó con fastidio—. Se trata de nuestros padres.

—Huy, huy, huy.

Le hizo un breve resumen. Muy rápido. La actitud del suyo, la de la madre de Mabel, el imprevisto proceder después del supuesto fin de semana romántico... Los detalles de lo visto el viernes ya los conocía. Lo último, no.

Tampoco le había contado lo de Eva el domingo por la tarde.

No sabía si hacerlo.

—Hagas lo que hagas, lo tienes complicado —repuso Segis—. Si se lían la manta a la cabeza y tiran para adelante, tu vida cambia. Si tu padre le echa el freno, lo pasará mal, puede que ya ni tenga ganas de intentarlo de nuevo y entonces estará hecho una mierda, y de rebote tú.

—No te olvides de Mabel.

—Los dos.

—Primero era ella la que lo pasaba mal. Por eso vino a verme y me lo contó. Pero ahora yo tengo un nudo en la boca del estómago que no veas.

—Mabel te cae bien, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Algo es algo, ¿no?

—La verdad es que hemos hablado mucho las dos veces que nos hemos visto. —Recordar que exactamente eran eso, dos veces, le hizo darse cuenta de la

dimensión de su amistad y sus sentimientos—. Tiene las ideas claras y... Bueno, es una tía muy lúcida.

Segis frunció el ceño.

—Espera, espera, ¿dos veces? ¿No la viste la primera vez en la discoteca, la segunda el viernes por la noche y la tercera el domingo por la tarde?

—No, el domingo por la tarde fui al cine con Eva.

A su amigo casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Serás... cabronazo! ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Te lo digo ahora.

—¿Te atreviste a pedirle a Eva una cita?

—Sí.

—¿Estabas borracho, o desesperado, o...?

—Mabel me animó.

Otro impacto. Segis ya no entendía nada.

—Vayamos por partes. —Extendió las manos por delante de sí mismo como para pedir calma—. ¿Mabel te ayudó a superar tu pánico?

—Sí.

—¿Eva accedió a salir contigo?

—Sí.

—¿En plan favor o en plan «no tengo nada que hacer y para estar en casa...»?

—Estuvo encantada de que se lo pidiera.

—¿Qué pasó?

—Es una chica estupenda. Nos hemos hecho muy amigos.

—¿Amigos? ¡Tú perdías el culo por ella!

—«Cuidado con lo que deseas, porque puedes conseguirlo», ¿recuerdas?

—¿Solo visteis la peli?

—Y hablamos. Fue... no sé, como quitarme un peso de encima. Es de lo más normal.

—¡Está buenísima!

—Puede que demasiado para mí, o puede que se me cayera la venda de los ojos. Llevo tantos años soñando con ella que quizá la prefiera como amiga antes que como una utopía que me lo haga pasar mal.

—Oye, ¿te has hecho una ampliación de cerebro, como un ordenador al que le añades más capacidad?

—No —sonrió.

—Creo que esta Mabel ejerce una rara influencia sobre ti.

—Yo también lo creo.

—¿Te estás colgando de ella?

—Lo que nos pasa es demasiado fuerte para pensar en eso.

—¡Si vuestros padres se casan o se van a vivir juntos, seréis algo así como hermanos, y si cortan, lo chungo sería que os siguierais viendo!

Las palabras de Segis sonaban a *déjà vu*. Eran las mismas que aleteaban por su mente.

Y todo en apenas nueve días.

Dos veces, más algunas llamadas.

Increíble.

—Desde la muerte de mi madre, esto es lo más importante que le ha pasado a mi vida —confió a su amigo—. Y en los dos casos el principal protagonista ha sido mi padre. En estos días pienso que nos estamos jugando el futuro. Mabel y yo hemos de estar unidos,

para lo bueno y lo malo, eso es todo. Lo que pasa es que los sentimientos de mi padre y su madre son tan fuertes que nos han dado de lleno a nosotros. Lo único que tengo ahora son dudas.

—No me extraña. Esto es una empanada mental.

—No sé la madre de Mabel, pero creo que papá se merece una segunda oportunidad de ser feliz.

—¿Y por qué piensas que puede fastidiarla?

—Por mí, Segis. Por mí. Eso es lo malo. Él por mí y la madre de Mabel por ella. A los dos se les ha puesto delante un árbol tan gordo que no les deja ver el bosque que hay detrás. Puede que lo único que los separe de la felicidad o la desdicha seamos nosotros.

—Demasiado.

—Tú lo has dicho: demasiado. Por eso nos vemos a las siete, ¿de acuerdo?

Por una vez, Segis no dijo ninguna gansada.

QUINTA PARTE
CONFIRMACIONES

CUARENTA

Mabel llegó diez minutos tarde y a la carrera, jadeando y sudorosa. Lo primero que hizo al detenerse ante él fue presentar su justificación:

—¡La maldita moto! ¡Ha vuelto a dejarme colgada!

Se dieron dos besos una vez más y Cristian esperó a que su respiración se acompasara. Lo hizo rápido, venciendo ante todo el mal humor por la trastada de su transporte urbano. Una vez recuperada, ni uno ni otra hizo ademán de querer entrar en el Bocatta's. Solo era un punto de encuentro. Uno de los dos dio el primer paso y echaron a andar sin rumbo fijo por el interior de L'Illa Diagonal.

—¿Alguna novedad? —preguntó Mabel.

—No.

—Cuéntame exactamente lo que dijo tu padre.

Se lo contó con detalle, sin obviar ni ocultarle nada. Cuando concluyó, le tocó el turno a ella. La parte final, el hecho de que Malu rompiera a llorar tras la puerta de su habitación, en la más completa soledad, le impactó profundamente.

—¿Tu madre llora a menudo?

—Lloraba —asintió Mabel—. En estos últimos dos años la cosa se había estabilizado. Lo del otro día fue simplemente... demoledor. Me dejó hecha polvo.

—Es la prueba de que algo les pasa. Más aún de lo que vi en mi padre. Él siempre se hace el duro.

—Con lo que tuvo que pasar al morir tu madre no me extraña. Nunca me has dicho si fue un final rápido.

—No, no fue rápido.

—Dios... —suspiró.

—Mi padre a veces es una roca, y otras...

Se detuvieron en un escaparate. Vendía juegos para niños, así que fue algo maquinal. Miraron sin ver el sinfín de artículos expuestos tras el cristal. Un par de madres cargando retoños hacían denodados esfuerzos para arrancarlos de aquel peligroso influjo. Cristian contempló la imagen y la silueta de su compañera reflejada en el cristal.

Eva era una diosa; Mabel, una chica terrenal.

Próxima.

Penetró en sus ojos, sus labios. Aspiró el perfume que le llegaba a través de la cercanía. Y no es que ella usara algo fuerte. Más bien era su propio olor, a limpio, a vida, a libertad.

Mabel también le miró.

Con la misma intensidad.

Ella pensó en Leona.

Cristian en Segis.

Se apartaron del cristal y reanudaron la marcha.

—Recapitulemos, ¿vale? —propuso Mabel, casi siempre más entera y centrada que él—. Si no los hubiéramos visto el viernes, todo esto no tendría sentido. Pero los vimos con nuestros propios ojos. El encuentro, lo del coche aparcado antes de la cena, las manitas en el restaurante, sus caras de bobos, sus mentiras al hablar con nosotros por teléfono y luego la traca final: el desembarco en casa de tu abuela para pasar el fin de semana juntos. Los vimos y estaban en el séptimo cielo, en el paraíso de los enamorados. Y luego resulta que el lunes...

—Intentamos tirar de la manta, que se suelten, y lo que hacen no solo es plegar velas, sino dar la impresión de que es el fin.

Se miraron el uno al otro, desconcertados.

—No tiene sentido —dijo Mabel.

—Yo creo que sí, y en el fondo tú también —habló despacio Cristian—. Vamos a descartar una pelea. Eso sería absurdo y no me cuadra en ninguno de los dos. Yo no sé lo que hacen las parejas, no voy por ahí fijándome en ellas, pero tu madre y mi padre, en el coche... —Soltó un resoplido sin necesidad de volver a detallarlo—. Eso fue suficiente, y tal y como subieron a casa de mi abuela, más. La única razón lógica para que se lo estén cuestionando, planteando o lo que sea que les dé por hacer, es que les da miedo seguir.

—Yo creo que ya lo han dejado.

—Yo no. El fin de semana tuvo que pasar algo, y algo importante. Algo que los enfrentó a todo.

—Seguir o dejarlo.

—Tal vez él, o tal vez ella, hablaron de... compromiso.

Mabel calibró la delicada carga de profundidad oculta en las palabras de su compañero.

—Tú misma lo dijiste cuando hablamos por teléfono —le recordó Cristian.

—No, eso lo comentaste tú. Yo solo te dije que era posible.

—Da lo mismo. Estamos en la misma onda. Para ellos dos, nosotros somos lo primero.

—Crean que cuando nos lo digan vamos a saltar, a juzgarlos mal o a explotar y sentirnos fatal, traicionados... ¡No es justo que se escuden en nosotros!

—Yo ayer le alenté.

—Y yo a mi madre.

—Entonces es que no quieren oír.

—O no nos creyeron.

Un extraño desaliento abatió sobre sus cabezas una especie de fina y gélida lluvia. Les empapó el ánimo.

—Tú también crees que se quieren, ¿verdad? —preguntó Mabel.

La respuesta no tuvo vacilación alguna.

—Sí.

—Pero quererse... quererse, me explico.

—Lo he estado pensando mucho y desde luego no veo otra respuesta posible: se quieren, y mucho.

—Mi madre en estos días parecía una niña.

—Y él volvía a vivir.

—No quiero llegar a mayor, verla sola y pensar que todo fue por mi culpa.

—¿Es que no sería nuestra culpa, sino la suya, por ciegos y sordos, por no confiar en nosotros!

—Cristian, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Les decimos «mirad, lo sabemos todo, os seguimos»? Menudo palo.

—Pues es lo que hicimos, y han de entender que estábamos preocupados.

—Tú viniste a verme porque también tenías miedo. Todo eso del piso, tu habitación...

—Vale, soy una egoísta. —Se puso de morros.

—No, eres de lo más normal. Todo lo que hiciste tú y lo que hemos hecho después los dos tiene su lógica. Lo importante es lo que hemos descubierto y cómo nos lo hemos tomado.

—La pareja estupenda.

—Vamos, Mabel, no te castigues tú ahora la moral.

—Vuelvo a repetirte la pregunta: ¿qué hacemos?

Cristian lo meditó unos segundos. Ni siquiera él lo dijo muy convencido.

—Esperar.

—¿A qué?

—Vamos a ver qué hacen en los próximos días.

—¿Qué van a hacer? Pasarlo mal, comerse el coco y acabar tocando fondo.

—No sé dónde leí que el amor que se vive en la madurez es tan o más fuerte que el de la juventud

—reflexionó él—. Algunas personas, sobre todo las que lo han tenido crudo por un divorcio o una muerte, lo entienden como el último tren de sus vidas. Se aferran a él con... con todo.

—Ellos sí estaban aferrados con todo, el uno al otro. —Mabel suspiró deteniéndose de pronto frente a uno de los bares de la parte baja del complejo comercial—. Estoy agotada, ¿nos sentamos?

CUARENTA Y UNO

Ocuparon una de las mesas más alejadas de la zona de paseo. Había mucha gente, sobre todo madres con niños, abuelos con nietos y parejas. Una vez sentados atendieron a la camarera que les abordó de inmediato. Mabel le pidió un chocolate. Cristian una limonada.

—¿Nunca tomas alcohol? —preguntó ella.

—No, no me gusta. Soy raro.

—Yo no lo veo raro. También dicen que lo soy yo porque no fumo, pero es que me parece una gilipollez jorobarme el cuerpo y arruinarme mientras unos capullos que nos envenenan se hacen ricos.

—Vale.

—¿De qué te ríes?

—Es que pienso lo mismo.

—Ah.

Tuvo que apartar la voz de Leona en su cabeza.
Pero fue sincera al decir:
—Quiero que sepas que lo mejor de todo esto ha sido conocerte.
—Gracias.
Cristian hizo lo propio con la voz de Segis en su cerebro.
—Eres un buen tío —asintió ella.
—Oh, no —hizo una mueca de dolor.
—¿Qué pasa?
—Sé que es un halago, pero toda la vida me ha cargado ser «el buen tío». Suena a... no sé, *tontolculo* o algo así. Vosotras preferís justo lo contrario.
—Te aseguro que no.
—¿Tienes experiencia?
Era una pregunta inocente, pero se dio cuenta de su maldad nada más terminar de formularla.
Mabel no rehuyó la sinceridad.
—No sé si es experiencia o no, pero la he cagado un par de veces. ¿Tú no?
—No.
—¿Nunca?
—Supongo que me faltaba alguien como tú haciendo de Pepito Grillo.
—¿Y en poco más de una semana qué he hecho yo?
—Invité a Eva.
Mabel abrió los ojos. Su sorpresa fue mayúscula.
—¿Ah, sí?
—Fuimos al cine el domingo por la tarde. Se lo pedí y... aceptó.

—Bien, ¿no?
—Sí.
—No te veo muy convencido.
—Estuvo bien, fue... perfecto. Y me quité un peso de encima. La chica imposible se convirtió por arte de magia en una persona asequible, franca, abierta. Alguien con quien hablar.
—Suena poco romántico.
—Lo sé. —Se mostró comedidamente sereno.
—No parece que estés hablando de tu sueño, sino más bien de una amiga.
—Fue la sensación que tuve. —Sonrió—. Tantos años fantaseando para descubrir que lo que tenía al lado era esa persona especial de la que me hablaste el otro día.
—Los sentimientos de un chico ha de compartirlos una chica, y viceversa. Solo así se entiende mucho de lo que nos pasa.
—¿Quién es tu amigo?
—No lo tengo. Y Leona está insoportable.
—Lo mismo que Segis.
Se echaron a reír y en ese instante apareció la camarera con los pedidos. Les dejó la cuenta encima de la mesa y se fue. Mabel tomó su taza de chocolate. Quemaba. Cristian, en cambio, sorbió su limonada de inmediato, con sed. En una mesa próxima una niña los miraba absorta. Mabel le guiñó un ojo. La niña le sacó la lengua.
La pelea gestual duró veinte segundos, hasta que la madre se dio cuenta y la hizo sentar.

—¿No te da pena haber dejado de soñar con Eva?

—No, ahora puedo hablar con ella siempre que me apetezca.

—Tal vez estéis predestinados en el futuro. Los rollos de ahora suelen acabar mal.

—No hay reglas fijas. Mis abuelos se conocieron cuando tenían trece años y siguen juntos. Y mi abuela muerta, la del piso, se casó a los diecisiete.

La niña volvía a mirarlos.

Esta vez Mabel no le dio cuerda. Bebió un poquito de su chocolate haciendo esfuerzos para no quemarse. Cuando hundió de nuevo sus ojos en él, en su semblante flotaba un halo de paz.

Se sentía tranquila.

Y eso era algo que conseguía muy pocas veces.

La sombra apareció entonces.

El punto de amargura inesperado.

—Si ellos no siguen... tú y yo no volveremos a vernos, ¿verdad?

Cristian no supo qué decir ni cómo reaccionar. Sus mentes daban la impresión de funcionar parejas, de seguir un mismo rumbo. A veces se cruzaban y exteriorizaban sus pensamientos en voz alta.

Este era uno de esos momentos.

—¿Por qué? ¿Porque no podríamos o porque no deberíamos?

—No tendría mucho sentido.

Cada pausa, sazonada con la correspondiente mirada, era un mundo en sí misma.

Y el lenguaje de sus ojos no necesitaba diccionarios.

—Nos caemos bien —dijo Cristian.

—Sí. —La dulzura invadió el semblante de Mabel. Dulzura y serenidad.

—Eres la primera chica que duerme en mi cama.

—Oh.

No le dijo que en apenas unos días había cambiado de forma alucinante, hasta el punto de hablarle así, sin sonrojos, hasta el punto de haber invitado a Eva, hasta el punto de sentirse cómodo y seguro por primera vez en la vida hablando con una chica.

Ella.

La niña les hizo una seña para que siguieran jugando con ella. Esta vez no le hicieron caso.

CUARENTA Y DOS

Habían conseguido dejar de hablar de sus padres y su problema, alejándose de las divagaciones y nuevas vueltas de tuerca. Llevaban casi una hora comportándose como cualquier chico y cualquier chica que acababan de conocerse, compartiendo momentos, sueños, esperanzas, gustos. Hablaron de películas, actores y actrices favoritas, libros y escritores preferidos, ciudades, cantantes, discos e ideas. Por cada concordancia, por cada punto en común, surgían dos que estaban en las antípodas. Eso les hacía sentirse flexibles. Sus cuerpos y sus mentes eran dos muelles contrayéndose y expandiéndose a la vez.

Caminaban despacio, pero ya estaban cerca de la casa de Mabel.

Iban a dar las nueve de la noche.

—¿Qué vas a hacer sin moto?

—Está un poco escacharrada. Se la compré de segunda mano a una amiga y me temo que no dé para mucho más. La llevaré al taller y cruzaré los dedos.

—¿Tu padre...?

—No somos ricos, Cristian. El divorcio acabó con todos los ahorros, que tampoco eran muchos, y eso que no terminó en una pelea a gritos en los tribunales. Mamá entendió que era una batalla perdida y quiso comportarse con dignidad. Nada de venganzas ni guerras. Nada de poner a parir a mi padre por tal o cual. Cada uno asumió sus culpas y punto. Mi padre ahora nos pasa una pensión y tiene el gasto de su casa, sin olvidar que espera un hijo. La vaca no da para tanto. Tendré que ahorrar para comprarme otra moto, aunque sea de segunda mano.

—Yo tengo una cuenta con el dinero que me dejó mi abuela.

—Va, calla.

La obedeció. No sabía por qué se lo había dicho.

Aún resonaban en su cabeza las palabras pronunciadas en la bocadillería: «Si ellos no siguen, tú y yo no volveremos a vernos, ¿verdad?»; «No tendría mucho sentido»; «Nos caemos bien»...

Los fantasmas regresaron a sus mentes.

Y les robaron la paz.

De la chica loca y nerviosa de la primera noche, quedaba poco.

Del chico inseguro y tímido del comienzo, quedaba poco.

Ser conscientes de eso les impresionaba.

Un paso, otro, detenerse en el semáforo, esperar, volver a avanzar, la siguiente acera, miradas perdidas, palabras fugaces, distancias físicas y mentales que se iban haciendo más y más cortas.

El mundo se agitaba a su alrededor.

Alcanzaron la última esquina.

Entonces Mabel se detuvo.

—Si no hubiéramos sabido nada de lo suyo...

—Las cosas no pasan porque sí.

—¿Crees en el destino?

—Absolutamente.

—¿Y el azar?

—Es el componente básico del destino.

—Eres un filósofo, lo que faltaba —dijo Mabel.

—¿Y tú una escéptica?

—No, no. Solo he creído siempre que era de esas personas que tiene los pies firmemente asentados sobre la tierra.

—Realista.

—Sí.

—A mí me gusta soñar.

—¿No es desilusionante?

—No. Soñar alimenta el espíritu. Sin sueños estamos condenados a la normalidad, y la normalidad asusta.

—Chico, apabullas.

—Y tú impresionas, así que estamos en paz.

Sonrieron y dejaron que sus sentidos hablaran por ellos.

Luego Mabel miró la puerta de su casa, a un minuto de allí y a un millón de pasos de ninguna parte.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a Cristian.

—¿Hablarles?

Ella hizo una mueca de desagrado.

—¿Tú a tu padre y yo a mi madre, por separado?

No lo sé.

—Vamos a esperar a ver qué pasa este fin de semana —propuso Cristian.

—De acuerdo.

—Y desde luego, habrá que estar pendientes de ellos.

—No les vamos a quitar el ojo de encima.

—Bien.

—Me siento una completa conspiradora.

—Tú lo dijiste: la de cosas que hemos de hacer por los padres.

—Si supieran...

—¿Sabes lo más curioso?

—¿Qué?

—Pienso que si mi padre te conociera, te adoraría. Siempre quiso tener una hija, por lo de la parejita y tal.

—Lo mismo digo. Eres la clase de chico que le gustaría a mi madre, tan correcto y educado...

—Como repitas lo de que soy un buen chico te mato.

—No, hombre, no.

—Vale.

—Oye, que ser malo es fácil. Basta con actuar como un capullo.

—Iré a clase.
La última risa.
Aceptaron lo inevitable.
—Tengo que irme —se rindió Mabel.
—Vale.
Primero fueron los dos besos.
Después el abrazo.
Íntimo, sentido.
Un abrazo en la tormenta ante la incertidumbre.
Ya no dijeron nada, se separaron y Mabel echó a
andar rumbo a su casa.

CUARENTA Y TRES

Cristian la vio marchar. Y entonces lo supo.
Le gustaba.
Le gustaba porque era única, diferente, especial.
Quizá lo hubiera sabido desde el primer momento,
desde que la vio en la discoteca con su pequeño vesti-
do y su hechizo. Quizá la noche del viernes, en su
papel de espías. Quizá cuando se quedó dormida en
su cama y se le detuvo el corazón.
¿Qué más daba?
El abrazo había partido de ambos, al unísono.
Un abrazo desnudo.
El problema ya no eran sus padres. El problema
eran ellos.
Pero para enfrentarse al suyo, primero tenían que
solucionar el de sus mayores.

—Papá... —susurró abatido.

Mabel llegó a su portal. Al abrirlo pareció mirar de soslayo en su dirección, para ver si todavía seguía allí, pero no movió la cabeza.

Desapareció de su vista.

De su mundo.

Cristian se dio cuenta de que estaba paralizado.

La sorpresa acababa de estallar en su interior.

No supo si reír y echar a correr por sentir lo que sentía o si llorar y fundirse por la misma razón.

No hizo ni una cosa ni la otra.

Como un autómatas, dio media vuelta y empezó el largo camino de regreso a casa.

CUARENTA Y CUATRO

Mabel sintió lo ojos de Cristian hundidos en su espalda. Y entonces lo supo.

Le gustaba.

Le gustaba porque era auténtico, distinto, un ángel.

Quizá lo hubiera sabido desde el primer momento, desde que le vio por primera vez y le siguió hasta la discoteca, tan diferente a todos, y en especial a Andrés. Quizá la noche del viernes, en su papel de espías. Quizá cuando despertó en su cama, se levantó y se lo encontró adormilado en la sala.

¿Qué más daba?

El abrazo había partido de ambos, al unísono.

Un abrazo desnudo.

El problema ya no eran sus padres. El problema eran ellos.

Pero para enfrentarse al suyo, primero tenían que solucionar el de sus mayores.

—Mamá... —susurró abatida.

Llegó al portal de su casa y mientras introducía la llave en la cerradura miró de soslayo en su dirección.

Cristian seguía allí.

El corazón le latió todavía más rápido.

Su imagen era tan solitaria...

No volvió la cabeza, abrió la puerta y se metió dentro, asustada de sus propios sentimientos.

Una vez dentro, se apoyó en la pared, temblando.

La sorpresa acababa de estallar en su interior.

No supo si reír y subir las escaleras corriendo por sentir lo que sentía o si llorar y fundirse por la misma razón.

No hizo ni una cosa ni la otra.

Como una autómatas, por inercia, inició el largo camino de regreso a casa.

CUARENTA Y CINCO

Nada en veinticuatro horas. Absoluta calma.

Claro que no veía a su padre durante el día, en su trabajo, y en este caso podía suceder cualquier cosa. Pero en casa...

Cristian se movía con pies de plomo, cuidaba sus actos pero más sus palabras, y, por supuesto, estaba pendiente de él, de lo que hacía, del teléfono, de los cambios pequeños a los que antes no prestaba atención, la ropa que se ponía o si descuidaba su aspecto.

De lo único que estaba seguro era de la tristeza que envolvía a su progenitor.

Los ojos eran como un libro abierto.

Las arrugas del rostro aparecían más hundidas.

Se hacía el fuerte, pero caminaba por un alambre muy delgado haciendo equilibrios.

¿Cuánto tardaría en caer?

Mientras cenaban, Cristian se sintió agotado.

Abrió la boca un par de veces y volvió a cerrarla sin proferir sonido alguno. Por suerte, Santiago ni se dio cuenta. El televisor daba imágenes de todos los desastres naturales habidos y por haber en el planeta. Inundaciones en la India, un terremoto en el cono sur de América, una ola de calor en Rusia, incendios en California, una ola de frío en Asia...

De pronto, por la pantalla salieron unos niños africanos desnutridos, esqueléticos, aunque con las barrigas hinchadas, ojos demudados y decenas de moscas revoloteando por sus caras. Sus madres no estaban mejor. La imagen era aterradora. Las palabras del locutor, la crónica de una muerte anunciada.

Cristian hizo ademán de ir a coger el mando.

—No, déjalo —dijo Santiago.

El televisor siempre podía apagarse. La vida no.

La crónica de la hambruna duró diez segundos más. Diez siglos. Luego reapareció la presentadora, tal cual, guapa, impasible, y continuó el relato de cuanto había sucedido a lo largo de la jornada.

Fue su padre el que, ahora sí, tomó el mando y le quitó el volumen al televisor.

—He pensado algo —dijo.

Cristian bebió agua para no atragantarse.

—Me parece que últimamente estoy trabajando demasiado —continuó—. ¿Y sabes qué te digo? Que no puede ser. He decidido tomármelo con más calma. No quiero que me dé un infarto a los cincuenta.

—¿Y cómo vas a tomártelo con más calma?

—El trabajo siempre será el mismo. Lo que importa es la forma en que te lo tomes, ¿entiendes, hijo? No por hacer más horas rindes más. Pero para que uno se dé cuenta de eso, primero ha de caer en la trampa. —Le miró fijamente y agregó—: Lo primero que he decidido es no ir más de convenciones. ¡Ah, no! Eso se acabó. Los fines de semana serán para nosotros. ¿Cuánto hace que no vamos al fútbol?

Cristian estaba pegado a la silla.

—No sé... Un año, puede que más.

—¿Y por qué dejamos de ir? Porque te hacías mayor y preferías estar con tus amigos —se respondió a sí mismo sin dejar de hablar—. Es lógico que sea así, pero es que no nos hemos dado cuenta y resulta que ahora los fines de semana apenas nos vemos.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es, y es culpa mía, no quieras justificarme.

—Yo no...

—Vamos a hacer alguna escapada de fin de semana, tú y yo, juntos.

Además de estar pegado a la silla, se agarró a ella, para no caer.

—¿Escapadas de fin de semana? —balbuceó horrorizado.

—En plan colegas. —Santiago hizo una mueca orgullosa—. A la montaña, a la playa, coger el coche y plantarnos en cualquier parte, de *weekend* a Londres, a París...

¡Iba a cumplir diecisiete años.

La palabra «colegas» le provocó un sudor frío.
El horror se convirtió en pánico.
No se imaginaba ir con su padre «de excursión», en plan «colegas», intentando pasarlo bien porque era lo que tocaba, lo que se suponía que tenía que hacer un hombre viudo con su hijo adolescente.
Y menos se lo imaginaba después de lo sucedido, con una relación amorosa increíble y fracasada súbitamente en lo mejor.
Sería como ir con un cadáver ambulante.
—No sé qué decir...
—¡Lo pasaremos bien, sí señor! —Santiago le dio un golpe en el hombro—. Menos mal que me he dado cuenta a tiempo.
No se había dado cuenta a tiempo.
Se estaba hundiendo y trataba de agarrarse a lo que fuera para mantenerse a flote.
¡Quería a Malu!
—De momento, el domingo iremos al fútbol —proclamó lanzado—. Mañana mismo compraré las entradas. ¿Tienes algún plan?
—Segis...
—El fútbol es a las nueve, tranquilo. Puedes salir con Segis y nos vemos en el campo a menos cuarto. Y también tenéis el sábado para vuestras cosas. ¿Quieres que le saque una entrada también a él?
—No, no.
—No se hable más. —Se levantó de la mesa lleno de una renovada energía—. ¿Vamos a ver la tele o tienes que trabajar en tu cuarto?

CUARENTA Y SEIS

La noche anterior, al llegar a casa después de hablar con Cristian y a la hora de acostarse, la había oído llorar por segunda vez, a solas en su habitación y tratando de no quebrar el silencio para que ella no se enterase.

Desaparecían las últimas dudas.

Mabel había sido testigo a lo largo del día del hundimiento gradual de su madre. Primero por la mañana, como si no hubiera podido conciliar el sueño, después durante la comida. No tenía apetito, la depresión introducía significativos cambios en su desarreglado aspecto: palidez, ojeras, los labios convertidos en dos líneas sin vida.

Los mismos ojos rebosantes de amor y los mismos labios llenos de ansiedad que el viernes daban y recibían la vida ante su mirada y la de Cristian.

Mabel hizo esfuerzos por contenerse, por no preguntar, por dejar que las cosas fluyeran por espacio de unos días, como había convenido con su compañero.

Le costó.

A una hora desacostumbrada, sobre las once de la noche, Malu se despidió.

—Me voy a dormir, estoy cansada.

—Sí, tienes mal aspecto.

—Algo no me habrá sentado bien.

—Hasta mañana, mamá.

—¿Tardarás mucho?

—No, yo también voy a acostarme temprano.

—Más te vale.

—¿Qué pasa?

—Tú tampoco estás muy animada que digamos.

—Pues yo estoy bien.

—¿Te ha venido el período?

—¡Que no, mamá!

—Vale, perdona.

La vio desaparecer de su vista y luego la oyó en el cuarto de baño, lavándose los dientes. En cinco minutos cerraba la puerta de su habitación.

Mabel intentó rebajar su propia tensión.

Lo cierto es que sí, que estaba cansada. Mejor dormía y recuperaba fuerzas. Algo le decía que iba a necesitarlas.

Fue al baño, se lavó los dientes y la cara, caminó hasta su habitación y se puso el pijama, una camiseta vieja pero cómoda y unos pantaloncitos livianos.

¿Le había preguntado por su regla?

Asombroso.

Esa era la prueba concluyente de que tenía el cerebro abotargado.

Mabel se metió en la cama y apagó la luz.

Por lo general, tardaba menos de cinco minutos en dormirse.

Esa noche seguía despierta después de quince.

Era la cuarta o la quinta vez que se daba la vuelta, buscando la postura más favorable, cuando de pronto la puerta de su habitación se abrió unos centímetros. Tenía los ojos cerrados, pero el leve cambio de tonalidad hizo que los abriera un poco.

Solo un poco.

Justo para ver cómo su madre metía la cabeza por el hueco para comprobar si estaba dormida.

La puerta volvió a cerrarse.

Mabel contó hasta diez y se incorporó a oscuras.

No entendió qué sucedía. Lo único evidente era que Malu había querido estar segura de que dormía.

¿Para qué?

Saltó de la cama mitad preocupada, mitad asustada y caminó descalza para no hacer ruido. Abrió la puerta con el mayor de los sigilos y se asomó al pasillo. La casa estaba a oscuras, salvo la leve franja horizontal al pie de la puerta de la habitación de su madre, aunque ni siquiera se trataba de un resplandor fuerte: solo la lucecita de su mesita de noche.

Tres pasos, de puntillas.

El oído en la madera.

Y la conversación, apenas audible.

—Claro que le quiero, Bárbara. ¿Cómo no voy a quererle si es la mejor persona que he conocido en estos años? Primero todo parecía un sueño, pero luego... Tan dulce, tan tierno... Hacer el amor con él es como despertar a la vida. He vuelto a sentir cosas que creía olvidadas... o mejor aún, que ni siquiera llegué a sentir con Raúl.

La pausa fue larga. Le tocaba el turno a Bárbara. Su madre hablaba por teléfono.

—No, lo importante no es eso —le rebatió alguna de sus palabras—. Ya no puede serlo, ni podemos ser tan egoístas. No tenemos veinte años. A los veinte te lías la manta a la cabeza y tira millas. A los cuarenta, no. Ahora lo importante son ellos.

Ellos.

Hablaba de Cristian y de ella.

Otra pausa.

—¡Están ahí, son de carne y hueso! ¡Si se tratara de críos pequeños o de dos personas adultas...! ¡Pero son adolescentes! ¿Recuerdas lo que es eso? ¡Adolescentes! —elevó un poco más la voz al decirlo—. Y ese chico, además, perdió a su madre. No podemos...

Una pausa más breve.

—¡No puedo ignorarlo!

El silencio esta vez se prolongó por espacio de diez o quince segundos. Mabel no respiraba. Mantenía el oído pegado a la puerta. Conocía a Bárbara. Debía de estarle soltando una buena filípica a su madre.

—¿Y qué? Sí, lo empezamos los dos. Caímos como dos tontos; fue todo tan... tan rápido. ¡Una locura!

Nunca hubiera creído que yo... —Hablabla atropellada y entrecortadamente, siempre rozando las lágrimas o el desfallecimiento emocional—. ¿Crees que darnos cuenta de la realidad no ha sido difícil? Ni él puede hacerle esto a su hijo ni yo a mi hija. Fíjate que tendríamos que irnos a vivir a su casa, vender esta. Esos son cambios que asustan, Bárbara. No creo que Mabel esté preparada para algo así, por mucho que me dijera el otro día con la mejor de sus intenciones que saliera y todo eso.

Bárbara le hizo una pregunta.

—Pues lo hablamos sin más, el domingo por la tarde, cuando ya nos despedíamos. Salió todo y... Imagínate. Estábamos en el séptimo cielo, felices. ¡Todo el fin de semana! Y de repente...

Otra pregunta rápida por parte de su amiga.

—Todo se nos vino abajo, fue un *shock*. Despertamos de repente. ¿Juntarnos? ¿Casarnos? Resultó un golpe tremendo. Abrimos los ojos a la realidad y las preguntas surgieron en tropel. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién daría el primer paso?

Las palabras de su madre debieron de solaparse con las de Bárbara.

—No es una segunda oportunidad, solo somos dos mitades que ni siquiera... No, Bárbara, no. ¿Te imaginas decirselo a ellos?... ¡Claro que es cobardía, no te lo niego, pero no quiero ser feliz a costa de mi hija! ¡Ella es todo lo que tengo!

Más discusiones.

—¡Ha sido un espejismo, maravilloso, pero ya está!

El desahogo tocaba a su fin.
—Lo sé, estoy hundida... Solo quería hablar contigo... Necesito...
Las lágrimas la vencieron y se vino abajo.
Mabel estuvo tentada de abrir la puerta y colarse dentro.
No lo hizo.
Tampoco se quedó pegada a la puerta. Dio media vuelta y regresó a su habitación.
Sabía que ya no podría dormir.
Necesitaba pensar.
Y rápido.

CUARENTA Y SIETE

La llamada la hizo nada más salir de casa para dirigirse al instituto.

—¿Sí? —escuchó la voz ansiosa de Cristian.

—¿Dónde estás?

—Voy a clase.

—Yo también. Oye: confirmado.

—¿Confirmado el qué?

—Que es por nosotros. Ayer pillé una conversación de mi madre con su amiga Bárbara. Estaba destrozada. Lágrimas, depresión, caída en picado... Cantó de plano. Que si cómo decirnoslo, que si tú perdiste a tu madre, que si yo no lo entendería...

—¡Pero si los animamos a salir y a tener otra vida!

—¿Crees que nos escuchan? Ahora se han vuelto autistas. Por un lado está su amor; por el otro, nosotros,

y en medio, un desierto infranqueable. Se piensan que los animamos por quedar bien, o porque somos progres, o qué se yo. Lo único cierto es que van a fastidiarla y un día se arrepentirán porque ya no les quedará tiempo y se darán cuenta de que han perdido su vida.

—Yo no quiero que mi padre...

—Ni yo. Me parece un sacrificio irracional.

Se les notaba que se movían rápido, que caminaban a buen ritmo. Jadeaban. A través del teléfono, uno y otra escuchaban los ruidos del tráfico.

Cristian logró hacer la pregunta clave.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Vernos esta tarde. Tengo un plan.

Logró sorprenderle.

Por alguna extraña razón, eso le encantó.

—¿Ah, sí? —dijo él.

—Ahora somos cuatro —suspiró Mabel—. ¿Queremos a las siete en el mismo sitio de anteayer?

SEXTA PARTE

FUTUROS

CUARENTA Y OCHO

Cristian señaló el letrero luminoso con la gran «P» blanca sobre el fondo azul. En la parte inferior, en rojo, se leía con claridad la palabra «Libre».

—Ahí tienes un parking —dijo.

Santiago no hizo ademán de dirigirse a él.

—Vamos a dar una vuelta, a ver si encontramos algún sitio por aquí.

—¿A esta hora? Qué ganas de perder el tiempo y gastar gasolina.

—Lo que no sé es por qué me has hecho coger el coche. A pie eran veinte minutos y en taxi cinco.

—¿Y si llueve?

Su padre miró al cielo. Algunas nubes taponaban el destello de las estrellas, pero eran mínimas.

—¿Dónde has oído tú que iba a llover?

—En la tele. Han dicho que había posibilidades. Si llueve, luego no hay quien pille un taxi.

Santiago no le contestó. Dio la vuelta a la manzana mirando a ambos lados. Cristian lanzó una ojeada a su reloj.

Las nueve en punto.

—Ese de ahí delante también está buscando aparcamiento —le hizo notar.

—Vale, pesado.

Volvieron al lugar desde el cual habían divisado el letrero del parking y esta vez puso el intermitente para indicar la maniobra. La entrada era angosta. Pasaron dos personas por delante y luego introdujo el automóvil en el estacionamiento.

Cuando su padre aparcaba era meticuloso.

Las nueve y tres minutos.

—Desde luego, qué cachaza... —se agitó Cristian.

—¿Se puede saber a qué viene tanta prisa? Salir a cenar no es echar una carrera, digo yo. ¿Qué más da cinco minutos? Ni que hubieras reservado mesa.

—Es que la he reservado, papá.

—¿Ah, sí?

—Las cosas hay que hacerlas bien. Si salimos, salimos. Luego resulta que está lleno y acabamos comiendo bocatas o una pizza.

Santiago alzó las cejas. Luego sonrió y le pasó una mano amigable por encima de los hombros.

—Pero lo importante es la salida, hombre. Me encanta que me hayas animado.

—¿Animado? Te he tenido que sacar a rastras.

—Porque estaba cansado.

—Míralo, el que quería ir de excursión y hacer no sé cuántas cosas, en plan «colega» —se burló.

—Trata bien a tu anciano padre.

—Tira, anciano. Es allí.

El restaurante era coqueto, pequeño e íntimo. Lo habían buscado a conciencia. Comida, situación, calidad... Cristian miró arriba y abajo de la calle sin ver a nadie.

Las nueve y cinco.

Cruzaron la calle y se dispusieron a entrar en el local.

CUARENTA Y NUEVE

Las nueve y cinco.

Y el semáforo que se hacía eterno.

—¿Tienes hambre o qué? —le preguntó Malu.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece que tuvieras un cohete en el culo, hija. Y no paras de mirar el reloj.

—Es que la mesa está reservada, mamá. Y los viernes por la noche solo te la mantienen diez o quince minutos.

—¿Has reservado mesa?

—Sí.

—Caray, qué detalle.

—Si salimos lo hacemos bien, ¿no? Una cena de verdad.

—Sí, sí.

El semáforo cambió a verde. Los coches se detuvieron y ellas cruzaron la calzada. Mabel dirigió la vista a su izquierda. El restaurante ya se divisaba desde allí.

—Encima me has hecho ponerme guapa... —protestó Malu—. A mí los tacones me matan.

—Bueno, no es que sea de lujo, pero sí un buen sitio. Me apetecía arreglarme y presumir de madre.

—Ya, gracias.

—¿Cuánto tiempo hacia que no salíamos a tomar algo?

—Siento que estos últimos tiempos haya estado tan...

—No seas tonta. —Se colgó de su brazo—. Si me llegas a decir que no sales, te saco a rastras.

Las nueve y siete.

—¿Es ese?

—Sí —dijo Mabel.

—Parece agradable.

—Es muy íntimo y me han dicho que se come de maravilla.

Enfilaron la recta final. Mabel cruzó los dedos y abrió la puerta para permitir que su madre entrara en el restaurante.

CINCUENTA

La mesa estaba situada al fondo, en un lugar apartado. Santiago se había sentado de espaldas a la puerta y Cristian de cara. Uno miraba el ambiente y el otro la entrada.

El restaurante ya no disponía de ningún hueco libre. Parejas de todas las edades, pero especialmente de entre treinta y cuarenta años, ocupaban las mesas adornadas con flores y velitas. La camarera, una vez sentados, los había dejado tal cual, sin preguntarles qué querían beber ni ofrecerles la carta. La muchacha, una veinteañera avispada, había envuelto a Cristian con una sonrisa conspiradora.

—Vaya, cómo ligas.

El chico no dijo nada, seguía con la vista pendiente de la puerta.

Su corazón empezó a latir aún más cuando las vio entrar.

—¿Qué miras? —preguntó Santiago volviendo la cabeza.

CINCUENTA Y UNO

Mabel fue la que los vio.

Al fondo. En un lugar íntimo y apartado, tal y como se lo habían pedido expresamente a los del restaurante, haciendo hincapié en un detalle esencial: que no los molestaran hasta que ellos hubieran dejado solos a sus padres.

—Es aquella mesa, mamá —le orientó.

—Pero si está ocupada...

Se calló de golpe cuando el hombre que estaba de espaldas se volvió hacia ellas y le reconoció.

Mabel no la dejó detenerse. La empujó con suavidad para que siguiera andando.

CINCUENTA Y DOS

Cristian se levantó y se puso al lado de Mabel. Los dos estaban tensos, pero sus gestos eran firmes. La chica guio a su madre hasta la silla vacía y, prácticamente, la obligó a sentarse.

Malu y Santiago se miraron perplejos.

Sin entender nada.

Por un instante, todo fueron palabras y frases cortadas.

—Pero ¿qué...?

—¿Cómo...?

—¿Vosotros...?

—¿Cuándo...?

Mabel levantó una mano. Fue un gesto para pedir calma y también para extraer de sí misma la serenidad final. Había visualizado la escena una docena de veces

y ensayado lo que tenía que decir. Lo malo era que la realidad imponía.

No tenían ni idea de cuál sería la reacción de sus padres.

—Escuchadnos bien y no habléis, por favor —pidió Cristian.

—Las explicaciones, mañana. Hoy no os hagáis preguntas estúpidas acerca de cómo lo sabíamos y chorradas así —tomó ella el relevo.

Se lanzaron a tumba abierta, en plan ametralladora, turnándose al hablar.

—Mirad, sabemos que os queréis.

—Primero nos asustamos, vale, es lógico. Nos pareció algo... Bueno, ya nos entendéis.

—Luego comprendimos que es vuestra vida y que ya lo habéis pasado bastante mal como para que encima, ahora, tengáis que renunciar a ella.

—Si no queréis seguir, es cosa vuestra, pero no nos metáis a nosotros en medio.

—Exacto: nada de sacrificios.

—Ya somos mayorcitos.

—Y que sepáis que estamos de acuerdo.

—Del todo.

Se permitieron introducir una pequeña pausa tras la andanada inicial. Malu y Santiago estaban todavía conmocionados.

Sin embargo, en los ojos de la madre de Mabel ya titilaba un chispazo de ternura.

Y en los del padre de Cristian una sonrisa oculta.

—Cenad, habladlo y punto —dijo Mabel.

—Nosotros estamos bien —quiso dejar claro Cristian.

—Y nos encantará si seguís adelante.

—Exacto.

—Eso.

—Bueno...

—Pues...

Quisieron echar a correr.

Las últimas fuerzas los abandonaron de golpe y los convirtieron en muñecos de barro listos para fundirse.

—Vale, adiós —plegó velas Mabel.

—Hasta mañana —se despidió Cristian.

Les dieron la espalda y se encaminaron a la salida. Tardaron una eternidad en alcanzarla. Aunque habían hablado con normalidad, sin levantar la voz, algunas de las personas los miraron con curiosidad y sonrieron.

Al llegar a la calle, echaron a correr.

CINCUENTA Y TRES

Debían de llevar unos diez minutos caminando sin ir a ninguna parte, en silencio, envueltos en sus pensamientos, cuando Mabel ya no pudo más y se dejó caer en un banco, bajo una farola.

Cristian la secundó.

Y al mirarse, cómplices, acabaron relajándose.

—Ya está.

—Sí.

—Ahora es cosa suya.

—Y no será porque no se los hayamos puesto a huevo.

La primera andanada fluyó y murió sin rumbo. Ambos tenían la mente en otra parte. Se los imaginaban en el restaurante, tal vez con las manos unidas como en La Venta, o hablando.

Hablando de un futuro que los abarcaba a todos.

Porque por una vez, uno y una no eran dos.

Eran cuatro.

—¿Tú qué crees? —musitó Mabel.

—Pienso que saldrá bien.

—O sea que me tocará dormir en ese minicuarto

—suspiró pesarosa.

—Sí.

—Joder...

—Y no me supliques que te dé el mío porque ni hablar. Voy a ser inmune a tus encantos.

—Tú no me has visto sacar a relucir mis encantos, pequeño.

—Me encantará verlos.

—Prepárate.

Se envolvieron en una sonrisa mutua y se relajaron un poco más.

Viernes noche.

Medio mundo se preparaba para divertirse.

En cambio, ellos...

Ni siquiera habían hecho planes para después.

Después de la encerrona.

—Me siento bien —fue sincero Cristian.

—Y yo —asintió Mabel.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Cenamos?

—Tengo hambre y ganas de bailar, desmelenarme un poco o un mucho.

—Perfecto.

—¿Sí?

—Sí, vamos.

Se levantaron del banco y retomaron la marcha, de momento a la caza de algún lugar donde poder comer algo.

Dieron diez, quince, veinte pasos juntos.

Primero rozaron sus muñecas.

Luego un par de dedos.

Diez, quince, veinte pasos más.

Los muñecas se unieron, como pequeños ganchitos ya inseparables.

En algún momento, no mucho después, lo hicieron sus manos.

agradecimientos

Aunque el guion de esta novela fue iniciado en La Guajira y Bogotá, en Colombia, a comienzos de febrero de 2010, el grueso y la parte final fueron elaborados en Santiago de Chile poco después, entre el 24 de febrero y el 1 de marzo. El día 27 de febrero, a las tres y media de la madrugada, Chile se vio sometido a un terremoto de magnitud 8,8 en la escala de Richter. Fue el octavo sismo más grande de la historia moderna, desplazó el eje de la Tierra unos centímetros y alteró el tiempo.

Este pequeño libro, preparado en medio de aquella tormenta, es para todos los que la vivieron, chilenos y foráneos, en especial los escritores, amigos, colegas y editores de toda América Latina. Gracias de manera muy especial a Pilar y Francisco Tepper, así como a Elsa Aguiar y un

largo etcétera que incluye al personal de la Fundación Santa María, Victoria Fernández, Gemma Lluch, Ramón F. Llorens, Daniel Goldin, Francisco Hinojosa, Montserrat del Amo, Jaime García Padrino, Silvia Castrillón, Juan Villoro, Pedro Cerrillo y muchos más.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: LA NOTICIA

Uno	7
Dos	12
Tres	17
Cuatro	25
Cinco	28
Seis	34
Siete	40
Ocho	43
Nueve	48

SEGUNDA PARTE: LAS REACCIONES

Diez	53
Once	56

Doce	60
Trece	67
Catorce	72
Quince	77
Dieciséis	83
Diecisiete	88
Dieciocho	95

TERCERA PARTE: CONTACTO

Diecinueve	103
Veinte	109
Veintiuno	114
Veintidós	121
Veintitrés	125
Veinticuatro	131
Veinticinco	137
Veintiséis	144
Veintisiete	147
Veintiocho	151
Veintinueve	156
Treinta	158

CUARTA PARTE: MOVIMIENTOS

Treinta y uno	163
Treinta y dos	166

Treinta y tres	170
Treinta y cuatro	175
Treinta y cinco	179
Treinta y seis	184
Treinta y siete	188
Treinta y ocho	191
Treinta y nueve	195

QUINTA PARTE: CONFIRMACIONES

Cuarenta	203
Cuarenta y uno	209
Cuarenta y dos	214
Cuarenta y tres	219
Cuarenta y cuatro	221
Cuarenta y cinco	223
Cuarenta y seis	227
Cuarenta y siete	233

SEXTA PARTE: FUTUROS

Cuarenta y ocho	237
Cuarenta y nueve	240
Cincuenta	242
Cincuenta y uno	244
Cincuenta y dos	245
Cincuenta y tres	248

COLECCIÓN ALBENIA
BIBLIOTECA
CUELEMI

C
Título
Autor
Ubicación

Últimos títulos publicados:

120. **Ciudad de barro**
Deborah Ellis
121. **Ne obliviscaris**
Fernando Alcalá Suárez
122. **Las alas de Leonardo**
Fernando Morillo
123. **Devi, reina de los bandidos**
Christel Mouchard
124. **El fantasma del Señora**
Mar Cole
125. **El Huésped y El Caminante**
Pablo Barrena
126. **Big**
Mireille Geus
127. **El faro de la mujer ausente**
David Fernández Sifres
XI PREMIO ALANDAR
128. **El santuario del pájaro elefante**
Heinz Delam
129. **Ningún lugar seguro**
Deborah Ellis
130. **La feria de la noche eterna**
Joan Manuel Gisbert
131. **Tú y yo somos cuatro**
Jordi Sierra I Fabra

